



Don Bosco en Roma

**Guía de los lugares de don Bosco
en la Capital**

Don Bosco en Roma

**Guía de los lugares de don Bosco
en la Capital**

Roma, 9 de octubre de 2022

La canonización del Salesiano coadjutor Artémides Zatti es una gracia especial de la Providencia de Dios en este período histórico. El reconocimiento de la santidad de un hermano que ha vivido plenamente el proyecto evangélico de las Constituciones es un estímulo y una ayuda en el camino de santificación de todos nosotros Salesianos. «El testimonio de esta santidad, que se realiza en la misión salesiana, revela el valor único de las bienaventuranzas, y es el don más precioso que podemos ofrecer a los jóvenes» (Const. 25).

Después de la canonización de Don Bosco el 1 de abril de 1934 y la de san Luis Versiglia y san Calixto Caravario el 1 de octubre de 2000, la proclamación de la santidad de Artémides Zatti, el 9 de octubre de 2022, por el papa Francisco, indica a toda la Iglesia que es el primer santo Salesiano coadjutor de la Congregación Salesiana. Este acontecimiento, como afirman las Constituciones en el artículo 45, nos recuerda a los Salesianos de Don Bosco la belleza complementaria de nuestra vocación: «Cada uno de nosotros es responsable de la misión común y participa de ella con la riqueza de sus dones y de las características laical y sacerdotal de la única vocación salesiana. El Salesiano coadjutor lleva a todos los campos educativos y pastorales el valor propio de su laicidad, que de modo específico lo hace testigo del Reino de Dios en el mundo, cercano a los jóvenes y a las realidades del trabajo. El Salesiano sacerdote o diácono aporta al trabajo común de promoción y educación en la fe lo específico de su ministerio, que lo hace signo de Cristo pastor, sobre todo con la predicación del Evangelio y la acción sacramental. La presencia significativa y complementaria de Salesianos clérigos y laicos en la comunidad constituye un elemento esencial de su fisonomía y plenitud apostólica».

Con gran alegría, en esta ocasión, os presento el texto «Don Bosco en Roma» como un regalo a los Salesianos que participen en la canonización, pero también como una preciosa herencia para todos los que leerán este libro. El libro habla del amor de Don Bosco por la Ciudad Eterna, nos hace captar su profundo conocimiento de Roma y su deseo de abrir una casa en la ciudad del Papa. Si en la hacienda de I Becchi emerge el valor de la educación recibida de Mamá Margarita, el sueño de 9 años que marca su vida, la sencillez de la vida campesina; si en Chieri captamos el valor del sacrificio, de la amistad, del trabajo y del estudio, el deseo de descubrir la vocación sacerdotal; si en la ciudad de Turín, en particular, en el Comitato Ecclesiastico y en las peregrinaciones iniciales del Oratorio, se revela el esbozo de la vocación al

servicio de los jóvenes que exige un discernimiento constante; si en Valdocco, cuna de la espiritualidad salesiana, surge el Don Bosco que crea el Sistema Preventivo, construye una casa donde los jóvenes experimentan el espíritu de familia, crea escuelas y talleres, reúne el primer grupo de jóvenes que se convertirán en los primeros Salesianos, en Roma surge claramente el Don Bosco fundador, amante de la Iglesia y del Papa, con el deseo de recibir la aprobación de las Constituciones salesianas.

El libro ilustra una verdadera peregrinación histórica y espiritual a los lugares de Don Bosco en Roma: 1. Las residencias de Don Bosco en Roma; 2. Los lugares más visitados y queridos por el Santo; 3. Las posibles casas salesianas en Roma.

Deseo a cada Salesiano de Don Bosco y a cada miembro de la Familia Salesiana que, recorriendo los lugares con fe y devoción, sepa revivir, en sí mismo/a, la pasión de nuestro fundador y, en la fidelidad, renueve continuamente el carisma de san Juan Bosco por el testimonio de la santidad personal. San Artémides Zatti interceda por nosotros.

*Don Ángel Fernández Artime
Rector Mayor*

INTRODUCCIÓN

A menudo, hablando de Don Bosco, recordamos y narramos algunos episodios particulares de su vida, que no transcurrieron en Turín ni en I Becchi, sino durante sus numerosos viajes fuera de Turín y de Piamonte. Entre ellos, sin duda, la mayoría tenían como objetivo Roma.

Son pocas las personas que, visitando la Ciudad Eterna o incluso viviendo allí, se preguntan cuáles son los lugares que, en la capital de Italia, han visto la presencia del Santo.

Esta pregunta nos ha impulsado a estudiar los veinte viajes que. Haciendo un cálculo del tiempo que Don Bosco trascurrió en Roma hacen un promedio de 700 días. Esto quiere decir que el Santo, de sus 72 años de vida, pasó casi 2 en la ciudad de los Papas. Y eso no es poca cosa, si tenemos en cuenta las condiciones de los medios de transporte del siglo XIX.

En dos años y en una Roma «reducida» como la de entonces, es natural que el Santo turinés visitara todo lo que había que visitar. Entonces una primera respuesta a la pregunta anterior podría ser: «Don Bosco vio todo lo que era visitable». Pero con frecuencia «todo» es sinónimo de «nada».

Al examinar detenidamente las páginas de las *Memorias biográficas* que relatan sus viajes, se forma en la mente del lector un cierto «mapa topográfico» de los lugares que, para el Santo, tuvieron mayor interés. Es sobre ellos, que centramos nuestra atención, con el pesar de quien, queriendo verlo todo, se ve obligado a elegir.

Desafortunadamente hoy en día algunos de estos lugares ya no existen (como la «casa de los confesores» en el monasterio de Tor de' Specchi, el monasterio de San Cajo al Quirinale, la casa de Mons. Manacorda) porque fueron demolidos en los posteriores reordenamientos urbanísticos de la

ciudad. Por tanto, sería inútil incluirlos en lo que pretende ser una guía para quienes ansían visitar la «Roma de Don Bosco».

Veinte viajes son realmente muchos. Pero ¿por qué el santo iba tan a menudo a Roma?

Por amor al Papa.

Por amor a la Ciudad Eterna.

Para la aprobación de las Reglas de la Sociedad Salesiana.

Para los nombramientos y actividades civiles de los obispos.

Para difundir las Lecturas Católicas.

Para buscar ayudas para sus diversas obras.



Para dar una cierta unidad lógica al trabajo, estos lugares se han dividido en tres partes, cada una de las cuales incluye la explicación y, sobre todo, la cita de las páginas de las *Memorias Biográficas* que se refieren a cada lugar. Cada una de las partes no constituyen otros «itinerarios», ya sea porque los lugares de una misma parte son distantes entre sí, o porque de esta manera cada uno de los visitantes tiene libertad para elegir aquellos lugares que considere más interesantes, incluyéndolos en la programación de su visita a la Ciudad Eterna, sin estar atado a un orden preestablecido.

1. Las residencias de Don Bosco en Roma

Se describen aquí los palacios que acogieron al Santo durante su permanencia en Roma. Por supuesto estamos más ligados a algunos como Tor de' Specchi o Via Sistina, pero a otras residencias un poco menos. Además, sobre algunas casas tenemos abundante material narrativo en las *Memorias biográficas*, mientras que para otros no es así. Estas son las razones que determinan la considerable diferencia en la extensión de cada una de las explicaciones, más o menos detalladas.

Refiriéndose al domicilio donde residía Don Bosco en cada viaje, no podía faltar una breve presentación del viaje y los motivos que impulsaron al Santo a realizar el viaje a Roma.

2. Los lugares más visitados y queridos por el Santo

Es indudable que el lugar más visitado por Don Bosco fue el Vaticano. Visitó la Basílica, la cúpula, la tumba de San Pedro, el palacio apostólico, y tuvo audiencias papales. Existen otros lugares a los que Don Bosco estaba especialmente ligado. Esta constituye la segunda parte del trabajo.

Cabe mencionar que se ha colocado la hermosa historia del encuentro de Don Bosco con un grupo de muchachos que tuvo lugar en la 'Piazza del Popolo', porque nos parecía la única de las tres partes donde se podía colocar sin forzar.

3. Las posibles casas salesianas en Roma

Muchas veces Don Bosco pensó en enviar a sus hijos a Roma por el bien del pueblo y por la cercanía a la Santa Sede. Su pensamiento recayó en muchos institutos que ya existían en la ciudad y que el Santo tomaba en consideración solo después de una invitación directa para ocuparlos (a menudo del Papa).

Sin embargo, tuvo que esperar a que terminara la construcción de la basílica del Sacro Cuore, con el hospicio contiguo, para tener una casa propia en Roma.

A quienes deseen visitar «salesianamente» Roma, esperamos que estas páginas sean un material útil para conocer y «visitar, unos instantes», los lugares donde estuvo Don Bosco. Porque esos lugares serán más queridos, quedará más grabado en vuestra mente y en ella os parecerá encontrar algo que os pertenece: el afecto y el amor a San Juan Bosco.



1

**Las residencias
de don Bosco
en Roma**



Casa De Maistre

Palazzo Volpi
Via del Quirinale, 21

En el Palacio Volpi del siglo XVII, frente a la iglesia de San Carlo al Quirinale (obra de Borromini), vivía en 1858 la noble familia del conde Carlo Rodolfo de Maistre, que acogió a Don Bosco durante su permanencia en Roma en su primera estancia (21 febrero - 16 abril 1858).

Se hospedaba Don Bosco en la parte del monte Quirinal llamada Le Quattro Fontane, por las cuatro fuentes que manan continuamente en las esquinas de las cuatro calles que allí empiezan. El conde Rodolfo de Maistre, la condesa y sus buenas hijas, sus hijos Francisco, Carlos y Eugenio, oficiales de las tropas pontificias, le trataban con el mismo cariño y atenciones como una antigua amistad que los unía. No tenían capilla en casa, pero Don Bosco podía celebrar en la de unas religiosas belgas que ocupaban un piso del mismo edificio (MB V, 819-820; MBe V, 582).

El Santo, junto con el clérigo Miguel Rua llegó hasta este lugar, agotado por el viaje y, antes de emprender otro, había hecho su testamento (cf. MB V, 804; MBe V, 571).

Como todavía no había una vía férrea continua entre Turín y Roma, tuvieron que realizar un viaje muy accidentado: en tren hasta Génova, donde embarcaron en el barco «Aventino», del que desembarcaron en Civitavecchia. Don Bosco sufría de mareos, y este viaje fue un verdadero tormento para él (cf. MB V, 811-814; MBe V, 575-578).

Desde Civitavecchia, recuperados un poco del mareo de la travesía, subieron a un coche de correos con el que, tras detenerse en Palo Laziale para comer algo; a las 22.30 horas del 21 de febrero de 1858, llegaron a

la Ciudad Eterna.

Un escalofrío asaltó a los viajeros al pensar que entraban en la Ciudad Santa. Uno decía: -estamos en Roma. Otro: -Estamos en la tierra de los santos. Y, entre estas y otras semejantes expresiones, llegaron al lugar donde la diligencia terminaba su recorrido. Don Bosco llegaba a la ciudad de los Papas el veintiuno de febrero. Como no tenía ningún conocimiento del lugar, buscó un guía que, por doce monedas de a cinco céntimos, le acompañó hasta la casa donde vivía el conde De Maistre, calle del Quirinal, nº 49, en las Quattro Fontane. Llegaron allí Don Bosco y sus acompañantes a las once y fueron recibidos con toda bondad por el conde Rodolfo y la condesa; el resto de la familia estaba ya en cama. Tomaron un refrigerio y también ellos se retiraron a las habitaciones preparadas (MB V, 818; MBe V, 580-581).

El programa de su primera estancia en Roma fue:

Establecer contacto con personajes de la Ciudad Eterna y con su ayuda comenzar enseguida sus visitas a los lugares más famosos, a los santuarios, a las basílicas y a las iglesias que se encuentran por doquier. Su ardiente devoción necesitaba desahogo, su inteligencia le pedía admirar las obras que los Papas habían levantado en Roma, su memoria anhelaba evocar las gestas admirables de los mártires gloriosos entre las majestuosas ruinas del imperio. Quería adquirir conocimientos exactos para seguir escribiendo las Lecturas Católicas, sobre todo las que trataban de Historia Eclesiástica y de la vida de los Papas. Ansiando verlo todo despacio, también las maravillas del arte antiguo y moderno, determinó dedicarle un mes entero sin ninguna otra distracción (MB V, 821; MBe V, 583).

Lamentablemente hoy en día no es posible visitar el interior del edificio, debido a que alberga viviendas particulares.



Mapa





Palacio Vimercati

Piazza San Pietro in Vincoli

La Basílica de San Pietro in Vincoli fue muy querida por Don Bosco; de hecho, a menudo se retiraba allí para rezar o celebrar la Santa Misa. Este apego se explica también por el hecho de que durante su segunda estancia en Roma (7 de enero - 2 de marzo de 1867) Don Bosco vivió en la casa del conde Vimercati, en el edificio contiguo a la artística iglesia. El viaje a Roma supuso un acontecimiento inesperado:

A muy poca distancia de Roma nos encontramos con monseñor Manacorda y el caballero Marietti, que con mucho regocijo entraron en nuestro vagón y nos acompañaron hasta Roma... Sucedió algo que nubló un poco nuestra alegría. Como no encontrábamos nuestros billetes, había que pagar el viaje completo. Mas, por intervención de los señores Manacorda y Marietti, nos libramos pro tempore (por el momento) esperando hallarlos en la estación de los pasaportes... (MB VIII, 584; MBe VIII, 498).

La llegada de Don Bosco ya había sido particularmente esperada:



Mapa

Apenas llegó Don Bosco a Roma, como si se tratara de un príncipe, se corrió la noticia por toda la ciudad; y las distinguidas familias romanas vinieron a visitarle. Pero la fama de taumaturgo le había precedido y muchos desdichados le esperaban como al ángel de salvación. ¡Cuánta fe, cuánta confianza en nuestro Don Bosco! ¡Yo no lo había visto nunca, ni esperaba verlo!



Por todas las esquinas de la Ciudad no se veían esta mañana más que los anuncios de la Historia de Italia por el sacerdote Juan Bosco. No nos faltaba más que esta sorpresa para conmover los ánimos... (MB VIII, 584; MBe VIII, 498).

La estadía comenzó de inmediato con una curación al conde:

Apenas puso los pies en casa de su huésped, fue Don Bosco a la habitación del conde, santa persona que sufría hacía mucho tiempo desagradables dolores y vértigos. Le encontró en cama en un estado que daba compasión, sin humana esperanza de curación y pocas de poderse levantar. Se animó mucho al ver a Don Bosco, quien le bendijo y anunció que pronto se levantaría. Al anuncio respondió el conde: - ¡Muy bien! Solo cuando me levante de la cama, dejaré que Don Bosco vuelva a Turín. Decía esto creyendo imposible todo alivio. Pero, después de dos o tres días, hete aquí que se calmaron los dolores y sin esfuerzo pudo levantarse y sentarse a la mesa con la familia. Cuando Don Bosco le vio entrar en la sala, le dijo: - Entonces, señor conde, ¿quiere que me vaya a Turín? Recordó el conde sus palabras y protestó que estaba arrepentido de haberlas pronunciado. El buen Padre tomó la cosa a broma; en efecto, aquella mejoría no era tal como para poder afirmar que el conde estuviera totalmente restablecido. Parecía que el Señor no quisiera quitarle la cruz que le había dado para su bien, sino solamente hacerla menos pesada. Queda, sin embargo, la realidad de que había ganado mucho en fuerzas y no podía

dudarse de la gracia concedida por la Virgen (MB VIII, 584-585; MBe 498-499).

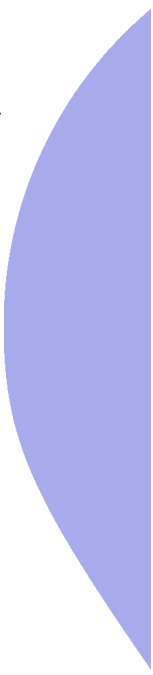
La actividad de Don Bosco, en espera de la audiencia papal, fue muy intensa:

Fiel a su costumbre de confesarse semanalmente, Don Bosco había elegido para confesor al padre Vasco, jesuita, director espiritual del conde Vimercati, a quien iba a visitar cada ocho días. Pero lo que hay que hacer notar es que él, desde el primer día que se encontró en Roma, había comenzado y continuó durante todo el tiempo que allí permaneció, un verdadero apostolado, predicando cada día, confesando a menudo, visitando enfermos, institutos, colegios, monasterios y conventos, concediendo audiencias hasta altas horas de la noche: aconsejando a toda suerte de personas; dejando, con las medallas de María Auxiliadora y con la bendición en su nombre, la esperanza de la salud a muchos enfermos. Muchísimos se encomendaban a él como a un santo, con gran satisfacción del Sumo Pontífice, por el gran bien que se iba realizando (MB VIII, 585; MBe VIII, 499).

Hoy el palacio del Conde Vimercati está confiado, junto con la basílica, a la custodia de los Canónigos de Letrán, que conservan cuidadosamente la antigua imagen.

De hecho, es posible admirar los pasillos y salas donde el Santo, durante horas y horas, dio audiencia a los miles de personas que pedían ayuda, curaciones, consejos, consuelo.

Un cartel colocado sobre la jamba de una puerta nos recuerda que Don Bosco estuvo alojado en esa sala antes de 1870. Era la habitación del Santo. En esta casa, el 26 de febrero de 1867, fueron tomadas las dos únicas fotografías romanas del Santo por el fotógrafo Achille de Sanglau: la de Don Bosco con el breviario en la mano y la que aparece en el acto de bendecir a «don J. B. Francesia, al señor Pardini, dueño de la casa y a su hijo, arrodillado también» (MB VIII, 706; MBe VIII, 600). Aunque se resistía a posar para los fotógrafos, accedió a la petición del conde (que quería un recuerdo del sacerdote turinés), para agradecerle su amable hospitalidad. Pronto se corrió la voz de estas fotografías, especialmente de la segunda.



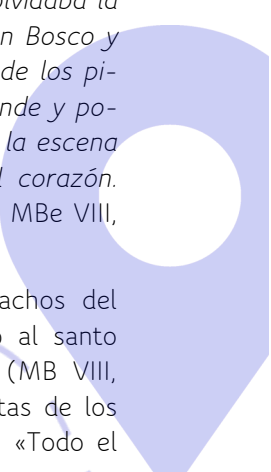
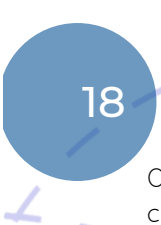
El 26 de febrero, después de la visita a las familias Altieri y Vitelleschi, volvía Don Bosco a casa del conde Vimercatti para pasar con él las últimas horas de su estancia en Roma. Condescendiendo a sus ruegos, permitió que le fotografiasen en acto de bendecir a don J. B. Francesia, al señor Pardini, maestro de la casa y a su hijo, arrodillado también. Parece que alguno deseaba que este retrato se pusiera a la venta y corrió la noticia; pero no se hizo más que una limitada distribución de copias para los amigos íntimos y bienhechores. En efecto, en el mes de julio llegaron cartas al Oratorio pidiendo este retrato, pero, hubo que responderles que ya no había copias. Por la tarde sostuvieron el conde y Don Bosco cordialísimas y conmovedoras conversaciones. Y todavía dio audiencia en aquellas últimas horas a personas que insistían en hablarle.

Don Bosco partió el 26 de febrero de 1867 para volver a Turín, dejando un recuerdo imborrable en muchos romanos, como escribió Mons. Manacorda al caballero Oreglia:

Todavía tengo los ojos hinchados por las lágrimas que me arrancó su partida. Ayer a las ocho de la tarde nos dejaba aquí en Roma como huérfanos, desolados y conmovidos al verle marchar. Ciertamente usted sabe cómo se desenvolvió la estancia de este nuestro buen Padre en Roma. El vencedor de Magenta Napoleón resultará un pigmeo al lado de Don Bosco. La nobleza romana que se confundía con la plebe y olvidaba la etiqueta de la corte para doblar sus rodillas ante Don Bosco y recibir su bendición, no dejará la antesala del padre de los pilluelos para sentarse al lado del gran señor. Qué grande y poderosa es la virtud de Don Bosco. Quisiera describirle la escena de su partida, pero no puedo, no me lo permite el corazón. Don J. B. Francesia se lo contará todo (MB VIII, 707; MBe VIII, 601).

18

Conociendo la atenta acogida de los romanos, los muchachos del Oratorio de Valdocco no quisieron quedarse atrás, acogiendo al santo con la célebre inscripción: «Roma te admira, Turín te ama» (MB VIII, 714; MBe VIII, 607), que fue motivo de muchas justas disputas de los romanos y que el papa Juan XXIII corrigió con una bella frase: «Todo el mundo os admira, todo el mundo os ama».





Casa Colonna

Piazza Santa Chiara 49

En este palacio, en lo que entonces era Vía S. Chiara 49, vivía el promotor apostólico Stefano Colonna, que acogió al santo durante sus estancias en 1871 (junio y septiembre) y 1873 (24 de febrero - 4 de marzo).

Los motivos que impulsaron al Santo a ir a Roma en estos viajes fueron principalmente, las negociaciones entre el Reino de Italia y la Santa Sede para el nombramiento de más de 60 obispos de las diócesis italianas vacantes y para la aprobación de las Constituciones Salesianas.

Don Bosco tuvo éxito en las negociaciones y más de 40 diócesis fueron provistas de su pastor. Entre estas también la diócesis de Turín. El santo insistió con Pío IX para que fuera promovido allí a Mons. Gastaldi, hasta ese momento su gran amigo.

El Papa, aunque de opinión diferente, aceptó, pero expresándole al Santo: «¡Vos lo queréis, y yo os lo doy!» (MB X, 443; MBe X, 408) ... ¡Cuántas penas causó este nombramiento a Don Bosco! ... Siendo amigo al principio, pero cuando fue obispo de Turín Mons. Gastaldi se mostró intransigente con Don Bosco, incluso suspendiéndolo de las confesiones en su diócesis.



Mapa

Lamentablemente, hoy en día este edificio, a unos pasos del Panteón, se utiliza como vivienda particular, por lo que no es posible visitar su interior.





Casa Sigismondi

Via Sistina 104

En este lugar vivía la familia Sigismondi, de la cual Don Bosco fue huésped seis veces, en los años 1873-1874, 1875, 1876 (marzo y noviembre), 1877 (enero-febrero y julio).

En aquellos años la principal preocupación del Santo fue la consolidación de su obra y, en primer lugar, el compromiso de la aprobación de las Constituciones Salesianas por la Santa Sede.

Don Bosco residía en el último piso del edificio, donde a menudo se veía obligado a retirarse para escribir textos, corregir borradores, formular preguntas, escribir cartas. En muchas de las misivas todavía se lee la dirección: via Sistina 104.

Entre estas cartas, destaca la escrita el 16 de marzo de 1874 a los Directores de las Casas Salesianas, en la que el Santo, anunciando la próxima reunión de la Comisión cardenalicia encargada de decidir sobre la aprobación de las Constituciones Salesianas, pedía oraciones particulares y prácticas de piedad:

Muy queridos hijos en Jesucristo: El día 24 de este mes será memorable para nuestra Pía Sociedad. Sin duda recordaréis que fue aprobada definitivamente con el decreto de 1.º de marzo de 1869; ahora se trata de la aprobación definitiva de las Constituciones. Para este fin eligió el Padre Santo una Congregación de Cardenales que tendrán que dar su parecer sobre esta cuestión, que es de la máxima importancia para nuestro bien presente y futuro. Las oraciones, que hasta ahora os he

recomendado a menudo, iban encaminadas a este fin. Debemos, pues, redoblar nuestras súplicas ante el Trono de Dios para que piadosamente disponga que resulte todo para su mayor gloria y nuestro particular provecho espiritual. Unámonos pues, con el espíritu de viva fe y todos los Salesianos reunidos con los alumnos, que la Providencia les confió, formen un solo corazón y una sola alma para implorar las luces del Espíritu Santo sobre los Eminentísimos Purpura-dos con un triduo de oraciones y de ejercicios de piedad cristiana.



Mapa

Para que haya conformidad en nuestras súplicas a la Misericordia del Señor, se establece:

1.º A partir del día 21 de este mes hagan todos los socios salesianos ayuno riguroso de tres días. El que, por justa causa, no pudiere ayunar, rece el salmo Miserere y tres salves a la Bienaventurada Virgen Auxiliadora con el versículo: *María, Auxilium Christianorum, ora pro nobis*. Añada cada uno las oraciones y mortificaciones que juzgue compatibles con sus fuerzas y los deberes de su estado.

2.º Invítese a nuestros queridos alumnos a acercarse con la mayor frecuencia posible a los sacramentos de la confesión y comunión. Por la mañana comiencese con el canto del *Veni, Creator Spíritus* etc. *Emitte Spiritum tuum* etc. y el *Oremus: Deus, qui corda fidelium* etc. Ofrézcanse a este mismo fin las oraciones, el rosario, la misa, la meditación.

3.º A lo largo del día todos los socios salesianos pasen el tiempo que les sea posible ante el Santísimo Sacramento. Hagan en la iglesia el rezo del Breviario, la lectura espiritual y todos los rezos ordinarios. Anímese a hacer otro tanto a los del Clero Infantil y a los socios de las compañías de San Luis, del Santísimo Sacramento de la Inmaculada Concepción y de San José.

4.º Por la tarde, a la hora más oportuna, reúnanse todos en la iglesia, y con la mayor devoción, después de rezar el *Veni Creator*, como se hace en la mañana, se hará la acostumbrada práctica para reparar los ultrajes que recibe Jesús en el Santísimo Sacramento; y después de cantar el *Ave maris Stella*, se dará la bendición con el Santísimo Sacramento. Estas nuevas humildes instancias a la bondad del Señor comenzarán el día 21 y continuarán hasta el 24 de este mes por la mañana.



La gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea siempre con nosotros. Amén. Roma, 16 de marzo de 1874. Afmo. en Jesucristo Sac. Juan Bosco (MB X, 1107-1108; MBe X, 1016-1017).

La «Congregación Particular» se reunió el 24 de marzo y se desarrolló favorablemente. Pero, debido a las prolongadas discusiones, los cardenales decidieron reunirse de nuevo el 31 (cf. MB X, 790; MBe X, 720).

El día 31 volvió don Joaquín Berto a San Andrés de «Fratte» a encargar que encendieran dos velas ante el altar de la Virgen del Milagro. A las nueve volvía a reunirse la Congregación Particular para la aprobación de nuestras Constituciones y estuvo reunida hasta la una y media de la tarde. A la duda propuesta: -Si debían aprobarse, y cómo, las recientes Constituciones de la Sociedad Salesiana, contestaba: -AFFIRMATIVE ET AD MENTEM (Afirmativamente y según el espíritu).

Evidentemente el trabajo de la Congregación Particular fue arduo y, gracias a Dios y a María Santísima Auxiliadora, totalmente favorable.

¡No se podía desear más!... Primero pensaban los Eminentísimos Cardenales limitar la aprobación ad experimentum para un decenio, es decir, exigir un decenio de prueba antes de la aprobación definitiva. Pero después, atendidos los repetidos e insistentes ruegos de Don Bosco, los buenos oficios del cardenal Berardi, y las claras y favorables declaraciones del Santo Padre, llegaron a la votación para la aprobación definitiva, y tres de ellos dieron su voto favorable y uno ad decennium. El Secretario pidió una particular audiencia al Padre Santo, el cual se la fijó para la tarde del viernes santo, 3 de abril. Escuchó atentamente la relación y, cuando oyó que faltaba un voto para la aprobación absoluta, exclamó sonriendo. - ¡Pues bien, este voto lo pongo yo! (MB X, 795-796; MBe X, 724-725)

A las seis de la tarde estaba todavía monseñor Vitelleschi en la audiencia. Aquella misma tarde fue Don Bosco a su casa para enterarse del resultado. Estaba monseñor en aquel momento sentado a la mesa tomando la sopa. Después de unos

instantes, mandó que pasara Don Bosco a la sala y, apenas le vio, exclamó:

- ¡Don Bosco, eche a vuelo las campanas! Las Constituciones de su Congregación están definitivamente aprobadas y las Dimisorias concedidas AD DECENNIUM.

Y nuestro santo Fundador, en el colmo de la alegría y por toda respuesta, con sencillez infantil le entregó una almendra garapiñada, que le había dado la señora Monti, diciendo: - ¡Tome esta almendra! La conversación se prolongó hasta cerca de las diez (MB X, 796-797; MBe X, 725-726).

¡Las Constituciones Salesianas, después de tanto sufrimiento, por fin habían sido aprobadas! Realmente esta obra le costó a Don Bosco tantos sacrificios y tantos esfuerzos, que llegó a decir: «¡Si hubiese sabido de antemano que costaba tantos dolores, trabajos, oposiciones y contradicciones la fundación de una Sociedad religiosa, tal vez no habría tenido suficiente ánimo para emprender la obra!» (MB XVII, 142-143; MBe XVII, 129) (20). El 13 de abril se redactó el decreto de aprobación, que el Santo recibió de manos de don Berto precisamente aquí, en vía Sistina.

DECRETO. La Santidad de Nuestro Señor Pío Papa IX, en audiencia concedida al que suscribe, Mons. Secretario de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, el 3 de abril 1874, viernes santo, observadas atentamente las Cartas Comendaticias de los Obispos de los lugares donde existen Casas de la Pía Sociedad, llamada de los Sacerdotes de San Francisco de Sales, y los abundantes frutos que la misma produjo en la Viña del Señor, aprobó y confirmó las antedichas Constituciones, tal y como se contienen en este ejemplar, cuyo autógrafo se conserva en el archivo de esta Sagrada Congregación, de acuerdo con el presente Decreto las aprueba y confirma, salva la jurisdicción de los Ordinarios, según lo prescrito por los Sagrados Cánones y las Constituciones Apostólicas.

Dado en Roma... el 13 de abril de 1874. Card. BIZZARRI, Prefecto S. Arzobispo de Seleucia, Secretario (MB X, 802; MBe X, 730).

Hoy en día el palacio acoge a particulares, por lo que es imposible visitar su interior.



Monasterio de Tor de' Specchi

Via del Teatro Marcello 40

A pocos pasos del Ara Coeli, del Capitolio y de los Foros Imperiales encontramos uno de los lugares más queridos por la Familia Salesiana: el Monasterio de Tor de 'Specchi. Tiene una historia antigua; fue fundado por santa Francisca Romana a principios del siglo XV y, desde entonces, ha sido un punto de referencia para la vida cristiana de la capital. Muchos fueron los santos que, de diferentes maneras, tuvieron contacto con esta obra: S. Felipe Neri, S. Bernardino de Siena, S. Roberto Belarmino, S. Gaspar del Búfalo, S. Francesco de Sales y S. Juan Bosco.

Don Bosco estaba muy unido a este monasterio y, a partir de 1870, se interesó en que no fuera confiscado por el Estado, como tantos otros bienes eclesiásticos. De este interés fue rogado por la misma Presidenta de las Oblatas, madre Magdalena Galleffi y por don Domenico Berti, beneficiario liberiano [de la basílica Santa María la Mayor, fundada por el papa Liberio], quien le escribió:

«Recorro a sus valiosísimos oficios para la conservación de los bienes y todo lo demás de la histórica casa de santa Francisca Romana, mantenida por las nobles Hijas de esta Santa, las Oblatas, así llamadas, de Tor d' Specchi. Haga lo posible para arrancarlas de las rapaces garras de la junta liquidadora, sin dejar que se dé largas al asunto con pleitos ante el Tribunal»

No se lo hizo repetir dos veces, e inmediatamente habló de ello al ministro Lanza, con quien estaba negociando sobre la cuestión de los asuntos civiles de los Obispos

-Mire, Don Bosco: los católicos creen que yo soy anticatólico; ¡todo lo contrario! Y Don Bosco, aprovechando la ocasión favorable, díjole: - ¡Excelencia, yo querría pedirle un favor! - Hable con toda libertad. -Que me salvara las casas religiosas de Tor d' Specchi, de las Hermanas de la Caridad de la Boca de la Verdad y de la Trinidad de los Montes. Y le expuso los motivos particulares de la petición, a saber: las primeras religiosas podrían reclamar sus derechos ante los tribunales, las segundas prestaban servicios en los hospitales, las terceras eran de nacionalidad francesa. El Ministro reflexionó unos instantes, tomó nota, le aseguro que aquellas casas quedarían libres de la incautación de sus bienes, y mantuvo la promesa (MB X, 429; MBe X, 395).

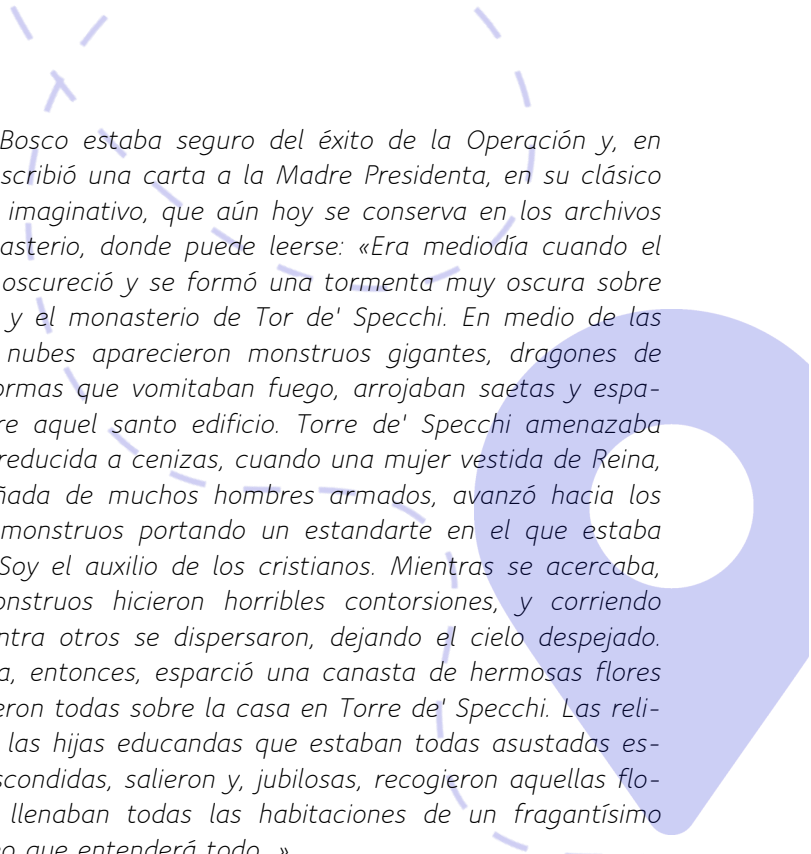
En otra ocasión,

«... pasamos a ver a la madre Galeffi, la cual mandó llamar al abogado que llevaba la causa de Tor de' Specchi... Don Bosco le escuchó atentamente. Quiso que le explicara el estado de la causa y cómo se había llevado, y después empezó él mismo a instruirle sobre la manera de conducir a buen término la cuestión, de tal modo que el abogado quedó asombrado. Por último, le aconsejó que, si por acaso viere que la causa tomaba mal cariz o se prolongaba demasiado, escribiera a un tal Cutica, funcionario en Florencia, de quien dependen totalmente estas cuestiones. -Este señor, decía Don Bosco, me conoce y nos tratamos como verdaderos amigos... En el caso de que perdiéramos la causa... nos tratará con bondad y nos indicará el camino a seguir, o nos propondrá un arreglo, y después de esto habrá que pensar en asegurar la casa y los bienes de Tor de' Specchi de modo que el Gobierno no pueda tener ya pretexto alguno. -Esté usted seguro, replicó el abogado, seguiremos fielmente sus consejos (MB X, 501-502; MBe X, 459).



Mapa



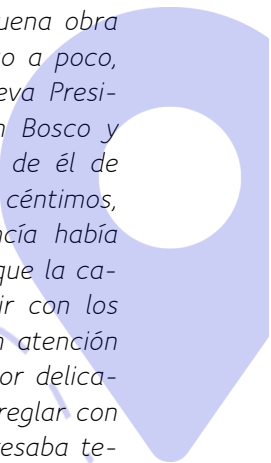


Don Bosco estaba seguro del éxito de la Operación y, en 1870, escribió una carta a la Madre Presidenta, en su clásico lenguaje imaginativo, que aún hoy se conserva en los archivos del Monasterio, donde puede leerse: «Era mediodía cuando el cielo se oscureció y se formó una tormenta muy oscura sobre el retiro y el monasterio de Tor de' Specchi. En medio de las espesas nubes aparecieron monstruos gigantes, dragones de varias formas que vomitaban fuego, arrojaban saetas y espadas sobre aquel santo edificio. Torre de' Specchi amenazaba con ser reducida a cenizas, cuando una mujer vestida de Reina, acompañada de muchos hombres armados, avanzó hacia los feroces monstruos portando un estandarte en el que estaba escrito: Soy el auxilio de los cristianos. Mientras se acercaba, esos monstruos hicieron horribles contorsiones, y corriendo unos contra otros se dispersaron, dejando el cielo despejado. Esa reina, entonces, esparció una canasta de hermosas flores que cayeron todas sobre la casa en Torre de' Specchi. Las religiosas y las hijas educandas que estaban todas asustadas estaban escondidas, salieron y, jubilosas, recogieron aquellas flores que llenaban todas las habitaciones de un fragantísimo olor. Creo que entenderá todo...»

Por temor a la confiscación de bienes, las religiosas hicieron un voto al Sagrado Corazón de Jesús: si hubieran ganado la causa contra el Giunta Liquidatrice dell'Asse Ecclesiastico [Junta de Liquidación del Eje Eclesiástico], las Oblatas habrían observado a perpetuidad, todos los años, el ayuno estrictamente en la víspera de la fiesta del Sagrado Corazón. El voto se formuló oficialmente el 10 de mayo de 1876 y en junio Tor de 'Specchi era declarada exenta de confiscación. Este compromiso se mantiene escrupulosamente hasta el día de hoy. El Santo, de 1878 a 1882 (estancias 14^a - 18^a) tuvo como lugar de llegada Tor de' Specchi, más precisamente la «casa de los confesores» (ahora demolida), que se encontraba justo en frente del Monasterio, en el n. 36 de via Tor de 'Specchi (hoy Via del Teatro Marcello). ¿Por qué el Santo utilizó estos locales? Tenemos que retroceder un poco a lo largo de los años.

La benemérita madre Magdalena Galeffi, impulsada por celo de la instrucción religiosa no solo de las señoras que componían la casa que ella presidía, sino también de muchas otras personas, y estimulada también por el deseo de cumplir

una obra caritativa en favor del Oratorio, recibía muchas y variadas publicaciones de Don Bosco, que ella se industriaba caritativamente por vender; eran libros ascéticos, manuales de piedad, cuentos morales y amenos, y también estampas, medallas, rosarios, crucifijos y otras cosas de este género. Desde 1870 se le enviaban grandes cajas llenas de estos objetos, en cada una de las cuales metían los libreros del Oratorio un catálogo con la correspondiente lista de precios, quedando siempre entendido que era necesario enviar al remitente el total del gasto. En poco tiempo, la venta llegó a ser muy grande, de modo que los pedidos se multiplicaron. La buena Presidenta enviaba el producto de la venta, de vez en cuando, a Turín, lo ponía en manos de don Bosco o lo entregaba a quienes él señalaba. Por fin, en 1874, pensó ella pedir al Beato una cuenta exacta del importe total y de las sumas pagadas, y tuvo entonces la desagradable sorpresa de encontrar que todavía quedaba a su cargo una cantidad considerable, de la que no estaba en condiciones de dar explicación alguna. Siempre había creído que las cantidades enviadas eran todo el producto de las ventas realizadas de acuerdo con la lista de precios, pero resultaba que las cuentas eran muy diferentes. La causa era que la Presidenta se servía de una persona seglar de su confianza, en cuyas manos había puesto la contabilidad y el despacho de las operaciones pecuniarias; pero parece que no había demasiada exactitud en el manejo del dinero. La madre Galeffi, que no tenía la menor sospecha, siguió la buena obra hasta su muerte, ingeniándose para cubrir, poquito a poco, el déficit. Cuando murió, en enero del 1876, la nueva Presidenta, marquesa Canonici, trató el asunto con Don Bosco y pudo comprobar que existía una diferencia a favor de él de veinte mil ciento treinta y tres liras con treinta y dos céntimos, que no aparecían pagadas, aun cuando la mercancía había sido enviada y recibida. La noble dama podía alegar que la casa de Tor de' Specchi no estaba obligada a cumplir con los contratos personales de la difunta, pero, ya fuera en atención al buen recuerdo de la llorada Superiora, ya fuera por delicados miramientos con Don Bosco, mostró deseo de arreglar con equidad la cuestión. Entonces el Beato, a quien interesaba te-





ner en Roma un procurador general de la Congregación y un lugar de llegada para él y para los suyos, pidió como compensación que la casa de Tor de' Specchi le concediese el empleo gratuito de algunas habitaciones. La madre Canonici, con el consentimiento de las señoras Oblatas, accedió de buen grado, poniendo a su disposición toda la segunda planta de una casa que pertenecía al Monasterio, situada frente por frente, con el número treinta y seis. El usufructo no podía durar, de ningún modo, más de treinta años, y sin facultad para subarrendar en todo o en parte sus dependencias. A cambio de ello, don Bosco consideraba saldado totalmente su crédito, lo mismo en el caso de que se sirviese del apartamento durante todo el plazo de treinta años, que si se sirviera de él un tiempo menor o que no lo emplease en absoluto. Se firmó la correspondiente escritura en el mes de marzo siguiente 1. No imaginen los lectores que se trataba de una gran vivienda: una portezuela daba acceso desde la calle a una escalerita angosta y deteriorada, que con-

ducía a cinco cuartuchos estrechos y bajos, donde el calor del verano ahogaba y el frío del invierno hacía tiritar (MB XIII, 464-465; MBe XIII, 398-401).

La Capilla del Monasterio es de particular importancia para toda la Familia Salesiana, porque, además de llegar con frecuencia para celebrar el sacrificio Eucarístico, Don Bosco celebró su primera conferencia a los Salesianos Cooperadores.

Otro medio de difusión muy eficaz [para adherirse a la Asociación de Cooperadores] fueron las dos conferencias anuales, prescritas por el Reglamento para las fiestas de san Francisco de Sales y de María Auxiliadora. Estas reuniones servían mucho para la propaganda, ya fuera porque eran de entrada libre, ya porque la prensa daba después noticias muy detalladas, y también porque ofrecían, a veces, ocasión para dar a conocer publicaciones que corrían por muchas manos. Hasta 1878 no se habían celebrado estas conferencias; entonces dio Don Bosco el ejemplo, con las que pronunció en Roma y en Turín. La conferencia de Roma se celebró el 29 de enero de 1878. Don Bosco quiso hacerla de manera que pudiera servir de modelo para las demás, que después se hicieran por todas partes 1; por esto hizo una adecuada preparación para ella. Eligió, ante todo, un lugar muy agradable para la aristocracia romana: la capilla de las nobles Oblatas de Tor de' Spechi. A continuación, consiguió la asistencia de nobles señores y damas, prelados y otros eclesiásticos en buen número. Consiguió que presidiera el cardenal vicario Mónaco La Valletta, al que se unió el eminente Sbarretti. Con la invitación envió el programa impreso, precedido de estas notas ilustrativas.

CONFERENCIA DE LOS COOPERADORES SALESIANOS EN ROMA 27 DE ENERO DE 1878

Con autorización y asistencia de S. E. Rvma. el señor cardenal Mónaco La Valletta, Vicario de Su Santidad, tendrá lugar la primera Conferencia de los Cooperadores Salesianos, como está prescrito en el capítulo VI, artículo 4º del Reglamento.

La reunión se celebrará en la iglesia de la excelentísima Casa de las Oblatas de Santa Francisca Romana, conocida con

el nombre de Torre de' Spechi. La entrada será por la puerta principal del Instituto y se irá directamente a la Capilla.

Están invitados respetuosamente todos los Cooperadores. Su Santidad, en un rasgo de gran bondad, concede indulgencia plenaria a todos los Cooperadores que asistan a esta Conferencia.

De acuerdo con la prescripción de las reglas, se hará una colecta a favor de los misioneros salesianos que están en América, de otros que se preparan para partir, y también de algunas casas que se están organizando en pueblos, en los que hay una gran necesidad.

Roma, 25 de enero de 1878.

Sac. Juan Bosco.

No podía desearse mejor asistencia, ni por el número ni por la calidad de las personas. A las tres de la tarde, un sacerdote salesiano subió al estrado, expresamente preparado de acuerdo con las costumbres romanas, y leyó en la vida de Francisco de Sales, escrita por Galizia, el capítulo del amor del santo a los pobres. La lectura fue escuchada con viva atención por todos los presentes. A continuación, una célebre cantante interpretó un precioso motete sobre las palabras Tu es Petrus, con acompañamiento de órgano. Finalmente, Don Bosco, con roquete y bonete, pronunció un discurso que duró tres cuartos de hora. Comenzó así: «Eminencias Reverendísimas, nobles y respetables señores. En este hermoso día, dedicado a san Francisco de Sales, la primera solemnidad que celebra la santa Iglesia desde que fue proclamado doctor, se celebra en Roma la primera conferencia de los Cooperadores Salesianos, y me toca a mí el alto honor de hablar ante vosotros. El Santo Padre nos envía su apostólica bendición y nos concede el precioso tesoro de la indulgencia plenaria, a la par que el Cardenal Vicario se dignó asistir y presidir esta reunión. Se eligió para tal fin esta iglesia de las nobles Oblatas de Santa Francisca, porque este Instituto fue el primero que, en esta inmortal Ciudad, comenzó a ayudar a los muchachos pobres de las casas salesianas. Yo mismo, que debería encontrarme en otro lugar, he tenido que quedarme aquí por muy poderosas razones, y ello me da la agradable satisfacción de tomar parte en esta pri-

mera conferencia. Bendito sea el Señor y sean siempre adoradas sus divinas disposiciones. Mientras tanto, y para cumplir la finalidad de esta primera reunión, no haré ningún discurso académico, ningún sermón, sino una relación histórica del origen y desarrollo de los Cooperadores Salesianos». Después de contar la historia de los Cooperadores, desde sus principios hasta el momento en que hablaba, prorrumpió en una cálida exhortación, para que todos ayudasen a los salesianos en la obra de la salvación de la juventud. «Ilustres señores, dijo; los protestantes, los incrédulos, los sectarios de toda suerte no dejan de intentar todos los medios posibles para perjudicar a la incauta juventud y, como lobos famélicos, dan vueltas en su derredor para hacer trizas el rebaño del Señor. Impresos, fotografías, escuelas, asilos, colegios, subsidios, promesas, amenazas, calumnias, todo lo ponen en marcha a fin de pervertir las almas jóvenes, arrancarlas del seno materno de la Iglesia, seducirlas, ganárselas y arrojarlas en brazos de Satanás. Y lo más doloroso es que los maestros, los educadores y hasta los mismos padres ayudan a esta obra de desolación. Y bien; ante un espectáculo tan desgarrador: ¿vamos a quedarnos indiferentes y fríos nosotros? Que no se diga eso, almas escogidas; no, que no se cumpla nunca que los hijos de las tinieblas sean más astutos y más valientes para hacer el mal, que los hijos de la luz para operar el bien. Por consiguiente, cada uno de nosotros conviértase en guía, maestro y salvador de los niños. Contraponamos las engañosas artes de la malicia a las amorosas industrias de nuestra caridad, de imprenta en imprenta, de escuela en escuela, de internado en internado; vigilamos a los niños de nuestras familias, parroquias e institutos; y como en todas partes se encuentra una inmensa multitud de niños y niñas pobres..." (MB XIII, 615-618; MBe XIII, 526-529).

Aquella misma tarde escribía Don Bosco a don Miguel Rua: «Hoy hemos tenido una conferencia, presidida por el Cardenal Vicario... Hará época en la historia». Quiere decir, sin duda, en la historia de la Congregación; mas, y ¿por qué no también en la historia de la Iglesia? Después del «bautismo» del 9 de mayo de 1876, esta conferencia, presidida en Roma por el Vicario del Papa, fue casi la «confirmación» de la Pía Unión de los

Cooperadores. (MB XIII, 620; MBe XIII, 531).

Son muchos los episodios que podrían contarse sobre la estancia del santo en Tor de 'Specchi, pero hay uno que merece nuestra atención, porque demuestra la rectitud y firmeza del Santo piamontés. Los protagonistas del evento son Don Bosco y Monseñor Macchi, Maestro de Cámara del Santo Padre, antaño amigo de Don Bosco (que lo puso en evidencia con Pío IX) y ahora su adversario.

Acaeció por aquellos días un episodio muy significativo. Este señor hacía todo lo posible por no encontrarse con Don Bosco. Una mañana fue Don Bosco a celebrar misa en la iglesia de Tor de' Specchi. Mientras estuvo en el altar, llegó aquel al convento. La Presidenta, sin decir nada, invitó a Don Bosco a que subiera a tomar café. Don Bosco aceptó la invitación. Tampoco aquel señor había sido avisado de la presencia de Don Bosco. Al encontrárselo frente a frente, Don Bosco quedó sorprendido; pero el otro supo actuar con desenvoltura. Con él iban dos muchachas suizas, elegantes pero descaradas. El caballero, apenas vio a Don Bosco, le dijo, mencionando a las jóvenes: - ¡Vea, Don Bosco, ¡qué dos hermosos toques de gracia de Dios! Don Bosco no respondió. El interlocutor, sin alterarse, prosiguió: - ¿Qué dice usted de estas dos señoritas? -No soy entendido en la materia y no sé qué decir, contestó Don Bosco. No me parece que sean conversaciones convenientes para un sacerdote. - ¡Oh, exclamó el primero irónicamente, si todos los sacerdotes fuesen como usted, las cosas irían mejor! -No diga si fueran como yo, observó Don Bosco, sino si fueran como los quiere Nuestro Señor Jesucristo. La Presidenta interrumpió el desagradable diálogo, diciendo a aquel señor: - ¿Y cuándo procurará una audiencia del Santo Padre a Don Bosco? - Mire, contestó aquel, el Santo Padre tiene tantas cosas que hacer que no tiene tiempo, al menos por ahora, para dar audiencia a Don Bosco. Pero... ya veremos... ya veremos... ¡Nosotras, dijeron entonces altaneramente las dos jóvenes, hemos tenido en este mes cuatro audiencias con el Santo Padre! Cuando oyó esto el Siervo de Dios, no pudo por menos que observar a aquellas señoras: - ¡Ustedes han sido admitidas cuatro veces en un mes a la presencia del Papa y yo, que estoy en Roma desde hace varios meses, que tengo muchos asuntos que tratar y pido audiencia

hace tanto tiempo, no puedo conseguir que me reciba para volver a Turín! Aquel señor contestó que trataría de ver, que miraría, que aquí y que allá, y siguió haciendo cumplidos a las señoritas. Don Bosco, asqueado, se levantó y se marchó, acompañado por la Presidenta, a quien dijo: -Señora, no esperaba que me preparase semejante sorpresa. -Perdone, Don Bosco, repuso la Presidenta, lo hice para que pudiese encontrarse con aquel señor y hacerle a él mismo la súplica de la audiencia. -Pues bien, replicó Don Bosco, haga el favor de procurar que no me encuentre nunca en contacto con ese hombre (MB XIII, 490-492; MBe XIII, 421-422).

En conclusión, recordamos que las Oblatas siempre han sido muy hospitalarias y disponibles con los Salesianos, con quienes también han mostrado una gran generosidad, ayudando económicamente a los hijos de Don Bosco para la construcción de la Basílica del Sacro Cuore y la Iglesia de San María Liberatrice en el Testaccio. El monasterio merece ser visitado, informando previamente por teléfono. Es costumbre que esté abierto al público únicamente el día de la festividad de Santa Francisca Romana.

The background image shows the exterior of St. Peter's Basilica in Rome, Italy. In the foreground, several large, white marble statues of popes in pontifical attire stand on a balustrade. The dome of the basilica is visible in the background under a clear blue sky. An orange location pin icon is positioned in the upper left quadrant, with a dashed orange line extending from it across the top right of the image.

2

Los lugares
más visitados
y queridos
por el Santo



El Vaticano

Piazza San Pietro
Città del Vaticano

El Vaticano es sin duda la colina de Roma que más ha visto la presencia de Don Bosco. En cada uno de sus viajes a la Ciudad Eterna, el Santo visitó al menos una vez la tumba del Príncipe de los Apóstoles y a su Sucesor.

La biografía de Don Bosco está llena de hechos ocurridos en el Vaticano, por lo que es necesario hacer una elección, teniendo más en cuenta la primera estancia del Santo en la ciudad (1858), de la que don Rua nos ha dejado una detallada relación no solo de las visitas realizadas, sino también de los estados de ánimo de Don Bosco al visitar por primera vez estos santos lugares.

¡Quién sabe cuántas veces había deseado este momento!

No dejó de visitar nada, sirviéndose también de las palabras de Pío IX: «Procurad ver todo lo que es visible» (MB V, 862; MBe V, 612); de hecho, la visita duró varios días, como escribió don Lemoyne.

38

I) LA BASÍLICA

El veintiséis de febrero, acompañado del señor Carlos De Maistre y del clérigo Rua, Don Bosco se dirigió al Vaticano, colina que guarda lo más memorable de la religión y lo más notable de las artes. Mientras atravesaron el puente de Sant'Angelo rezaron el credo para ganar los cincuenta días de indulgencia concedidos por los Sumos Pontífices y saludaron la estatua de San Miguel, que domina la mole Adriana, convertido

en ciudadela, y entraron en la plaza de la Basílica.

En este espacio estuvo el gran circo en el que Nerón condenaba a los cristianos al suplicio del fuego. Ahora, está cercado por doscientas ochenta y cuatro columnas con ochenta y ocho pilastras dispuestas en semicírculo a ambos lados, en cuatro filas que dividen el porticado en tres pasillos, tan amplio el del medio que caben por él dos carrozas. Sobre las columnas campean noventa y seis estatuas de santos. Al fondo de la plaza hay una espléndida escalinata que conduce al vestíbulo del templo, todo cubierto de mármoles, pinturas, estatuas y otros adornos.

Encima está el gran balcón para la bendición papal. Toda aquella majestuosa e imponente fachada sostiene trece estatuas colosales que representan al Salvador, con san Juan Bautista a su derecha, y los apóstoles menos san Pedro, colocados a los lados. En el centro de la plaza, flanqueado por dos fuentes maravillosas, que lanzan continuamente chorros de agua a gran altura, se levanta un obelisco egipcio, rematado por una cruz, en cuyo centro está incrustado un trozo de la Santa Cruz.


Don Bosco y sus acompañantes se descubrieron y la saludaron con reverencia, para lucrar con este acto otros cincuenta días de indulgencia.

La Basílica tiene cinco puertas; todos los que la visitan en cualquier día del año, pueden ganar indulgencia plenaria, si han confesado y comulgado previamente. Cuando Don Bosco entró, quedó un rato como extasiado, ante tanta magnificencia y grandiosidad sin proferir palabra; y lo primero que llamó su atención fueron las estatuas en mármol de los fundadores de órdenes religiosas alrededor de las pilastras de la nave central. Le pareció contemplar la celestial Jerusalén. (MB V,826-828; MBe V, 587-588).

Ciertamente no imaginaba que un día también él, como lo había soñado, estaría allí mismo, en la gran iglesia, corazón del mundo. De hecho, con motivo de su canonización (1934), sobre la estatua de bronce



Mapa



de San Pedro y la efigie de Pío IX se colocó una gran estatua de mármol blanco de Carrara, de algunas toneladas de peso, que representaba al Santo con Domingo Savio y Ceferino Namuncurá.

Volvamos al relato...

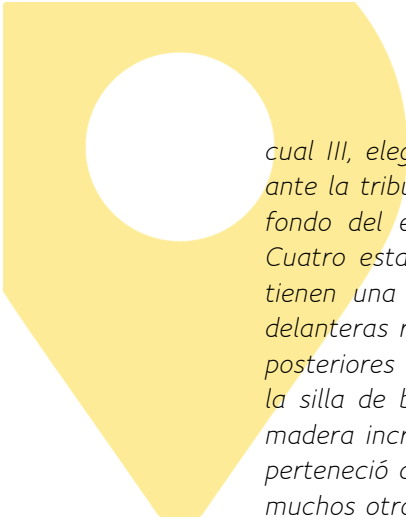
La nave central de la Basílica, desde la puerta de bronce hasta la cátedra de San Pedro, mide ciento ochenta y cinco metros con treinta y siete centímetros de larga, y cuarenta y seis de alta hasta la bóveda. Es el templo mayor de toda la cristiandad. Después de San Pedro, el mayor es el de San Pablo de Londres. -Si añadiéramos a este, decía Don Bosco bromeando, la iglesia de nuestro Oratorio, alcanzaría la longitud precisa de la Basílica Vaticana. Cada capilla tiene las dimensiones de una iglesia corriente.

Comenzó Don Bosco por visitar la nave menor de la derecha según se entra y fue examinando capilla por capilla, altar tras altar, cuadro tras cuadro. Observaba estatuas, bajorrelieves, mosaicos; contemplaba las espléndidas tumbas de varios Papas. Distinguió entre ellas la de la célebre Matilde, condesa de Canossa, defensora de la autoridad pontificia contra Enrique IV emperador de Alemania y la de Cristina Alejandra, reina de Suecia, que, siendo protestante, al reconocer la falsedad de su secta, renunció al trono y se hizo católica, muriendo en Roma en 1655. Don Bosco tomaba nota con los datos históricos, pero sobre todo satisfacía su devoción.

Entró en la capilla llamada de la Santa Columna, donde se conserva una columna transportada del templo de Jerusalén, en la que se apoyó Jesucristo cuando predicaba a las turbas. Es curioso que la parte que tocaron las sagradas espaldas del Salvador, nunca está cubierta de polvo.

Se postró en adoración en la capilla del Santísimo Sacramento, cuyo altar está dedicado a San Mauricio y sus compañeros mártires que son los principales protectores del Piamonte. Junto a este altar hay una escalera que sube al palacio pontificio.

En la capilla gregoriana notó que se veneraba en el altar una antigua imagen de María Santísima de los tiempos de Pas-



cual III, elegido en 1099. Hizo la última estación de la iglesia ante la tribuna principal llamada de la Cátedra, colocada en el fondo del espacio que forma como el coro del altar papal. Cuatro estatuas gigantescas de metal, encima del altar, sostienen una gran silla pontifical del mismo material. Las dos delanteras representan a san Ambrosio y san Agustín y las dos posteriores a san Atanasio y san Juan Crisóstomo. Encajada en la silla de bronce se conserva como preciosa reliquia otra de madera incrustada con varios bajorrelieves en marfil. Esta silla perteneció al senador Pudente y sirvió al apóstol san Pedro y a muchos otros Pontífices después de él.

Después de venerar aquel símbolo del infalible magisterio de la Iglesia, Don Bosco volvió a postrarse delante de la Confesión de San Pedro; luego fue a inclinar su cabeza ante la estatua de bronce del Príncipe de los apóstoles colocada en un pilar de la derecha y besar respetuosamente el pie, que sobresale un poco del pedestal, desgastado en buena parte por los labios de los fieles. Es una estatua hecha fundir por san León Magno, sirviéndose del bronce de la de Júpiter Capitolino, en recuerdo de la paz obtenida sobre Atila.

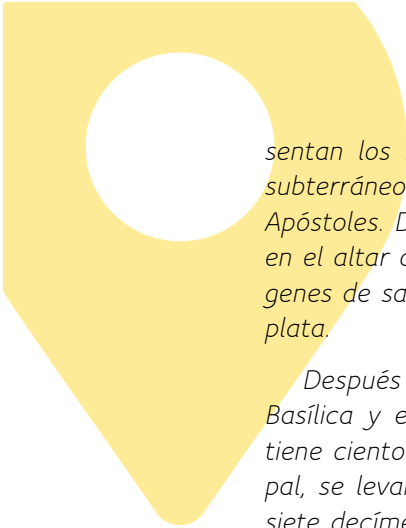
Sonaban las cinco de la tarde y Don Bosco estaba cansadísimo; desde las once de la mañana, siempre en pie, se movía por aquella nave de la Basílica. Tuvo que volver a las Quattro Fontane (MB V, 828-829; MBe V, 588-589).

El tres de marzo lo tenía destinado para continuar la visita de la Basílica Vaticana.

A las seis y media de la tarde salió de casa Don Bosco con el clérigo Rua y el conde Carlos. Llegaron a San Pedro, frente al altar papal que, aislado en medio del crucero, se yergue majestuoso sobre siete gradas de mármol blanco. Delante de él hay en el pavimento un amplio vacío uniforme, circundado por una preciosa balaustrada sobre la que arden continuamente ciento doce lámparas sostenidas por cornucopias de metal dorado; y desde el cual, por una doble escalera de mármol, se baja al rellano de la Confesión, bajo el altar papal.

Es una capilla adornada de mármoles preciosos, de estucos dorados, y de veinticuatro bajorrelieves en bronce que repre-





sentan los hechos principales de la vida de san Pedro; en el subterráneo de esta se oculta la tumba del Príncipe de los Apóstoles. Don Bosco tuvo la fortuna de celebrar la santa misa en el altar de esta capilla, adornada con dos antiquísimas imágenes de san Pedro y san Pablo pintadas sobre una plancha de plata.

Después de haber orado largamente, subió de nuevo a la Basílica y echó un atento vistazo a la nave del crucero que tiene ciento treinta y cinco metros de larga. Sobre el altar papal, se levanta la inmensa cúpula de cuarenta y dos metros y siete décimetros de diámetro. Por su altura y amplitud, por los espléndidos trabajos en mosaico que en ella realizaron los más célebres artistas, deja encantado a quien la contempla. Está sostenida por cuatro columnas; cada una de ellas mide setenta metros con ochenta y cinco centímetros de perímetro y tiene una galería llamada de las reliquias. Guardan el santo lienzo de la Verónica, una porción de la Santa Cruz, la sagrada lanza y el cráneo de san Andrés.

Es célebre la reliquia de la santa Faz, que se cree sea el lienzo de que se sirvió el Divino Salvador para enjugarse el rostro bañado en sangre. En él quedó impresa su cara, que entregó a santa Verónica mientras subía al monte Calvario. Personas dignas de fe atestiguan que esa santa Faz sudó sangre varias veces, el año 1849, y que cambió de color mudando las primitivas facciones. Estos hechos fueron escritos y los canónigos de san Pedro daban testimonio de ello.

Don Bosco, penetrado de estos sentimientos, tan a propósito para conmovir un alma llena de fe, acercóse a la Cátedra de San Pedro y, después de renovar su saludo, dirigió sus pasos hacia la parte meridional de la Basílica y admiró otras tumbas pontificias, examinó las suntuosas capillas y los altares, especialmente el de la Virgen de la Columna, así llamado por la imagen de la Virgen pintada sobre una columna de la antigua Basílica Constantiniana. Veneró también las urnas que encierran los cuerpos de diversos santos: de los apóstoles Simón y Judas, de san León Magno, de los santos León II, III y IV, de san Bonifacio IV, de san León IX, de san Gregorio Magno y de san Juan Crisóstomo. Por fin se detuvo en la última capilla de

la nave menor, o sea en el baptisterio cuya concha es de pórfido.

Esta segunda visita a San Pedro terminó media hora después del mediodía, por lo que el señor Carlos De-Maistre dejó para otra ocasión el subir a la cúpula (MB V,839-840; MBe V, 596-597).

II) EN LA CÚPULA

El día ocho de marzo estuvo dedicado a subir a la cúpula de San Pedro.

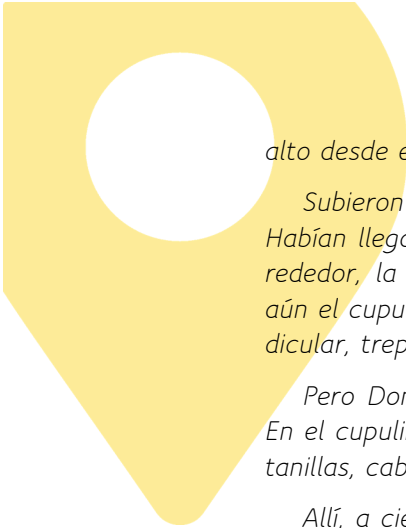
El canónigo Lantiesi había preparado para Don Bosco y sus amigos el billete necesario para quien deseara tener esa satisfacción.

Era un día tranquilo. Don Bosco dijo la misa en la iglesia de Jesús, en el altar dedicado a san Francisco Javier, para cumplir la promesa hecha en Turín al conde Javier Provana de Colligno. Llegó al Vaticano a las nueve, en compañía de Carlos De Maistre y Miguel Rua.

Presentaron el billete, abrieronles la puerta y comenzaron a subir una escalera bastante cómoda. Casi a la altura del rellano de la Basílica están grabados los más célebres personajes, Reyes y príncipes, que han subido hasta la base de la cúpula y vieron con satisfacción el nombre de varios soberanos del Piamonte y otros miembros de la casa de Saboya.

Aquí dieron un vistazo a la terraza del gran templo que se presenta como una gran plaza embaldosada, que tiene en el centro una fuente de agua perenne y vieron la campana mayor, cuyo diámetro mide más de tres metros. Ya por una escalera de caracol, entraron en la primera y después en la segunda barandilla interior de la cúpula y dieron la vuelta. Observó Don Bosco que los mosaicos, vistos uno a uno, que desde abajo parecían tan pequeños, desde arriba adquirían un tamaño gigantesco.

Mirando hacia abajo, los hombres que trabajaban y andaban por el templo parecían enanos y el altar papal, que llevaba por encima el baldaquino de bronce de veintinueve metros de



alto desde el pavimento, parecía un simple sillón.

Subieron al último piso, que está sobre la mismísima cúpula. Habían llegado a más de ciento dieciocho metros. Mirando alrededor, la vista se pierde en un horizonte vastísimo. Faltaba aún el cupulino, al que se sube por una escalerilla casi perpendicular, trepando unos seis metros, como en un saco.

Pero Don Bosco subió decidido con el conde y Miguel Rua. En el cupulino, donde había alrededor unos orificios como ventanillas, cabían cómodamente dieciséis personas.

Allí, a ciento treinta metros de altura, Don Bosco empezó a hablar de varias cuestiones del Oratorio de Turín: recordó con cariño a sus muchachos y manifestó su deseo de volver a verlos cuanto antes y trabajar por su salvación.

Ya un tanto descansados, descendió Don Bosco, sin parar hasta llegar con sus amigos a la puerta de salida. Como necesitaba descansar, se sentó a oír el sermón recién empezado en la Basílica.

Le agradaron los ademanes y el bien decir del predicador que hablaba de la observancia de las leyes civiles. Después del sermón, como aún le quedaba un poco de tiempo, Don Bosco lo dedicó a visitar la sacristía, que es magnífica y digna de san Pedro en el Vaticano. Eran ya las once y media, y, como aún estaban en ayunas, fueron a tomar un pisolabis (MB V,850-852; MBe V, 604-605).

III) MUSEO PÍO CRISTIANO

D. Bosco con el Sr. Carlos De Maistre fueron a visitar a Mons. Borromeo, mayordomo de Su Santidad. Fueron tan bien recibidos, y después de haber hablado mucho de las cosas del Piamonte y de Milán, su patria, monseñor tomó el nombre de Don Bosco, del Sr. Carlos y de Rua, para ponerlos en el catálogo de los que deseaban recibir la Palma de manos del Santo Padre.

Junto al despacho de dicho prelado, en torno a la corte del palacio Pontificio están los museos. Don Bosco entró en ellos, vio cosas realmente grandiosas, pero se detuvo especialmente en un vasto salón oblongo, donde está el museo Cristiano.. Ad-



miró un sinfín de pinturas del Salvador, de la Virgen, de los Santos y, entre otras, una del Buen Pastor que lleva una ovejita al hombro. Todos aquellos objetos fueron hallados en las catacumbas.

Desde el Vaticano, atravesando el centro de Roma, pasó Don Bosco por la plaza Scossacavalli, donde trabajaban los escritores de la famosa revista *La Civiltà Cattolica*. Entró a visitarlos, como había prometido al padre Bresciani, y se encontró con la grata sorpresa de que los principales sostenedores de la publicación eran piamonteses.

Don Bosco estaba deseando volver a casa; así que, pasando todo por alto, estaban ya junto al Quirinal, cuando he aquí que el rosariero Foccardi, lo vio con el señor De Maistre ante su tienda y les invitó a entrar. En razón de sus muchas cortesías los entretuvo un rato, pero les dijo cuando ya era fuerza partir:

-Aquí tienen mi carruaje; yo los acompaño y les llevo a su casa.

Si bien es cierto que a Don Bosco no le gustaba montar en coche, sin embargo, condescendió amablemente.

Foccardi, por el deseo de charlar un poco más con Don

Bosco, lo llevó bastante lejos y le dio tantas vueltas, que cuando llegaron a casa ya era de noche.

«Cuando llegué a casa, escribió Don Bosco, me entregaron una carta: la abrí, la leí y decía: “Se comunica al señor abate Bosco, que Su Santidad se ha dignado recibirlo en audiencia mañana, nueve de marzo, desde las once y tres cuartos hasta la una”. Aquella noticia, aunque esperada y deseada, me dio un vuelco al corazón, y aquella tarde, ya no pude hablar más que del Papa y de la audiencia».

El cardenal Antonelli no había olvidado su promesa (MB V, 852-854; MBe V, 605-606).

IV) PRIMERA AUDIENCIA PAPAL

Como ya hemos dicho, el principal motivo que movió a Don Bosco para bajar a Roma fue el de poder ser recibido en audiencia por el Santo Padre.

La primera audiencia, largamente esperada, pasaría luego a la historia, contada con todo lujo de detalles por el mismo Don Bosco y por don Rua, que lo acompañaba como secretario.

El cardenal Antonelli, secretario de Estado, había prometido a Don Bosco que se interesaría para que pronto fuera recibido en audiencia por el Sumo Pontífice.

Y por fin llegó el momento tan esperado...

El nueve de marzo fue el día de la audiencia papal. Pero, como Don Bosco necesitaba hablar antes con el cardenal Gaudé, fue a celebrar misa en la iglesia de Santa Maria sopra Minerva [Santa María sobre Minerva], que es uno de los más bellos y ricos edificios sagrados de Roma. Bajo el altar mayor está el cuerpo de santa Catalina de Siena. Después del Santo Sacrificio, se presentó al cardenal, con quien pudo hablar enseguida y, recibidos sus consejos e informaciones, volvió a las Quattro Fontane, para preparar a toda prisa las preguntas que había de hacer al Santo Padre.

Faltaba poco para las once cuando Don Bosco y Miguel Rua, ambos de manteo, llegaban al Vaticano. Presos de mil pensamientos, subieron las escaleras más maquinalmente que a sabiendas. Al entrar en los salones pontificios, acompañados

por la guardia suiza y la guardia noble, los camareros les saludaron con una profunda inclinación, les tomaron la carta para la audiencia que Don Bosco llevaba en la mano y, de salón en salón, los acompañaron hasta la antecámara del Pontífice.

Como quiera que había otros esperando a ser recibidos, tuvieron que aguardar casi una hora y media.

Don Bosco escribió más tarde «que aquel tiempo lo emplearon en observar el lugar donde se encontraban. Los salones son grandes, majestuosos, bien tapizados, pero sin ningún lujo. Una simple alfombra verde cubría el pavimento. El tapizado de las paredes era de seda roja, pero sin adornos, las sillas de madera. Un solo sillón, colocado sobre un entarimado un poco elegante, indicaba que aquel era el salón pontificio. Esto nos satisfizo, porque recordábamos las mordaces e injustas acusaciones que algunos van haciendo contra el lujo y fausto de la corte pontificia».

De pronto sonó una campanilla, y el prelado de antecámara, les hizo una señal para que avanzaran y entrasen en la sala del Papa. Don Bosco se quedó turbado y tuvo que hacerse violencia para no perder el equilibrio. -Animo, se dijo, vamos. Miguel Rua siguió tras él llevando en la mano un ejemplar artísticamente encuadrado con la colección de las Lecturas Católicas. Entraron. Estaban, por fin, en presencia de Pío IX. Hicieron una genuflexión al entrar en la sala, otra a la mitad y una tercera a los pies del Pontífice. Pero cesó casi del todo su turbación, al ver presente en Pío IX, al hombre más afable, más venerado, y al mismo tiempo más sencillo que pueda delinear un pintor. No besaron su pie porque estaba sentado a la mesa; le besaron la mano y Miguel Rua, recordando la promesa hecha a sus compañeros, se la besó dos veces, una por sí mismo y otra por ellos. Entonces, el Santo Padre, les indicó que se levantaran y se acercaran. Así lo hicieron, mas Don Bosco, queriendo acomodarse a las prescripciones de la etiqueta, volvió a arrodillarse. -No, replicó el Papa, levántese.

Es de advertir, que, al anunciar a Don Bosco, el prelado introductor, leyó mal su nombre, porque en vez de escribir Bosco, había escrito Bosser, por lo que el Papa comenzó a



preguntarle:

- *¿Sois piemontés?*

-*Sí, Santidad, soy piemontés y en este momento experimento el mayor consuelo de mi vida, al hallarme a los pies del Vicario de Jesucristo.*

- *¿Y en qué os ocupáis?*

-*Santidad, me dedico a la educación de la juventud y a escribir las Lecturas Católicas.*

-*La educación de la juventud fue algo muy útil en todos los tiempos, añadió el Papa; pero hoy es más necesaria que nunca. Hay también otro en Turín que se dedica a la educación de los jóvenes.*

Aquí advirtió Don Bosco que se había dado equivocadamente su nombre y también el Papa comprendió que él no era Bosser, sino Bosco, el Director del Oratorio de San Francisco de Sales. Entonces tomó un aspecto bastante más jovial y continuó.

- *¿Qué hacéis en vuestro internado?*

-*Un poco de todo, Santo Padre: celebro la misa, predico, confieso, doy clase; algunas veces me toca ir a la cocina a enseñar al cocinero y hasta barrer la iglesia.*

Sonrió el Santo Padre al oír esta respuesta y le preguntó otras cosas referentes a los muchachos, a los clérigos y a los Oratorios, de los que ya estaba informado. Preguntóle el número y nombre de los sacerdotes que lo ayudaban y de los que colaboraban en la publicación de las Lecturas Católicas.

Dirigiéndose luego al clérigo Rua, le preguntó si ya era sacerdote, a lo que él respondió:

-*Santidad, todavía no, soy solamente clérigo y curso tercero de teología.*

- *¿Qué tratado estudiáis?*

-*Estudio el tratado de Baptismo y de Confirmatione. Y*



mientras quería terminar la lista de los otros, el Papa observó:

-Este es el tratado más fácil. Y dirigiéndose de nuevo a Don Bosco, le dijo con aire sonriente:

-Recuerdo el obsequio que me mandasteis a Gaeta y los delicados sentimientos con que aquellos jóvenes lo acompañaban. Don Bosco aprovechó la ocasión para asegurarle la adhesión de todos sus muchachos a su sagrada persona y le rogó aceptara una prueba con los ejemplares de las Lecturas Católicas.

-Santidad, le dijo; os ofrezco una colección de todos los folletos publicados hasta ahora, y lo hago en nombre de la Dirección; la encuadernación es trabajo de los muchachos de nuestra Casa.

-¿Cuántos son esos muchachos?

-Santidad, los muchachos de la casa son casi doscientos, los encuadernadores, quince.

-Pues bien, respondió; quiero enviar una medalla a cada uno. Entró en la habitación contigua, y volvió al instante con quince medallas de la Inmaculada Concepción.

-Estas son para los encuadernadores, dijo a Don Bosco mientras se las entregaba. Y dirigiéndose luego al clérigo Rua, le dio una más grande diciendo:

-Esta es para vuestro acompañante. Después, vuelto nuevamente a él, le entregó una cajita, en la que había otra un poco mayor, diciendo:

-Y esta para vos. Como se arrodillaron para recibir los preciosos regalos, el Santo Padre les dijo que se levantaran. Creyendo que ellos quisieran marcharse, iba Pío IX a despedirlos, cuando Don Bosco empezó a decir:

-Santidad, tendría algo particular que comunicarle.

-Muy bien, respondió el Papa. Hicieronle una señal al clérigo Rua para retirarse y él, haciendo una genuflexión en medio de la sala, salió. El Santo Padre discursó nuevamente con Don Bosco sobre los Oratorios, sobre el espíritu que les infundía y

alabó la publicación de las Lecturas Católicas indicándole, que animase a sus colaboradores a quienes él bendecía de corazón. Una de las cosas que repitió con complacencia fue esta:

-Cuando me acuerdo de esos muchachos, me conmuevo con las treinta y tres liras que me enviaron a Gaeta. Pobrecitos, añadía, se privaron de los céntimos destinados al panecillo y al condumio: ¡fue un gran sacrificio para ellos! Don Bosco respondió:

-Nuestro deseo hubiera sido hacer mucho más, pero fue para nosotros un gran consuelo saber que nuestra pequeña oferta había agradado a Su Santidad. Sepa que allá en Turín tiene un grupo numeroso de hijos que le quieren de veras y siempre que hablan del Vicario de Jesucristo, lo hacen con transportes de alegría.

El Santo Padre oyó esto con gran satisfacción y llevando la conversación nuevamente a los Oratorios, a cierto punto, espontáneamente preguntó:

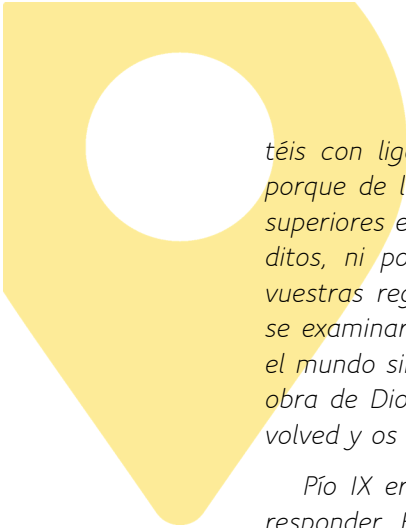
-Querido Don Bosco, habéis emprendido muchas cosas; mas, si murieseis, ¿qué sería de vuestra obra? Don Bosco, que estaba para entrar en su principal asunto, aprovechó la ocasión y, respondiendo que precisamente había ido a Roma para resolver el porvenir de los Oratorios, le entregó la carta comendaticia de monseñor Fransoni. Y añadió:

-Suplico a Su Santidad tenga a bien indicarme las bases de una Institución que esté de acuerdo con los tiempos y lugares en que vivimos.

-El Vicario de Jesucristo, leyó la recomendación del intrépido desterrado, se enteró de los proyectos e intenciones de Don Bosco, se puso muy contento y dijo:

-Se ve que los tres estamos de acuerdo. Pío IX aconsejó entonces a Don Bosco que redactara las reglas de la Pía Sociedad, de acuerdo con la finalidad concebida y le hizo diversas indicaciones a tal fin. Entre otras cosas le dijo:

-Conviene que fundéis una Sociedad que no pueda ser estorbada por el Gobierno; pero al mismo tiempo no os conten-



téis con ligar a los miembros a través de simples promesas, porque de lo contrario no habría unión entre los socios, entre superiores e inferiores; nunca estaríais seguro de vuestros súbditos, ni podríais confiar en su voluntad. Procurad encauzar vuestras reglas según estos principios y, terminado el trabajo, se examinará. Pero la empresa no es fácil. Se trata de vivir en el mundo sin ser conocidos por el mundo. Pero, si esta obra es obra de Dios, él os iluminará. Id, rezad y, de aquí a unos días, volved y os diré cuál es mi idea.

Pío IX era rápido para entender preguntas y expedito para responder. En cinco minutos se podían ventilar con él asuntos con los que otros hubieran empleado una hora. Don Bosco le pidió diversos favores, que benignamente le concedió.

Finalmente, Don Bosco suplicó su bendición para todas las personas que de algún modo tenían relación con él. Entonces llamaron al clérigo Rua. Volvió este a entrar, y Don Bosco pidió al Papa su santa bendición. Los dos se arrodillaron para recibirla.

-Os la doy con todo corazón, contestó el Santo Padre con voz conmovida, mientras ellos por su parte estaban también emocionados.

Pío IX, usó esta fórmula especial que nosotros reproducimos, como un glorioso recuerdo.

-Benedictio Dei Omnipotentis, Patris et Filii et Spiritus Sancti descendat super te, super socium tuum, super tuos in sortem Domini vocatos, super adiutores et benefactores tuos et super omnes pueros tuos, et super omnia opera tua, et maneat nunc, et semper, et semper et semper.

(La bendición de Dios omnipotente, Padre e Hijo y Espíritu Santo descienda sobre ti, sobre tu acompañante, sobre tus llamados a la heredad del Señor, sobre tus ayudantes y bienhechores y sobre todos tus hijos, sobre todas tus obras y permanezca ahora y siempre, y siempre y siempre).

Al terminar la audiencia, preguntó el Papa a Don Bosco, si ya había visitado la Basílica de San Pedro, y le autorizó para que pudiese visitar todos los monumentos y cosas notables de la inmortal ciudad, ordenando

al Monseñor de la antecámara que a don Bosco se le abrieran las puertas de los más escondidos rincones. -Procurad ver todo lo que es visible, le dijo (MB V, 855-862; MBe V, 607-612).

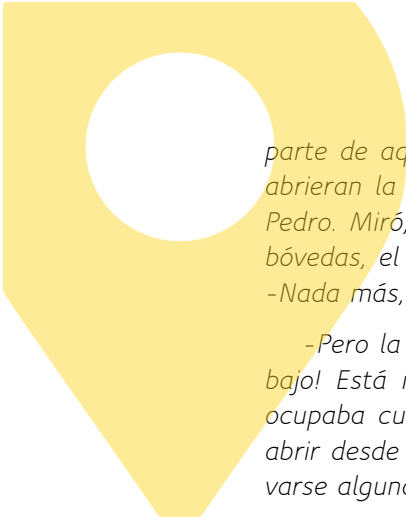
COMENTARIO DE DON BOSCO: *«La bondad del Santo Padre, - anotó Don Bosco, - y mi vivo deseo de entretenerme con él, había prolongado la audiencia más de media hora, tiempo notable, ya sea en cuanto a su persona, ya sea en cuanto a la hora de la comida que por nuestra culpa se le retrasaba. Llenos de estima y veneración, confundidos por tantos signos de benevolencia, salimos del palacio pontificio y nos dirigimos hacia el Quirinal. La impresión de esta audiencia será imborrable en nuestro corazón y es para nosotros un buen argumento para decir que basta acercarse al Pontífice, para descubrir en él un padre que no busca más que el bien de sus hijos los fieles de todo el mundo. Quien le oye hablar, no puede menos de decir en su corazón: -En este hombre hay algo sobrehumano que no aparece en los demás hombres» (MB V, 862; MBe V, 612).*

V) LA TUMBA DE SAN PEDRO

Don Bosco aprovechó el permiso del Papa para visitar los subterráneos de la Basílica Vaticana. El espacio entre los dos pavimentos es lo que forma los subterráneos, también llamados grutas vaticanas. Aquí se colocaron casi todos los monumentos que había en la iglesia antigua, algunos de ellos obras maestras de escultura y de pintura: cuadros en mosaico, sepulcros de los papas, sarcófagos de personajes célebres, estatuas, lápidas y altares.

Don Bosco, contaba después a los muchachos: *«Haría falta todo un libro para anotar las mil cosas allí vistas; yo resalto una sola y es una imagen de María llamada de la 'Bocciata'. Está en un altar subterráneo y es muy antigua. Se la dio este nombre por el siguiente suceso: un joven, por desprecio, o sin querer, dio con una bocha en un ojo de la imagen de María. Se obró un gran prodigio. Brotó sangre de la frente y del ojo, que aún se ve rojizo sobre las mejillas de la estatua. Dos gotas se deslizaron lateralmente sobre una piedra que se conserva celosamente resguardada por una verja de hierro».*

Pero lo que más cautivaba la atención de Don Bosco en aquellos subterráneos era el recuerdo del Príncipe de los Apóstoles. Acompañado por monseñor Borromeo dedicó la mayor



parte de aquel día a visitar la Confesión. Después hizo que le abrieran la cripta subterránea donde estaba la tumba de San Pedro. Miró, examinó los objetos, los rincones, las paredes, las bóvedas, el suelo. Luego preguntó si no quedaba más que ver.

-Nada más, le contestaron.

-Pero la tumba de Santo Apóstol, ¿dónde está? - ¡Aquí debajo! Está muy profunda, bajo tierra, en el mismo lugar que ocupaba cuando existía la antigua Basílica; no se ha vuelto a abrir desde siglos, por miedo a que alguien pueda intentar llevarse alguna reliquia.

-Pues yo quisiera llegar hasta allí.

-Imposible.

-Me han dicho que de alguna manera puede verse.

-Todo lo que se puede enseñar, se lo he enseñado; lo demás está terminantemente prohibido.

-Pero el Papa me ha dicho que era orden suya que no se me oculte nada. Cuando vuelva a visitarle, y me pregunte si he visto todo, me disgustaría no poder decir que sí.


Monseñor mandó a buscar unas llaves y abrió una especie de armario. Había allí un hueco que conducía bajo tierra. Don Bosco miró, pero estaba todo oscuro.

- ¿Está satisfecho?, interrogó el monseñor.

-Todavía no; querría ver.

- ¿Y cómo hacer?

-Mande traer una caña y un cerillo. Trajeron la caña y el cerillo, que, puesto en la punta de la caña, no llegaba al fondo. Llevaron una segunda caña, que tenía en la punta un ganchillo de hierro. Así consiguieron tocar la losa del sepulcro de San Pedro. Estaba a siete u ocho metros de profundidad. Golpeando suavemente, el sonido que subía indicaba que el ganchillo tocaba unas veces hierro, y otras mármol. Lo cual confirmaba lo escrito por los antiguos historiadores. Don Bosco observaba todo con mucha diligencia para la revisión de la vida de San Pedro (MB V, 862-864; MBe V, 611-614).



Entre tanto el Santo Padre había manifestado su deseo de que Don Bosco asistiese en el Vaticano al devoto y magnífico espectáculo de las funciones de Semana Santa. Por eso encargó a monseñor Borromeo le invitara en su nombre y le proporcionase un lugar donde pudiera seguir a su gusto los sagrados ritos (MB V, 899-900; MBe V, 638)

VI) SEMANA SANTA EN ROMA

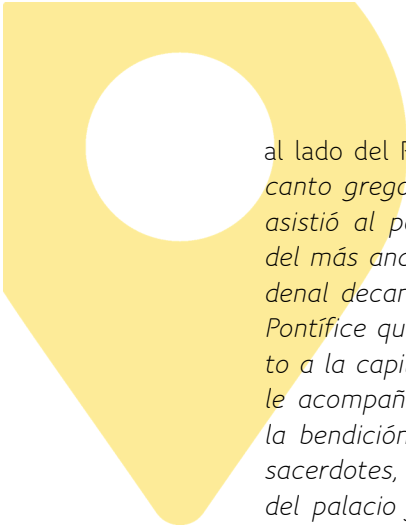
Al día siguiente, domingo veintiocho de marzo, Domingo de Palmas o de Ramos, entraba Don Bosco con Miguel Rua en la Basílica de San Pedro mucho antes de empezar las funciones. El conde Carlos De Maistre les acompañó hasta la tribuna de los diplomáticos, donde tenían preparado su puesto. Don Bosco era todo ojos, pues sabía la importancia de las ceremonias de la Iglesia. A su lado se hallaba un milord inglés protestante, maravillado de la solemnidad de los ritos. A cierto punto un barítono de la capilla sixtina entonó un solo, tan perfecto, que Don Bosco se conmovió hasta las lágrimas, y el milord quedó extático.

Terminado el canto, volvióse el inglés a Don Bosco y díjole en latín, pues no sabía cómo hacerse comprender en otro idioma:

- Post hoc paradisus! (¡Después de esto, el paraíso!). Aquel hombre, algún tiempo después, se convirtió al catolicismo y llegó a ser sacerdote y obispo.

Cuando el Papa terminó de bendecir las palmas, al llegar su turno, desfiló el cuerpo diplomático hacia el trono del Pontífice y cada embajador y ministro recibió la palma de su mano. También Don Bosco y Miguel Rua se arrodillaron a los pies del Pontífice y recibieron la palma. Así lo quiso Pío IX. ¿No era Don Bosco un embajador del Altísimo?

El cardenal Marini, que era uno de los dos cardenales diáconos asistentes al trono, para que Don Bosco pudiera asistir más de cerca, también en la capilla Sixtina a todas las otras ceremonias de la semana santa, le nombró su caudatario. Y así, el siervo de Dios, revestido con sotana morada, estuvo casi



al lado del Papa durante todo el ceremonial y pudo saborear el canto gregoriano y la música de Allegri y Palestrina. El jueves asistió al pontifical del cardenal Mario Mattei, en su calidad del más anciano de los obispos suburbicarios, en lugar del cardenal decano del sacro colegio que estaba impedido; siguió al Pontífice que llevaba procesionalmente el Santísimo Sacramento a la capilla Paulina para reponerlo en la urna allí preparada, le acompañó al balcón vaticano desde el que esperaba Roma la bendición solemne; asistió al lavatorio de los pies de trece sacerdotes, efectuado por el Papa en dos grandísimas galerías del palacio y a su cena conmemorativa, servida por el mismo Vicario de Cristo.

En cuanto al Viernes Santo, he aquí lo que leemos en la página sesenta y seis de un folleto publicado en París en 1883, con el título "Dom Bosco à Paris par un ancien Magistrat": «Un magistrado francés estuvo arrodillado junto a un sacerdote el día de Viernes Santo en la capilla Paulina adorando a Jesús Sacramentado en el Santo Sepulcro.


El magistrado estaba acompañado por un señor italiano, que al salir le dijo:

-Tenía a su lado a Don Bosco, un santo, el Vicente de Paúl de Turín. Y Don Bosco lo fue de Italia y, si Dios lo quiere, del mundo entero». Don Bosco, después de la adoración, volvió a su papel de caudatario del cardenal Marini; celebró aquel día el cardenal Gabriel Ferretti que era penitenciario mayor. El Sábado Santo pontificó el cardenal Francisco Gaude (MB V, 900-902; MBe, V, 639-640).

VII) SEGUNDA AUDIENCIA

Ya en el Quirinal, al declinar la tarde, recibió una invitación para ir al Vaticano. El Papa deseaba hablar con él y lo recibió con muestras de singular afecto paternal. Empezó enseguida su conversación:

-He reflexionado sobre vuestro proyecto y me he convencido de que podrá hacer mucho bien a la juventud. Hay que realizarlo. ¿Cómo podrían, si no, conservarse vuestros Oratorios, y cómo atender a sus necesidades espirituales? Por eso me parece necesaria una nueva Congregación religiosa, en estos tris-



tes momentos. Debe apoyarse sobre estas bases: sea una sociedad con votos, porque sin ellos no se mantendría la unidad de espíritu y de acción; pero estos votos deben ser simples y fáciles de disolver, para que la malevolencia de alguno de los socios no altere la paz y la unión de los demás. Las reglas sean suaves y fáciles de observar. Que la forma de vestir y las prácticas de piedad no la señalen en medio del mundo. Quizá por eso, sería mejor llamarla Sociedad y no Congregación. En resumen, estudia la manera para que cada miembro sea un religioso ante la Iglesia y un libre ciudadano ante la sociedad.

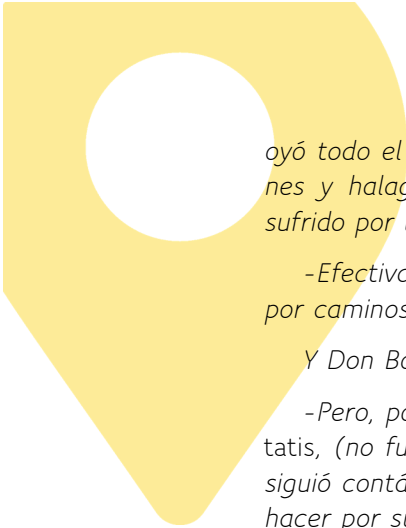
Luego aludió a algunas congregaciones, cuyas reglas tenían una especial semejanza con la que se pensaba fundar.

Entonces Don Bosco presentó humildemente a Pío IX el manuscrito de sus Constituciones.

-Aquí tiene, Beatísimo Padre, le dijo, el reglamento que contiene la disciplina y el espíritu que, desde hace veinte años, informa a los que gastan sus energías en los Oratorios. Ya hace tiempo me había esmerado en dar a los artículos una forma regular; pero estos días pasados he hecho correcciones y añadidas de acuerdo con las bases que Su Santidad tuvo la bondad de trazarme la primera vez que tuve el alto honor de prostrarme a vuestros pies. Pero como quiera que, al hacer el borrador de cada uno de los capítulos, habré errado ciertamente en más de un punto del plan propuesto, lo pongo todo en manos de Vuestra Santidad y de aquel a quien se digne nombrar para leer, corregir, añadir y quitar cuanto se juzgue conveniente para mayor gloria de Dios y bien de las almas.

Tomó el Pontífice de las manos de Don Bosco el reglamento, lo hojeó un poco, aprobó una vez más la idea que los había inspirado y lo colocó sobre una mesa. Así fue como el mismo Vicario de Jesucristo determinó que Don Bosco fundara una nueva Sociedad religiosa.

A continuación, quiso el Papa que le expusiera minuciosamente los principios de la obra de los Oratorios en Turín y lo que le había movido a comenzarla; lo que allí se hacía y cómo se hacía y los obstáculos que había tenido que vencer. Cuando



oyó todo el cúmulo de amenazas, contradicciones, persecuciones y halagos, exclamó, aludiendo a cuanto él mismo había sufrido por la revolución:

-Efectivamente ¡ambulavimus per vias difficiles! (anduvimos por caminos difíciles).

Y Don Bosco le respondió sonriendo:

-Pero, por la gracia de Dios, non lassati sumus in via iniquitatis, (no fuimos abandonados en el camino de la iniquidad). Y siguió contándole el mucho bien que el Señor se había dignado hacer por su infinita misericordia, y cómo habían vivido y vivían todavía en el Oratorio muchos jóvenes de extraordinaria virtud.

La conversación giró entonces en torno a la figura de Domingo Savio y Don Bosco contó al Papa la visión del buen jovencito sobre Inglaterra. Pío IX escuchó con bondad y dijo con gozo:

-Esto confirma mi propósito de trabajar con energía en favor de Inglaterra a la que he dedicado mis mayores preocupaciones. Esto me servirá, por lo menos, como consejo de un alma buena.

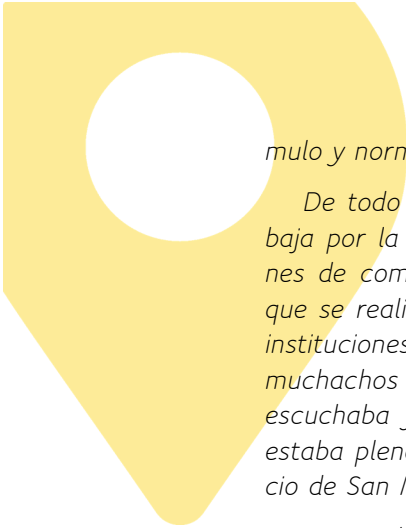
Pero aquella revelación hizo nacer en la mente de Pío IX una duda y, mirando fijamente a Don Bosco, le preguntó si, por acaso, también él había recibido alguna arcana comunicación para proceder en la obra que había fundado, y como le pareciera que Don Bosco titubeaba, insistió para que le contara minuciosamente todo lo que tuviera, aunque solo fuera en apariencia, algo de sobrenatural.

Y Don Bosco, con filial confianza, le narró cuanto había pasado por su fantasía en sueños extraordinarios, que en parte ya se habían verificado, comenzando por el primero, cuando él contaba cerca de nueve años.

El Papa le escuchó con viva atención y, muy conmovido, sin disimular que hacía mucho caso de éllo, le recomendó:

-Llegando a Turín, escribid esos sueños y cuanto me habéis expuesto ahora, con todo detalle y naturalidad; guardadlo como patrimonio para vuestra Congregación; legadlo para estí-





mulo y norma de vuestros hijos.

De todo ello tomó pie para exaltar la misión de quien trabaja por la juventud, empleando las más afectuosas expresiones de complacencia; y al mismo tiempo hizo alusión al bien que se realizaba en Roma por los Oratorios festivos y muchas instituciones; alabó la educación e instrucción impartida a los muchachos en el Hospicio apostólico de San Miguel. Don Bosco escuchaba y callaba; mas le pareció al Santo Padre que no estaba plenamente de acuerdo con su parecer sobre el Hospicio de San Miguel, y le dijo:

-Vos sabéis algo que yo no sé.

-Ruego al Santo Padre me dispense, si considero que no debo hacer observación alguna; mas si Su Santidad me lo manda, hablaré.

-Os lo mando y quiero que habléis. Don Bosco habló, siempre con una prudente discreción, y manifestó el parecer de eminentes personajes sobre el Hospicio de San Miguel, los cuales deseaban que el Pontífice estuviera informado. Pío IX, sorprendido ante aquellas inesperadas revelaciones, díjole sin más que se serviría de aquellas noticias para remediar los inconvenientes señalados y, como se había hablado de talleres, le preguntó qué oficios, artes y estudios seguían los muchachos en Valdocco. Luego le interrogó:

- ¿Cuál de las ciencias a que os habéis dedicado, os ha gustado más?

-Santo Padre, respondió Don Bosco, mis conocimientos no son muchos; pero lo que me gustaría y quiero saber es scire Jesum Christum et hunc crucifixum, (conocer a Jesucristo y a este crucificado). Ante semejante respuesta quedó el Papa un tanto pensativo y, deseando quizá poner a prueba esta declaración, le confesó que había quedado muy satisfecho del éxito de los ejercicios espirituales a las reclusas y que, para darle una prenda de su aprecio y afecto, había determinado nombrarle su camarero secreto, con el título de Monseñor. Don Bosco, que en su vida había ambicionado honores, con toda modestia agradeció su generosidad al Pontífice, diciéndole

con muy buenas maneras y bromeando:

- ¡Santidad! ¡Bonita figura haría yo de Monseñor en medio de mis muchachos! ¡Mis hijos no sabrían cómo reconocirme ni concederme toda su confianza si tuvieran que llamarme Monseñor! Ya no se atreverían a acercarse y agarrarme de una parte y de otra como hacen ahora. Además, a cuenta de esta dignidad, el mundo me creería rico y yo no tendría valor para presentarme a mendigar por nuestro Oratorio y nuestras obras. ¡Beatísimo Padre! lo mejor es que yo siga siendo el pobre Don Bosco.

El Papa se admiró de una humildad tan simpática, mientras Don Bosco pasaba sin más a pedirle la aprobación y permiso para difundir en los Estados Pontificios sus Lecturas Católicas y la exención, si ello fuera posible, de la tasa de correos para sus libritos. Pío IX prometió darle gusto; pero aconsejó se presentara al Cardenal Vicario y hablara con él, para que se fuera enterando de su promesa. Díjole también, que había echado una mirada a su Historia de Italia y a las Lecturas Católicas; alabó la publicación que iba haciendo con las biografías de los Sumos Pontífices de los tres primeros siglos y le animó a escribir, porque así sería benemérito de la Iglesia, mayormente en aquellos tiempos; y añadió felicitándolo:

-Vos hacéis revivir a mis antecesores con vuestras obras, particularmente a aquellos, cuya vida servía para alcanzar las noticias referentes a los Papas. Le concedió, de viva voz, varias facultades personales, que Don Bosco le había solicitado: la de poder confesar in omni loco Ecclesiae (en todas las partes de la Iglesia), y para siempre, y la dispensa de la obligación de rezar el breviario. En fin, insatisfecha todavía la bondad del incomparable Pontífice, le concedía otra facultad con estas palabras:

-Os concedo todo lo que yo puedo concederos. Dicho lo cual le impartió su bendición (MB V, 880-885; MBe, V, 625-628).

IMPRESIONES: Salió Don Bosco de la sala del Papa confundido y conmovido por aquella memorable audiencia. La dispensa del breviario era un

gran alivio para su delicada conciencia, puesto que, a menudo vivía absorbido de la mañana a la noche, por la multitud de penitentes, visitas y quehaceres. Sin embargo, mientras pudo, siguió rezándolo por entero, o al menos en parte, cuando ya tuvo cansada y enferma la vista y débil el estómago.

Entre tanto ¡qué admirable resulta el afecto del Sumo Pontífice a Don Bosco! Desde aquel momento, Pío IX fue su padre y su amigo: tuvo por él gran estima, deseaba su conversación, le pidió más de una vez consejo, le ofreció repetidamente dignidades eclesiásticas para tenerlo a su lado. Pero Don Bosco, siempre obediente, aún a sus simples deseos, no creyó deber condescender a tales ofrecimientos. Mientras solicitaba honores para los demás, siempre los rechazó para sí mismo (MB V, 885; MBe, V, 628).

VIII) EL DÍA DE PASCUA

El cuatro de abril anunciaban la aurora del día de Pascua las salvas de artillería del Castillo de Sant'Angelo.

Hacia las diez, bajaba Pío IX a la Basílica en silla gestatoria y cantaba la santa misa. Después del Pontifical tenía que bendecir, como de costumbre, urbi et orbi desde el balcón de San Pedro. Desfiló el cortejo de obispos y cardenales y subió al balcón. Don Bosco, con el cardenal Marini y un obispo, quedóse un instante junto al pretil, cubierto de un magnífico paño, sobre el que se habían puesto tres tiaras de oro. Díjole el Cardenal a Don Bosco:

- ¡Vea qué espectáculo! Don Bosco giraba sobre la plaza sus ojos atónitos. Una muchedumbre de doscientas mil personas estaba apiñada en ella con la cara vuelta hacia el balcón. Tejados, ventanas y terrazas de todas las casas estaban ocupados. El ejército francés cubría una parte del espacio comprendido entre el obelisco y la escalinata de San Pedro. Los batallones de la infantería pontificia estaban formados a derecha e izquierda. Detrás, la caballería y la artillería. Miles de carrozas llenaban las dos alas de la plaza, junto a la columnata de Bernini y al fondo junto a las casas. En particular en las de alquiler había de pie grupos de personas que parecían dominar la plaza. Oíase un vocerío clamoroso, el piafar de los caballos, una confusión increíble. Nadie puede hacerse una

idea de aquel espectáculo.

Don Bosco, que había dejado al Papa en la Basílica mientras veneraba las insignes reliquias expuestas, creyó que tardaría en aparecer. Contemplaba absorto aquella gente de tan diversas naciones. De pronto, se dio cuenta de que los dos prelados habían desaparecido y vio a derecha e izquierda las varas de la silla gestatoria que llegaba a sus hombros sin que él se hubiera dado cuenta. Se encontró entonces en una situación comprometida; prisionero entre la silla y la balastrada, apenas si podía moverse; alrededor de la silla estaban apretados cardenales, obispos, maestros de ceremonias, y portadores de la silla gestatoria, de suerte que no veía un resquicio por donde salir de allí. Volver los ojos hacia el Papa era una inconveniencia, darle las espaldas una grosería; quedarse en el centro del balcón una ridiculez. No pudiendo hacer otra cosa, se quedó de lado, de modo que la punta de un pie del Papa se apoyaba en sus hombros. En aquel momento se hizo en la plaza un silencio sepulcral: se hubiera oído el volar de una mosca. Hasta los caballos estaban inmóviles. Don Bosco, sin turbarse, atento al más mínimo incidente, observó que solo el relincho de un caballo y la campana de un reloj que daba las horas se oyeron mientras el Papa recitaba sentado algunas oraciones de ritual. Viendo que el piso del balcón estaba cubierto de ramas y flores, se inclinó y tomó unas flores que metió entre las hojas del libro que tenía en mano. Por fin, Pío IX se puso en pie para bendecir: abrió los brazos, elevó las manos al cielo, las extendió hacia la multitud que inclinaba su frente y oyóse su voz sonora, potente y solemne que cantaba la fórmula de la bendición, más allá de la plaza Rusticucci y de la buhardilla del edificio de los escritores de la Civiltà Cattolica.

La muchedumbre respondió a la bendición del Papa con una inmensa y ardorosa ovación. Entonces el cardenal José Ugolini, leyó en latín el Breve de la indulgencia plenaria y a continuación el cardenal Marini leyó el mismo breve en italiano. Don Bosco se había arrodillado y, cuando se levantó, la silla y el Papa habían desaparecido. Todas las campanas repicaban a gloria, retumbaba sin cesar el cañón del Castel Sant'Angelo y

las bandas militares hacían resonar sus trompetas. Entonces bajó el cardenal Marini, acompañado de su caudatario, y subió a su carroza. En cuanto esta se movió, Don Bosco se sintió víctima del movimiento y empezó a revolvérsele el estómago. Aguantó un poco, pero no pudiendo resistir más, comunicó al cardenal su malestar. Hizo este que subiera al pescante con el cochero, y como el mareo continuaba, descendió de la carroza para marchar a pie. Mas, como iba con sotana morada, hubiera causado sorpresa o burla, caminando solo por la ciudad, y entonces el secretario, sacerdote bonísimo y muy educado, bajó también de la carroza y le acompañó hasta el palacio del cardenal. El momentáneo malestar ocasionado por las impresiones de aquella mañana ya había desaparecido, pero no terminó tan pronto la alegría de muchos amigos suyos piamonteses, entre los que estaba Juan Tamietti, natural de Cambiano, que le había visto en el balcón del Vaticano. En cuanto le encontraron:

-Estupendo, le decían, muy bien. ¡Hacía muy bonita figura ante toda la plaza! Don Bosco abría el libro y les enseñaba las flores que había tomado allí arriba, y que siempre conservó desecadas como grato recuerdo de aquel día (MB V, 902-905; MBe, V, 640-642).

IX) TERCERA AUDIENCIA

El seis de abril tuvo Don Bosco otra audiencia particular con Pío IX. Le acompañaron Miguel Rua y el teólogo Murialdo, admitido en el Vaticano por cortés intervención del mismo Don Bosco. Entraron en la antecámara a las nueve de la noche y Don Bosco fue admitido inmediatamente.

En cuanto lo tuvo delante el Papa, díjole con cara seria:

-Abate Bosco, ¿dónde fuisteis a meteros el día de Pascua durante la bendición Papal? ¡Allí delante del mismo Papa!

Y poniendo el hombro bajo su pie como si el Pontífice necesitara ser sostenido por Don Bosco.

-Santo Padre, - respondió Don Bosco tranquilo y humilde, - me pilló de improviso y os pido perdón, si de algún modo os ofendí.

- ¿Y añadís ahora el agravio de preguntarme si me ofendis-

teis?

Don Bosco miró al Papa y le pareció que su actitud era fingida: en efecto, una sonrisa a floraba a sus labios venerandos. Y continuó el Pontífice:

- ¿Pero qué idea vino a su cabeza para recoger flores en aquel momento?

Fue menester toda la seriedad de Pío IX para no estallar en risa. Y entonces sonrió el Papa, y sin más pasó a comunicarle amablemente que había leído atentamente el manuscrito de las Constituciones, del primero al último de sus artículos. Y tomándolo de la mesa se lo entregó, añadiendo:

- Presentadlo al cardenal Gaude, el cual lo examinará y a su tiempo le hablará. Lo abrió Don Bosco y vio que Pío IX había tenido la dignación de añadir algunas notas y modificaciones de su puño y letra. El Santo Padre quería que aquel reglamento pasara enseguida a una Comisión encargada de informar; pero Don Bosco le pidió que le dejara experimentarlo por algún tiempo, para presentarlo de nuevo a Su Santidad. Pío IX estuvo de acuerdo y le indicó los trámites que debería seguir para alcanzar la aprobación definitiva de su Pía Sociedad con las correspondientes Constituciones. A continuación, le recordó Don Bosco varias súplicas que había presentado para obtener la concesión de indulgencias nominatim para algunos bienhechores suyos y para quienes promovieran el canto de canciones sagradas. Y el Papa con toda bondad le aseguró que sería atendido oportunamente.

Pidióle también Don Bosco una indulgencia plenaria para todos los muchachos que acudían a los Oratorios festivos, para el día, por ellos elegido, en que recibieran los Santos Sacramentos; la bendición apostólica para los que toman parte activa de estos Oratorios; para los que de algún modo colaboran en la difusión de las Lecturas Católicas; y para los muchachos internos del Oratorio de San Francisco de Sales; finalmente algunas facultades especiales para los presbíteros Morizio y Reviglio. Y Pío IX le concedió todos los favores que le pidió.

-Y ahora, Beatísimo Padre, añadió Don Bosco, tenga la

bondad de sugerirme una máxima para repetirla a mis muchachos, como un recuerdo salido de los labios del Vicario de Jesucristo.

- ¡La presencia de Dios!, respondió el Papa. ¡Decid a vuestros jóvenes de mi parte, que este pensamiento sea la norma de su vida!...

- ¿Y ya no tenéis nada más que pedirme? Vos deseáis todavía algo más.

- Santo Padre, repuso él, Vuestra Santidad se ha dignado concederme cuanto he pedido y ya no me queda sino daros gracias con toda mi alma.

- Si embargo, sin embargo, Vos deseáis todavía algo más. Ante esta réplica estaba Don Bosco como en suspenso sin proferir palabra, cuando el Papa agregó:

- ¿Pero cómo? ¿No deseáis que vuestros muchachos se alegren cuando volváis a verlos?

- Santidad, eso sí.

- Así que esperad un instante.

Un momento antes habían entrado en la sala el teólogo Murialdo, Miguel Rua y el reverendo Cerutti de Varazze, canciller de la Curia Arzobispal de Génova. Quedaron estupefactos de la familiaridad con que el Papa trataba bondadosamente a Don Bosco y de lo que vieron en aquel momento. El Papa abrió un cofre, sacó con las dos manos un puñado de monedas romanas de oro y, sin contarlas, se las entregó a Don Bosco diciendo:

- Tomad y dad una buena merienda a vuestros muchachos.

Puede el lector imaginar la impresión que causó a Don Bosco aquel acto de paternal bondad de Pío IX, el cual, con gran amabilidad, se dirigió a los que acababan de entrar, bendijo los rosarios, crucifijos y demás objetos devotos que le presentaron, y dio a todos un precioso recuerdo en medallas. Todos estaban conmovidos y cuando el teólogo Murialdo pudo dirigir la palabra al Papa, le pidió una bendición especial para el Oratorio de San Luis, a cuyo frente le había puesto Don Bosco. Pío IX le respondió:

-Es muy bueno ocuparse de los niños: hay apóstoles que quisieran alejar a los niños de Jesús; pero el Salvador dijo: Si nite parvulos venire ad me (Dejad que los niños se acerquen a mí), y así tenemos que hacer nosotros. El Señor concede sus bendiciones a quienes trabajan por los niños y es un gran consuelo el salvarse en compañía de otros salvados por nosotros, pero es de cobardes querer salvarse solos. Entonces el teólogo Murialdo dijo:

-Es una gran necesidad, sobre todo en nuestra tierra.

Y enseguida agregó el Santo Padre:

-En todas partes y ciertamente también en vuestra tierra, donde suceden grandes males por la libertad de la prensa. Se imprime en un sitio, pero los escritos penetran en todas partes, porque no tenemos la muralla de la China para impedir su entrada. El año pasado, en mi viaje a Florencia y a Bolonia, tuve que secuestrar millares de folletos procedentes de Turín y de Milán. Ni que decir tiene cuánto aliviaron y animaron en su empresa al teólogo Murialdo aquellas palabras, y el Papa no olvidó al joven y celoso sacerdote turinés, ya que, en 1867, pidió noticias de él a Don Bosco. Pero la audiencia tocaba a su fin: se arrodillaron todos para recibir una bendición más del Papa, el cual animó a Don Bosco que salía el último, a proseguir su empresa y a practicar, por vía de prueba, las reglas que le había presentado; y le exhortó, por segunda vez, a escribir detalladamente las cosas sobrenaturales que le había contado, aún las de menor importancia, pero que guardaban relación con la primera idea sobre los Oratorios: insistió en que, el conocerlas sería de grandísimo estímulo, en el futuro para quienes formaran parte de la nueva Congregación. Mientras hablaba, entró un cardenal para someter a su firma algunos papeles y Pío IX cortó sus palabras y despidió a Don Bosco diciéndole:

-Acordaos de lo que os he dicho.

Al día siguiente, firmaba el Papa de su puño y letra los Rescriptos y se los hacía entregar a Don Bosco; el cual, iluminado con los consejos y animado con las palabras del Vicario de Jesucristo, durante los días que

aún permaneció en Roma, retocaba las reglas de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, y quitaba unas y ponía otras para que, en sustancia, quedaran conforme a los sentimientos de Pío IX (MB V, 906-910; MBe, V, 644-647)



Catacumbas de San Callixto

Via Appia Antica 110

Don Bosco siempre tuvo una gran devoción por los Santos Mártires.

Esta devoción, unida al deseo de conocer los lugares de su martirio y sepultura, para poder escribir su vida con mayor precisión y claridad, le llevó a visitar con minuciosidad las catacumbas romanas. Sin embargo, un espíritu de profunda fe y devoción se combinó con una cuidadosa observación.

Su atención se dirigió en particular a las catacumbas de San Sebastián y de San Calixto en Vía Appia Antica, durante la estancia de 1858.

Sus últimas visitas fueron a la "Confesión de San Pedro" y a las Catacumbas. Después de rezar en la Basílica de San Sebastián y ver dos de las flechas que hirieron al Santo Tribuno y la columna a la que fue atado, bajó a las sagradas galerías que guardaron los huesos de miles y miles de mártires, donde San Felipe Neri pasó muchas noches en fervorosa oración. Fue luego a las catacumbas de San Calixto. Allí le esperaba probablemente el caballero Juan Bautista De-Rossi, investigador de aquellas catacumbas y al que le había presentado monseñor de San Marzano. El que penetra en aquellos santos lugares experimenta una emoción que dura toda la vida. Don Bosco iba absorto en santos y dulcísimos pensamientos mientras recorría aquellos subterráneos, donde los primeros cristianos, con la



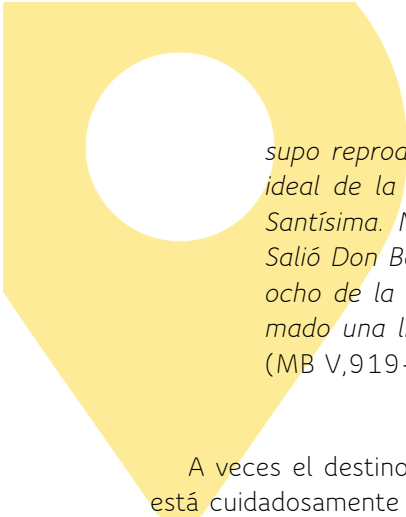
asistencia al Santo Sacrificio, con las oraciones en común, con el canto de los salmos y de las profecías, con la sagrada comunión y escuchando la palabra de los Obispos y de los Papas, habían encontrado la fuerza necesaria para el martirio que los aguardaba. Es imposible contemplar con ojos serenos aquellos nichos que encerraron los cuerpos sanguinolentos o abrasados de tantos y tantos héroes de la fe, las tumbas de hasta cator-

ce papas que dieron su vida para confirmar lo que enseñaban y la cripta de Santa Cecilia. Don Bosco observaba los muchísimos frescos antiguos que simbolizan a Nuestro Señor Jesucristo y la Eucaristía; las queridas imágenes que representan los desposorios de María Santísima con San José, la Asunción de María al cielo y otras de la Madre de Dios con el Niño en brazos o sobre las rodillas. Le encantaba el sentimiento de modestia que brilla en estas imágenes, en las que el arte cristiano primitivo



Mapa





supo reproducir la incomparable belleza del alma y el altísimo ideal de la perfección moral que se debe atribuir a la Virgen Santísima. No faltaban otras figuras de santos y de mártires. Salió Don Bosco de las Catacumbas, donde había entrado a las ocho de la mañana, a las seis de la tarde. Tan solo había tomado una ligera refección con los religiosos que las custodian (MB V,919-920; MBe V, 653).

A veces el destino juega bromas extrañas, y hoy el Sacro Cementerio está cuidadosamente custodiado por los hijos de Don Bosco, y el antiguo monasterio trapense (donde el Santo se detuvo a almorzar) es una casa de formación para jóvenes salesianos (*foto de abajo*).

En ella aún es reconocible el núcleo antiguo, que se remonta a la época de la visita de Don Bosco. Una estatua del santo, frente a la entrada del Instituto «San Tarcisio», nos recuerda que aquí Don Bosco, que antes era solo un visitante, ahora está en casa.

Es muy recomendable visitar estas catacumbas, definidas por el papa Juan XXIII como «las más augustas y famosas de Roma».



Santa María sopra Minerva

Piazza della Minerva 42

Esta iglesia, fundada en el siglo VII sobre los restos de un templo de Minerva Calcídica y reconstruida en estilo gótico alrededor de 1280, fue muy querida por el Santo piemontés. De hecho, iba allí con frecuencia para celebrar el Divino Sacrificio y predicar. Otro motivo que explica la asiduidad de las visitas del santo a esta iglesia es que en el edificio contiguo vivía el cardenal Gaude, piemontés y amigo suyo.

Este templo fue uno de los primeros lugares que visitó el Santo en Roma, el 23 de febrero de 1858.

Hacia las nueve fueron a la iglesia de Santa María sopra Minerva, así llamada por estar edificada sobre las ruinas de un templo dedicado a aquella diosa. Entraron en el convento, donde fueron muy bien recibidos por el cardenal Gaude, que vivía allí mismo y ya los esperaba. El purpurado, que tenía muy buena amistad con Don Bosco, lo entretuvo en audiencia privada casi una hora y media. Gozaba el cardenal charlando en su querido dialecto piemontés, le preguntaba por los Oratorios festivos, inquiría cómo andaba la situación de la Iglesia en los Estados Sardos y escuchaba con agrado lo que Don Bosco le sugería sobre las Constituciones, que llevaba consigo. Con sus palabras y su porte demostraba que la alta dignidad que goza-



Mapa



ba no le había disminuido su humildad, y mucho menos su amor a la patria y su cariño para con sus antiguos amigos. Tanto en esta visita, como en todo cuanto le ocurrió a Don Bosco en su trato con el cardenal, le ayudó mucho el dominico padre Marchi, que tuvo con él gran deferencia y se ofreció a ayudarle en todo cuanto pudiera necesitar durante su estancia en Roma (MB V, 822-823; MBe V, 584)

Más de una vez el Santo se reunió en oración en la iglesia de Santa Maria sopra Minerva, en momentos particularmente importantes, como lo hizo el 9 de marzo de 1858, antes de ir al Vaticano para ser recibido por Pío IX.

El nueve de marzo fue el día de la audiencia papal. Pero, como Don Bosco necesitaba hablar antes con el cardenal Gaude, fue a celebrar misa en la iglesia de Santa María sobre Minerva, que es uno de los más bellos y ricos edificios sagrados de Roma. Bajo el altar mayor está el cuerpo de Santa Catalina de Siena. Después del Santo Sacrificio, se presentó al Cardenal, con quien pudo hablar enseguida y, recibidos sus consejos e informaciones, volvió a las Cuatro Fontanas, para preparar a toda prisa las preguntas que había de hacer al Santo Padre (MB V, 855; MBe V, 607)





Santa María in Cosmedin

Piazza Bocca della Verità 18

También el santo venía a menudo a la antigua iglesia de *Santa Maria in Cosmedin*.

El templo fue erigido en el siglo VI sobre una gran aula porticada de la época Flavia, del que quedan varias columnas incorporadas al edificio, que se alzaba junto a un grandioso altar y dos templos consagrados a Hércules Invicto y a Ceres.

La iglesia, ampliada por Adriano I en el siglo VIII, fue entregada a los griegos que, huyendo de las persecuciones de los iconoclastas de Oriente, se habían asentado en los barrios cercanos al Tíber; de ellos tomó el nombre de Schola Graeca y Santa Maria in Cosmedin (palabra griega que significa "ornamento").

Adosado a la Iglesia se encuentra el Monasterio de las Hermanas de la Caridad, salvado por la intervención de Don Bosco del decomiso de bienes.

En la mañana del 6 de marzo, después de haber visitado el hospicio San Michele in Ripa, y haber recibido como regalo algunas obras realizadas por los jóvenes, Don Bosco cruzó el Tíber por el puente Roto y tuvo que guarecerse en el atrio de la iglesia de Santa Maria in Cosmedin (donde se encuentra el gran rostro de la Bocca della verità), para resguardarse del violento aguacero que los había sorprendido. El vestíbulo ya ocupado por algunos ganaderos, con los que Don Bosco inevitable-

mente "aprovechó la ocasión".

Allí esperaron a que cesara el chaparrón que inundaba las calles y contemplaron en una plaza, llamada Bocca della verità, muchos bueyes uncidos que descansaban en medio del fango, expuestos al viento y a la lluvia. Los boyeros, que se habían refugiado en el mismo atrio, se pusieron a comer con un apetito envidiable. En vez de sopa o cocido tenían un pedazo de bacalao seco, del que arrancaba cada uno una hebra cuando le convenía. El pan era de centeno y de maíz y bebían agua.

Al ver su aire sencillo y bondadoso, se acercó Don Bosco y les dijo:

- ¿Qué? ¿Hay buen apetito?

-Mucho, contestó uno de ellos.

- ¿Os basta esa comida para quitaros el hambre y manteneros?

-Nos basta; y gracias a Dios que no falte, puesto que los pobres no podemos aspirar a más.

- ¿Por qué no lleváis los bueyes al establo?

-Porque no lo tenemos.

- ¿Los tenéis siempre expuestos al viento y a la lluvia, día y noche?

-Siempre, sí señor.

- ¿Y hacéis lo mismo en vuestro pueblo?

-Sí, hacemos lo mismo, porque tenemos pocas cuerdas, así, que llueva, haga viento o nieve, día y noche están a la intemperie.

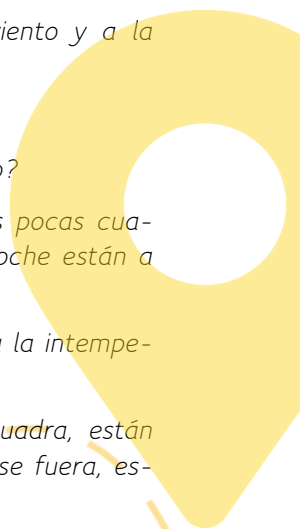
- ¿Y las vacas y los terneros también están a la intemperie?

-Lo mismo. Entre nosotros los animales de cuadra, están siempre estabulados y los que empiezan a quedarse fuera, están siempre a la intemperie.



Mapa

78





- ¿Vivís muy lejos de aquí?

-A unas cuarenta millas.

- ¿Asistís a las funciones sagradas?

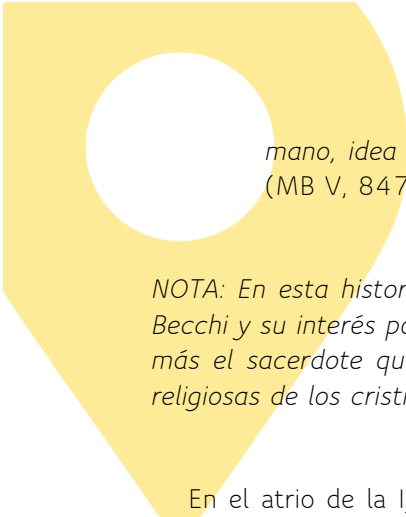
-Claro, ¿quién lo duda? tenemos nuestra iglesia, tenemos un cura que nos dice la misa, predica, enseña el catecismo y todos, aunque estén lejos, procuran no faltar.

- ¿Vais a confesaros alguna vez?

-Naturalmente. ¿Es que hay cristianos que no cumplen con estos santos deberes? Ahora hay un jubileo y todos nosotros procuraremos hacerlo muy bien.

De toda esta conversación se deducía la buena índole de esos campesinos, que viven contentos en su pobreza y satisfechos en su estado, con tal de poder cumplir con sus deberes de buenos cristianos y pensaba Don Bosco en el gran bien que hubieran hecho las misiones continuas en el amplio agro ro-





mano, idea que no abandonó en todo el transcurso de su vida (MB V, 847-848; MBe V, 601-602).

NOTA: En esta historia resurge el recuerdo del pequeño vaquero de los Becchi y su interés por las condiciones de los animales, pero emerge aún más el sacerdote que recomienda el buen comportamiento y prácticas religiosas de los cristianos.

En el atrio de la Iglesia se encuentra la famosa «boca de la verdad», una máscara romana llamada así por la leyenda, que dice que, para probar la verdad de una persona, basta con que meta la mano en ¡la «boca» de la verdad! A los mentirosos se les cortará esta.

La fama de la bondad de Don Bosco se extendía en Roma por los testimonios de cuantos le habían tratado en aquellos pocos días. Es más, atestigua don Miguel Rua que muchos romanos conocían, y a él se lo dijeron, el hecho ocurrido en Turín en 1849 del jovencito vuelto a la vida para que pudiera confesarse y que estaban muy enterados de lo ocurrido en tal ocasión. De hecho, se hallaban en Roma algún prelado, varios sacerdotes y unos cuantos padres de la Compañía de Jesús, todos piamonteses, que conocían muy bien a Don Bosco y su vida. Sobre todo, el conde De-Maistre no cesaba de hacer propaganda de Don Bosco en las casas señoriales y en los palacios cardenalicios y, como era hombre admirado por sus virtudes, todos le creían (MB V, 849-850; MBe V, 603).



Santa María del Pueblo

Piazza del Popolo 12

Esta iglesia, como la de *Trinità dei Monti*, es también una de las más famosas de la ciudad. Surgió de una pequeña capilla construida por Pascual II (1099) a expensas del pueblo romano (de ahí el nombre), sobre las tumbas de los Domizi, quizás en acción de gracias por la conquista de Jerusalén (que tuvo lugar en julio del mismo año, al final de la primera cruzada).

Fue restaurada, ampliada y retocada varias veces por artistas como Bramante y Bernini.

Los nobles romanos solían ir aquí (muchos de los cuales tenían familiares enterrados en la misma iglesia). Por lo tanto, es normal que Don Bosco fuera a menudo allí para celebrar la Misa, encontrarse con los nobles romanos y recoger importantes donaciones para sus numerosas obras.

El domingo, siete de marzo, estaba destinado para visitar la grandiosa iglesia de Santa María del Popolo, aneja al convento de los Padres Agustinos.

En el altar mayor se venera una estatua milagrosa de la Virgen, atribuida a San Lucas. Algunas personas piadosas de la nobleza deseaban que Don Bosco fuera allí a celebrar la santa misa, en la que ellas querían comulgar.

A las nueve de la mañana, iba a buscarle en su propio ca-



Mapa

rruaje el señor Felipe Canori Foccardi, rosariero de los sagrados palacios apostólicos, comerciante de relicarios, mosaicos, tapices y diversos objetos de arte, hombre de fe y religioso. Don Bosco celebró la santa misa, satisfizo su devoción y la de los fieles, echó un vistazo a la villa Borghese y a la artística gran plaza del Popolo, a las iglesias de Santa María de los Milagros y de Santa María del Monte Santo, que decoran los dos lados de ingreso a la calle del Corso, subió de nuevo al carruaje y fue a casa de la princesa Potocka, de la familia de los condes y príncipes Sobieski, antiguos soberanos de Polonia. Allí le habían preparado el desayuno (MB V, 848-849; MBe V, 601-602).

Un bonito y significativo episodio de su primera estancia en Roma, en 1858, en la Piazza del Popolo, merece toda nuestra atención. Es un hecho (acaecido quizás el día anterior a su regreso a Turín: el 14 de abril de 1858) que demuestra la gran capacidad pedagógica del santo turinés y su facilidad para acercarse a los muchachos y hacerse amigos de ellos.

Fue a despedirse de diversos cardenales, sin olvidar al eminentísimo Tosti, quien le había invitado otra vez a hablar a los muchachos del Hospicio de San Miguel. El Cardenal, complacido de la cortesía de Don Bosco, y como era la hora de su paseo, le invitó a acompañarlo y subieron los dos a la carroza. Empezaron a hablar sobre el mejor sistema de educación para la juventud. Don Bosco estaba cada vez más convencido de que los alumnos de aquel hospicio no tenían familiaridad con sus superiores, sino que más bien los temían: cosa poco agradable, pues allí mandaban los sacerdotes. Por eso dijo:

-Mire, Eminencia, es imposible educar bien a los jóvenes si estos no tienen confianza con sus superiores.

- ¿Pero cómo, replicó el Cardenal, puede ganarse esa confianza?

-Procurando que ellos se acerquen a nosotros, quitando todo lo que los aleje de nosotros.

- ¿Y cómo hacer para acercarlos a nosotros?

-Acercándonos nosotros a ellos, procurando adaptarnos a sus gustos, haciéndonos semejantes a ellos. ¿Quiere que hagamos una prueba? Dígame: ¿en qué punto de Roma se podría encontrar un buen grupo de muchachos?

-Pues bien, vamos a la plaza del Popolo.

El Cardenal dio orden al cochero y allá fueron. Bajó Don Bosco de la carroza y el cardenal se quedó observando. Vio Don Bosco un grupo de muchachos que jugaban, se acercó a ellos, pero los chicos escaparon. Entonces él los llamó con muy buenos modos y los muchachos, después de algún titubeo, volvieron. Don Bosco les regaló unas chucherías, les preguntó por sus familias, y les dijo que a qué jugaban; les invitó a reanudar el juego, se quedó mirándolos y luego se metió a jugar con ellos. Entonces otros chicos, que observaban desde lejos, acudieron de los cuatro ángulos de la plaza en derredor del sacerdote que saludaba a todos cariñosamente y tenía una buena palabra y un regalito para cada uno: les preguntaba si eran



buenos, si rezaban las oraciones, si iban a confesarse. Cuando quiso marcharse, le acompañaron un buen rato y no le dejaron hasta que subió a la carroza. El cardenal estaba maravillado.

- ¿Ha visto?, le dijo Don Bosco.

-Teníais razón; exclamó el cardenal.

Pero esta razón parece que no le apartaba de considerar que el sistema que se empleaba en el Hospicio de San Miguel era necesario. Su eminencia era autoritario, y tenía por axioma que la confianza hace perder el respeto. Pío IX, en efecto, después de haber hablado con Don Bosco, se persuadió de que era necesario remediar alguno de los más graves inconvenientes. Pero el cardenal Tosti se opuso a toda reforma. Fue como un muro de bronce y no hubo forma de cambiar nada... (MB V, 917-918; MBe V, 651-652



3

Las posibles
Casas
salesianas
en Roma



Hospicio de San Michele a Ripa

Piazza di Porta Portese
Lungotevere Ripa

El Instituto Romano de San Michele (antes Hospicio), pía institución fundada en el siglo XVI con el objetivo de reunir e instruir en las artes a los jóvenes pobres y de acoger a los ancianos y a las muchachas huérfanas, fue alojado en una construcción que tiene una frente de 334 metros. La construcción del palacio estuvo ocupada, durante más de un siglo, por Carlo Fontana, luego por Fuga y Forti.

El edificio albergaba inicialmente el Hospicio, al que se anexa una casa correccional para jóvenes, luego la cárcel de mujeres y el cuartel de los aduaneros.

Incluye la pequeña iglesia de la Madonna del Buon Viaggio y la gran iglesia de cruz griega de San Michele (construida por Fontana).

El Instituto ahora tiene una nueva sede en Tor Marangia, y el antiguo edificio alberga numerosas oficinas del *Ministero dei Beni Culturali* y alberga numerosas exposiciones.

Al principio Don Bosco iba allí solo para visitar esta famosa institución, pero luego volvió varias veces, en nombre del Papa. Pío IX, en efecto, quiso conocer el pensamiento del educador piemontés sobre el sistema pedagógico practicado en el Hospicio. Más tarde el mismo Pío IX insistió en que Don Bosco tomara la dirección, pero la oposición de los que estaban a la cabeza aconsejó al Santo que desistiera de la empresa.

He aquí la historia de la primera visita de Don Bosco a esta Obra, que

se remonta al 29 de febrero 1858.

Por la tarde se determinó a ir con el conde Rodolfo al gran Hospicio de San Miguel in Ripa, a la otra orilla del Tíber, para saludar al cardenal Antonio Tosti, que era presidente del mismo. Su eminencia había estado en Turín como encargado de negocios ante el Gobierno del Piamonte, de 1822 a 1829, y se había conquistado el cariño y aprecio de la flor y nata de nobles y doctos.

Don Bosco y el conde atravesaron el río. Pero se detuvieron en la Isla Tiberina para visitar la iglesia de San Bartolomé que conserva, bajo el altar mayor, los huesos del apóstol. Visitaron también la iglesia de Santa Cecilia edificada en el mismo sitio donde estuvo la casa de esta santa, veneraron su cuerpo, que sigue incorrupto después de tantos siglos, y llegaron al Instituto de San Miguel.

La fachada principal del edificio tiene 345, por 80 de fondo y 23 de altura máxima. Su perímetro mide casi un kilómetro. Albergaba más de ochocientas personas, en su mayoría chiquitos. Don Bosco y su noble compañero fueron recibidos enseguida con gran amabilidad por el cardenal, quien les contó diversos episodios que le ocurrieron a él en tiempo de la república y cómo se vio obligado a vivir algún tiempo lejos del Hospicio para no ser víctima de un asesinato.

Al despedirse, el ilustre purpurado los invitó a visitar el Hospicio rogándoles le avisaran el día y la hora en que tendrían el gusto de verlos de nuevo (MB V, 833-835; MBe V, 592-593).

Don Bosco aceptó con gusto la invitación del purpurado, y la semana siguiente visitó con más calma el hospicio.

El día seis de marzo por la mañana, fue en compañía de la familia De Maistre y del clérigo Rua, a visitar el magnífico Hospicio de San Miguel in Ripa.

El cardenal Tosti, que les esperaba, había preparado para ellos un desayuno de cuchillo y tenedor, pero Don Bosco y sus acompañantes no participaron. Ha-



Mapa

bían desayunado antes de salir de casa, y no querían faltar a la ley del ayuno.

Entonces el cardenal tuvo la cortesía de acompañarles por todas las plantas y salones del Hospicio, seguido de uno de los directores. Aprendían allí los muchachos las artes mecánicas y las artes liberales. Los que se dedicaban a las primeras, tenían sus talleres de zapatería, sastrería, cerrajería, carpintería, sombrerería, guarnicionería y ebanistería. Muchos trabajaban en una tipografía y en una encuadernación. Pío IX, para favorecer a este Hospicio, les había concedido el privilegio de editar en exclusiva los libros escolares que se usaban en todos los Estados Pontificios.

Los que se dedicaban a las artes liberales, que eran los más, fabricaban bajo la dirección de hábiles maestros, alfombras y tapices de estilo gobelino, tallaban en madera, pintaban, esculpían, grababan en cobre camafeos y medallas.

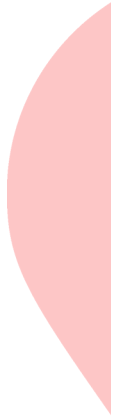
Don Bosco, pasaba de un taller a otro. Ya estaba informado de la marcha de aquella casa por el conde De Maistre y por algunos señores de Roma, eclesiásticos y seglares, que se lamentaban de que los administradores habían eludido algo la finalidad de la fundación. Efectivamente, el Hospicio, en vez de albergar solamente a muchachos pobres, mantenía también a chicos de familias pudientes con las rentas de la caridad, y allí recibían educación los hijos y sobrinos de empleados y de personajes muy calificados. Por ello resultaban inevitables las discriminaciones y las envidias.

La comida diaria de la comunidad abundaba en carne y vino. Personas pudientes hacían notar que la mayor parte de los alumnos, no podrían seguir honestamente aquel plan de vida cuando salieran del Hospicio.

Las artes mecánicas, que deberían haber asegurado el pan a la mayoría de los asilados, estaban un poco abandonadas por su humilde condición. Eran preferidas las artes liberales porque daban más lustre al establecimiento, sobre todo las alfombras y tapices que adornaban los palacios de algunos príncipes. Era también ocasión de quejas el sistema represivo





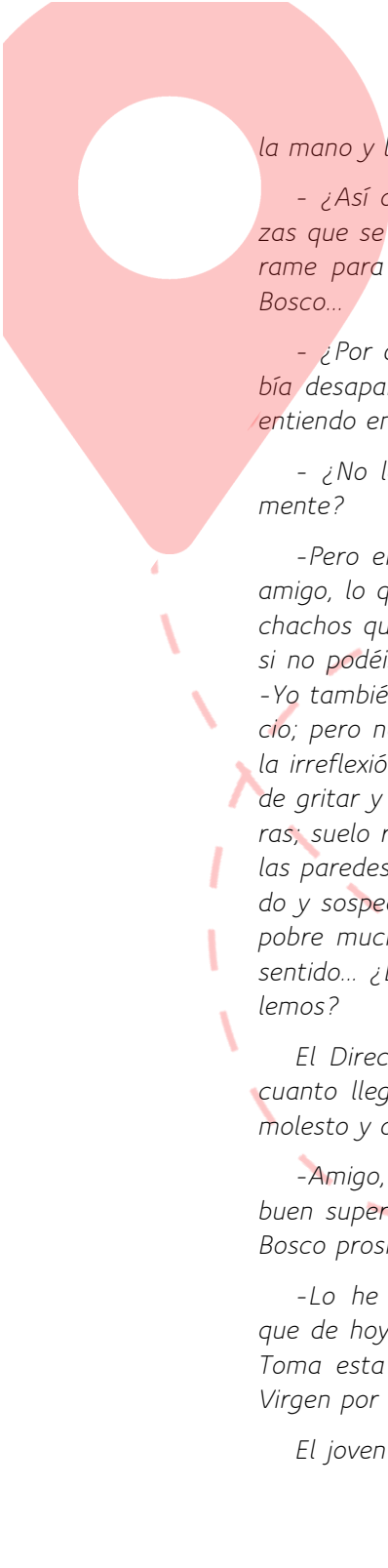


que se usaba para mantener la disciplina entre los muchachos; y se empleaban castigos corporales anticuados, no muy severos, pero que degradaban a los transgresores del reglamento. Aquella misma mañana habían intentado los amigos convencer a Don Bosco de que hiciera la prueba para ver si conseguía que terminaran semejantes desórdenes, comunicando al Cardenal Presidente las voces que corrían por Roma contra determinados administradores de la Obra Pfa. Pero Don Bosco no creyó oportuno meterse en cosas semejantes.

Sin embargo, él observaba todo: muchachos, jefes de taller, maestros y asistentes. Examinaba a unos y a otros, con aquella cándida delicadeza, que le era tan natural, se daba cuenta del espíritu que reinaba, y grababa en su mente lo que le parecía más digno de consideración. Vio en tanto que paredes y pavimentos relucían como espejos, que brillaba la salud de los alumnos, que era constante la vigilancia de los asistentes, que se enseñaba con amor la ciencia del catecismo, que estaban señalados los días para confesarse y comulgar. Y que, en todas las secciones, se daba una instrucción literaria proporcionada a su estado.

Así pues, constató que, si existía algún defecto más o menos grave, del que ninguna obra humana se ve libre, sin embargo, se hacía un gran bien a los hijos del pueblo. Pero no tanto como podía esperarse; en efecto, no se le escapó el encogimiento y evidente temor que se manifestaba en muchos alumnos, cuando aparecían los superiores ante ellos o cuando tenían que acudir a rendir cuentas en las oficinas de la dirección. Esto le sentaba mal Don Bosco, porque el carácter de los muchachos romanos es abierto y afectuoso; por ello pensaba cómo dar una lección práctica a los superiores, sobre su sistema educativo; y le vino la ocasión a las manos.

Mientras se movía Don Bosco por aquellos inmensos locales acompañado por el cardenal y algún superior subalterno, he aquí que se oyó silbar y cantar. Era un muchacho que bajaba por la escalera de honor, y que en una de las curvas se encontró improvisamente ante el cardenal, su Director y Don Bosco. El canto se heló en sus labios y se quedó tieso con la gorra en



la mano y la cabeza gacha.

- *¿Así aprovechas, díjole el Director, los avisos y enseñanzas que se os dan? ¡Eres un mal educado! Ve al taller y espérame para recibir el merecido castigo. Y usted perdone Don Bosco...*

- *¿Por qué?, replicó Don Bosco, mientras el muchacho había desaparecido. Yo no tengo nada que perdonar y tampoco entiendo en qué haya faltado ese pobrecito.*

- *¿No le parece una falta de respeto ir silbando groseramente?*

-*Pero era involuntario; y sabe usted mejor que yo, querido amigo, lo que san Felipe Neri acostumbraba a decir a los muchachos que iban a sus Oratorios: - ¡Estad quietos si podéis! Y si no podéis, gritad, saltad, con tal de que no hagáis pecados. -Yo también exijo, en determinados momentos del día, el silencio; pero no me preocupó de ciertas faltas pequeñas, hijas de la irreflexión; por lo demás, dejo a mis chicos en plena libertad de gritar y cantar en el patio y subiendo y bajando las escaleras; suelo recomendarles solamente que me respeten al menos las paredes. Es mejor un poco de ruido que un silencio resentido y sospechoso... Pero lo que ahora me da pena, es que este pobre muchacho estará preocupado por su reprensión... y resentido... ¿Le parece bien que vayamos a su taller y le consolamos?*

El Director, muy cortésmente, se adhirió a su deseo y, en cuanto llegaron al taller, Don Bosco llamó al muchacho que, molesto y acobardado, procuraba esconderse, y le dijo:

-*Amigo, tengo que decirte una cosa. Acércate, que tu buen superior te da permiso. El muchacho se acercó y Don Bosco prosiguió:*

-*Lo he arreglado todo, ¿sabes?, pero con una condición: que de hoy en adelante seas siempre bueno y seamos amigos. Toma esta medalla y en pago le rezarás una Avemaría a la Virgen por mí.*

El joven conmovido besó la mano que le ofrecía la medalla

y dijo:

-Me la pondré al cuello y la llevaré siempre como recuerdo suyo.

Sus compañeros, que ya sabían lo ocurrido, sonreían y saludaban a Don Bosco que cruzaba la amplia sala, mientras el Director hacía el propósito de no reñir a nadie tan fuertemente por tan poca cosa; y admiraba el arte de Don Bosco para ganarse los corazones.

El conde De-Maistre contaba con frecuencia este hecho. Finalmente, después de visitar todo el colegio, el eminentísimo purpurado, Don Bosco y la comitiva llegaron a la azotea que cubre todo el edificio, cuyos muros roza el Tíber hacia el mediodía, formando un ángulo donde estaban amarrados algunos barquitos. Puede llamarse el puerto de los barcos mercantes que llegan de Ostia a Roma. Mientras Don Bosco observaba de un vistazo toda la extensión del vasto edificio, experimentaba una viva satisfacción pensando en el gran número de muchachos que allí se preparaban para la virtud y para una vida honrada; y parece que concibió el santo deseo y pidió a Dios hacer llegar sus muchachos de Turín al mismo número de los que allí se reunían. Pocos años después su deseo era realidad.

Cuando bajaron de la terraza eran las doce y media. Los muchachos habían ido a comer y como su eminencia estaba muy cansado, Don Bosco y el conde se despidieron. El cardenal les regaló, a él y a sus compañeros, un dibujo del Hospicio y un grabado de San Jerónimo, trabajos realizados por los muchachos (MB V, 842-847; MBe V, 598-601).

A esto siguió una invitación específica del Papa (que mientras tanto había hablado con Don Bosco) al cardenal, para que cambiara algo en la gestión del Hospicio. Tosti, en cambio, se oponía a cualquier reforma, era como un muro de bronce y nada se podía remediar, aunque dirigía con amor y celo esta admirable institución (cf. MB V, 918; MBe V, 651). El cardenal era autoritario, ¡para él tenía que ser un axioma que la confianza hace perder la reverencia!

Dada la situación, el Santo, habiendo visitado nuevamente



el hospicio, predijo su fin en 1867.

El Venerable recibió otro encargo de confianza de Pío IX. Lo mismo que en el 1858, le encomendó ahora, en 1867, que visitara el grandioso Hospicio de San Michele in Ripa, que albergaba, juntamente con muchos muchachos, casi mil doscientas personas y tenía fama en Roma de instituto para los muchachos pobres.

Pío IX tenía gran interés por dicho Hospicio, porque él mismo había sido su presidente durante veinte meses, por voluntad del papa León XII en 1825. Lo halló en decadencia y logró remover graves abusos, alejando empleados desleales, ordenando cuentas, pagando deudas contraídas por su predecesor, elevando el nivel de sus escuelas de artes y oficios, de modo que lo hizo resurgir de un modo maravilloso. Conociendo, por tanto, los antiguos desórdenes, temía que se renovasen y que las personas encargadas de la administración, unas por ser ellas la causa y otras por connivencia o timidez, no le dieran a conocer la verdadera marcha de las cosas. Y por esto se dirigió a Don Bosco. Por su parte el siervo de Dios ya estaba informado por la duquesa de Sora y otras damas de la alta nobleza. Por lo mismo sentía cumplir este encargo, sobre todo porque preveía las dificultades para poner remedio a ciertos desórdenes. Pero el Santo Padre se lo había impuesto y él obedeció. Con la delicadeza que le caracterizaba, fue interrogando a unos y a otros de los asilados y se encontró con que muchos pobres, en el sentido estricto de la palabra, había pocos o ninguno. En cuanto a lo demás, poco o nada había cambiado desde el día de su primera visita. Volvió al Papa, pero dudaba si debía plantearle la verdad por entero; mas el Santo Padre, que advirtió su indecisión, le dijo claramente: - ¡Quiero que me lo digáis todo! Os he encargado la visita precisamente para que me informéis fielmente. Entonces Don Bosco habló claro y concluyó diciendo que con las magníficas rentas del Hospicio se habría podido aceptar, mantener e instruir convenientemente un número mucho mayor de jovencitos. El Papa quedó satisfecho al oír toda la verdad. El Venerable añadió, además: - ¡Santo Padre! Por desgracia, llegará un momento en que el Hospicio caerá... Esto es, que caería en manos laicas. La previsión quedó impresa en la mente de Pío IX, que se la recordaba

a Don Bosco, como veremos, después del 1870. Pero este informe desató una verdadera tormenta de ánimos contra el siervo de Dios. Llamó el Sumo Pontífice a los administradores del Hospicio, les dio una buena reprimenda, y no tardaron estos en pensar que la visita de Don Bosco podía ser la causa de aquellas reprensiones. Dado que no podían hacer mella en su persona, decidieron con otros, buscar una venganza, y determinaron hallar algún pretexto en los cien libritos divulgados por él a manos llenas entre el pueblo cristiano.

(MB VIII, 692-693; MBe VIII, 588-589).

La predicción de Don Bosco se hizo realidad, y Pío IX no dudó en recordárselo, en una audiencia de 1871. El 28 de junio, vigilia de la solemnidad de los apóstoles san Pedro y san Pablo, fue Don Bosco al Vaticano: se le había comunicado que el Padre Santo le esperaba para darle audiencia privada. Era una prueba evidente de benevolencia e interés particular, pues era inmenso en aquellos días el trabajo del Papa, por las audiencias públicas a las numerosísimas peregrinaciones y por las privadas a las más altas personalidades. Invitado a entrar, así que puso el pie en el umbral, el Augusto Pontífice fijó en él su bondadosa mirada y exclamó: -Y bien, Don Bosco: ¡ha caído por fin el Hospicio de San Miguel in Ripa! Este amplio instituto de beneficencia, situado a orillas del Tíber, en la zona llamada Ripa grande, era particularmente querido por el Papa porque, de joven, había estado bajo su dirección y administración, y lo había hecho florecer, liquidando todas sus deudas y perfeccionando sus escuelas de artes y oficios. Entre otras cosas, para despertar en los jóvenes aprendices más interés por el trabajo, inspirado por su gran corazón, había introducido en él, como más tarde lo hizo Don Bosco en el Oratorio, un medio muy eficaz y sencillo, a saber, que los alumnos tuvieran parte en el producto de su trabajo. Así cada muchacho podía, poco a poco, juntar unos dinerillos que le serían muy útiles al salir del instituto, pues se les entregaba finalizado el aprendizaje. Quería el Papa recordar a Don Bosco con aquella exclamación, no tanto su cooperación para devolver al Hospicio la finalidad de su fundación, sino más aún, el resultado de la inspección que él había realizado (MB VIII, 430; MBe X, 396-397).



Hospicio Tata Giovanni

Via Arenula

Este Instituto tenía fines similares al de San Michele, y también estaba decayendo lentamente. Don Bosco lo visitó y quedó muy contento, pero no hasta el punto de encargarse de su dirección, como quería Pío IX (que había sido su Director cuando era un simple sacerdote).

El glorioso Instituto, desde la antigua sede en via S. Anna de' Falegnami (la vía Arenula fue inaugurada en 1880 para conectar la amplia zona de Torre Argentina con el puente Garibaldi, destruyendo así parte de la calle de las Zoccolette y las antiguas iglesias de "S. Maria de 'Calderari", "S. Bartolomeo dei Vaccinari", "S. Anna dei Falegnami" y "Ss. Vincenzo e Anastasio dei Cuochi", llamadas así porque es sede de la Compañía de la Santa Anunciata de Cocineros y Pasteleros), a principios de siglo se trasladó a la nueva de Porta Ardeatina. Hoy en día, el edificio antiguo ha estado demolido, mientras que el nuevo alberga un Liceo.

La primera visita del Santo a esta obra data del 27 de febrero de 1858.

Se resolvió a ir a ver algún centro de beneficencia para muchachos, donde confiaba encontrar alguna idea y estímulo para proseguir trabajando cada día con mayor empeño por el bien material y espiritual del Oratorio.



Mapa

Fue, pues, a visitar el Hospicio de Tata Giovanni, (Papá Juan), situado en la calle de Santa Ana de los Carpinteros, y le gustó mucho por su origen, por su finalidad y por la buena marcha del mismo. Hacia fines del siglo XVIII hubo un pobre albañil, llamado Juan Burgi, que al ver los muchos pobres huerfanitos que vagaban por las calles de Roma, andrajosos y descalzos, tuvo lástima de ellos y recogió a unos cuantos en una casita arrendada.

Bendijo Dios aquella obra y fue creciendo el número de muchachos; se amplió el local y los chicos, agradecidos y encariñados con su bienhechor, empezaron a llamarle Tata, que en el lenguaje del pueblo romano significa padre. De donde vino al Hospicio el título de Tata Giovanni, que aún conserva. Burgi contaba con pocos medios de fortuna, pero poseía un gran corazón, por lo que no se sonrojaba de ir limosneando por sus hijos adoptivos. El papa Pío VI, que vio nacer aquella institución bajo su pontificado, le compró una casa, se hizo su insigne bienhechor y sus sucesores imitaron su ejemplo.

Tiene el centro un director, que elige un compañero coadjutor; muerto aquel, sucédele este. Recibe niños de los nueve a los catorce años, y los tiene hasta los veinte. Los mayores y mejores son los jefes en los dormitorios y los más instruidos enseñan a los otros a leer, escribir y contar.

Algunos clérigos y seglares, les dan clase por la noche. La mayoría de los asilados aprenden un oficio, que ellos mismos eligen. Como no tenían talleres en casa, salían a aprender el oficio en los de la ciudad, como se hacía al principio entre nosotros. A algunos se les permite seguir el aprendizaje de las bellas artes, y los estudios, pero después de haber dado buenas pruebas de piedad sincera e ingenio sagaz. No tenían más fondos de subsistencia que ciento cincuenta liras mensuales que daba Pío IX, algunas limosnas y una parte de lo que ganaban los mismos huerfanitos. Estos dejaban para el centro hasta quince bayocos de sus pagas, y lo demás se guardaba en caja a su cuenta.

La Institución, que depende directamente del Papa, está

bajo la protección de la Asunción de Nuestra Señora y de San Francisco de Sales. Todo llevaba la marca de nuestro internado: la hora de levantarse y de acostarse, los dormitorios y la asistencia, el Santo protector en cada dormitorio.

Don Bosco vio con plena satisfacción que había establecido en Turín la obra de Tata Giovanni sin ni siquiera conocerla. Y es que las obras de caridad, unas más, otras menos, todas se asemejan, porque su autor es Dios y su inspiradora la Iglesia, que no cambia nunca con los cambios de tiempos y lugares.

Pío IX, siendo simple sacerdote, fue director de aquel Hospicio durante siete años y siempre lo consideraba como algo suyo. En él se conservaba todavía la habitación que él ocupara. Aquel año había cerca de ciento cincuenta muchachos (MB V, 830-831; MBe V, 589-590).

GIOVANNI BORGIA

El Hospicio Tata Giovanni nació cuando Giovanni Borgia comenzó a acoger (1784) en su casa de via de' Cartari a los niños que veía durmiendo abandonados en los bancos y en las escalinatas del Panteón que regresaban de la procesión vespertina (en la que solía participar) organizada por el Oratorio de la Caravita; además de proporcionarles comida y alojamiento (con la ayuda de su hermana Domenica), comenzó a enviarlos a trabajar con sus amigos artesanos para que aprendieran un oficio que luego les permitiera sostenerse en la vida. Aprovechando la colaboración de laicos voluntarios y sacerdotes, trató también de proporcionarles una educación escolástica y religiosa.



Como trataba a estos muchachos como a hijos, comenzaron a llamarlo cariñosamente Tata que en dialecto romano significaba "padre"; de ahí su apodo y la denominación tomada del hospicio. Al mismo tiempo, como tenía maneras rudas y trataba de ayudar a la mayor cantidad de niños posible, entre algunos de ellos también se decía: "¡huye, huye, aquí está Tata Giovanni!"

Con el tiempo, su obra creció y atrajo el

interés de varias personas que la apoyaron con donaciones e ingresos; más tarde, el papa Pío VI compró el palacio Ruggia en via Giulia para hospicio (donde mientras tanto el instituto se había mudado en alquiler, llegando a acoger hasta 40 huérfanos).

Con el advenimiento de la República Romana (y la muerte de Tata Giovanni en 1798) la actividad del Hospicio estuvo en peligro de cesar; a pesar de varias tribulaciones siguió funcionando (junto a otros institutos menores, incluido el del venerable Fra' Bonifacio da Sezze) gracias al trabajo del abogado Belisario Cristaldi que trasladó el hospicio a la iglesia de San Nicolás de Tolentino; posteriormente, en el período napoleónico, el instituto se ubicó en S. Silvestro al Quirinale, Borgo S. Agata ai Monti y el Palazzo Ravenna all'Esquilino.

En 1816, cuando Pío VII regresó a Roma, el Hospicio de Tata Giovanni finalmente encontró un hogar permanente en la iglesia de Santa Anna dei Falegnami bajo la dirección del canónigo Storace. Durante este período la actividad del hospicio se expandió (llegando a 120 niños) y se institucionalizó, con la adopción de normas y reglamentos.

Muchos laicos y jóvenes eclesiásticos de la época colaboraron en la actividad del Hospicio, que había mantenido el espíritu original del fundador; entre ellos todos recordamos al futuro Papa y beato Pío IX, así como a Mons. Morichini, Mons. Vespignani y varios otros.

En 1869 el Hospicio de Tata Giovanni fue uno de los lugares más significativos de los actos del cincuentenario de la ordenación sacerdotal de Pío IX; el 12 de abril de 1869 el Papa volvió al Hospicio Tata Giovanni (en memoria de la primera Misa celebrada aquí el 11 de abril de 1819), después de distribuir personalmente la comunión a los huérfanos de Tata Giovanni el día anterior en San Pedro. Entre los exalumnos de Tata Giovanni recordamos al siervo de Dios Federico Cionchi y al monje Colombano Longoria; san Juan Bosco, con motivo de un viaje a Roma, pudo visitar el Hospicio de Tata Giovanni y ver en él muchas similitudes con el que había fundado en Turín. En 1887, el Hospicio, junto con la iglesia de S. Anna dei Falegnami, fue demolido para la apertura de via Arenula y trasladado a Piazza del Biscione en el palacio Righetti (anteriormente Orsini y Pio di Savoia), donde permaneció hasta 1926; de aquí pasó a su ubicación actual en Viale di Porta Ardeatina.







Colonia agrícola Vigna Pia

Via Filippo Tajani

Un tercer instituto educativo querido por Pío IX fue la colonia agrícola Vigna Pia. Por eso, en 1867 le propone al Santo transformarla en una casa salesiana.

El Instituto estaba ubicado (en ese momento) en campo abierto, no lejos del cauce del Tíber. La desafortunada posición de la obra fue una de las razones que dejó al Santo vacilante sobre la decisión a tomar (higiénicamente la estructura era muy precaria y, sobre todo, la proximidad del río aumentaba la posibilidad de infecciones y enfermedades).

Sin embargo, lo que más impidió que el Santo se instalara en Vigna Pia fue la oposición de la Comisión Directiva de las Obras Pías de Roma, reticente a confiar una obra romana a un extranjero piemontés.

Don Bosco incluso llegó a redactar una propuesta para la administración de Vigna Pia, pero luego tuvo que abandonar la empresa.

No dejó Don Bosco de comunicar al Santo Padre el ofrecimiento que se le había hecho de unos locales y dinero, para abrir una casa en Roma. Era este uno de sus deseos. Pío IX le señaló Vigna Pía, hermosa institución fundada por él mismo, de la que ya le había hablado en 1858: una especie de colonia agrícola y correccional para cien muchachos abandonados, vagabundos y ociosos.

Había al frente del establecimiento unos religiosos franceses, que con gusto habrían cedido a otros aquella misión. Pío IX deseaba que los hijos del Oratorio de San Francisco de Sales

les sucedieran. El duque Salviati estaba muy interesado en que se realizara ese proyecto y fue con Don Bosco a visitar Vigna Pía. Pero el proyecto, después de unos meses de gestiones, no se realizó.

Las Comisiones Directivas de las Obras Pías de Roma no quisieron nunca conceder su autonomía, ni en la más mínima parte. Tenemos un manuscrito con las bases de las gestiones, y creemos que no se debe omitir.

PROPUESTA PARA LA ADMINISTRACION DEL ESTABLECIMIENTO LLAMADO VIGNA PIA.

El sacerdote Juan Bosco asume la administración del establecimiento Vigna Pía con las siguientes proposiciones:

1.º Proveerá de un número de personas suficientes para la educación religiosa, moral, artística y científica, en proporción a la edad, necesidad y condición de los muchachos albergados.

2.º Los alumnos se ejercitarán en la agricultura, en los oficios más necesarios para la sociedad como zapatería, carpintería, sastrería, cerrajería y también en el estudio, si se viese la conveniencia. Todos tendrán clases nocturnas en las que, entre otras cosas, se les enseñará música.

3.º El director del establecimiento es el responsable de la disciplina, pero no puede admitir ni despachar ningún alumno, sin consentimiento de la Administración.

4.º El director proveerá el alimento, vestido, médico, medicinas, jefes de taller, peluqueros, lavado y compostura y todo lo que puedan necesitar los alumnos.

5.º Para el cultivo de la tierra se tratará aparte si se ha de cultivar por cuenta de la Administración o por cuenta del Director: pero se da facultad para sembrar legumbres y verduras para consumo del establecimiento.

6.º La Administración faculta al Director para admitir alumnos por su cuenta y destinarlos al trabajo o al estudio, según él crea, con tal que lo permita la capacidad del local.

7.º La Administración pagará al Director una lira por día y alumno, en el caso de que estos no lleguen a ciento; por los que pasen de este número pagará noventa céntimos por cada uno. El Director,



Mapa



maestros, asistentes y personal de servicio son considerados como alumnos a la hora del pago por la Administración; es decir, cada uno tendrá una lira diaria.

8.º Con esta suma la Administración entiende estar exonerada de todo gasto, excepto lo necesario para la conservación o ampliación del edificio.

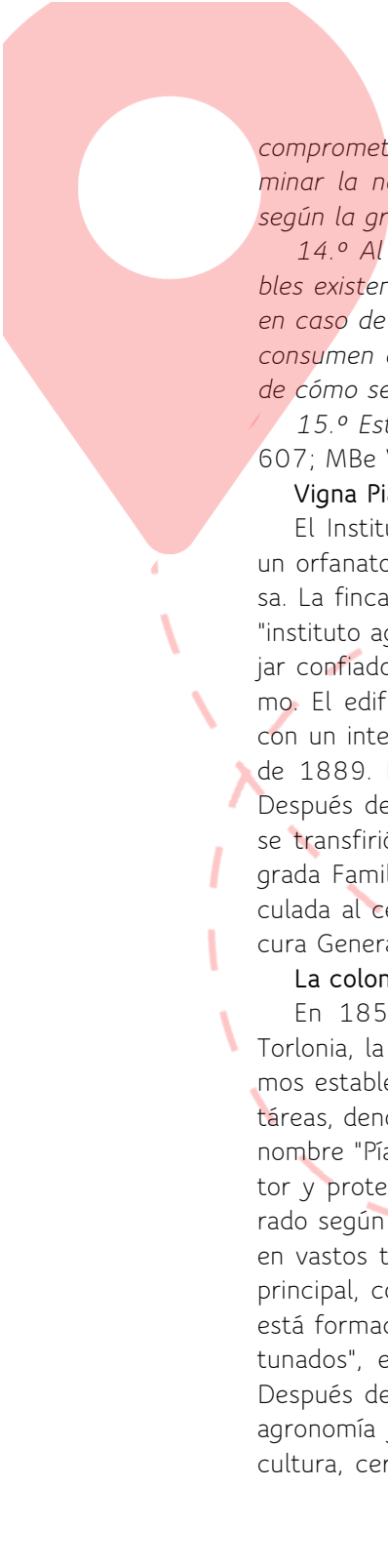
9.º La Administración concederá la cantidad de tres mil liras al Director para los gastos de instalación y anticipación de las provisiones más necesarias.

10.º Esta cantidad empezará a amortizarse al cabo de un año, con la retención de tres liras al mes sobre las que corresponden a cada alumno.

11.º Esta entrega será garantizada con medios a convenir.

12.º El contrato durará un quinquenio, y en el caso de que una de las partes, por motivos razonables, quisiera retirarse, deberá prevenir a la otra con dos años de anticipación.

13.º Si llegaran tiempos en los que el precio de los comestibles aumentase considerablemente, la Administración se



compromete a enviar dos de sus miembros con el fin de examinar la necesidad y aportar su ayuda, dentro de lo posible, según la gravedad del caso.

14.º Al entrar en posesión se hará inventario de los muebles existentes en el establecimiento, y se dará cuenta de ellos en caso de ruptura de contrato. Se exceptúan las cosas que se consumen con el uso, de las cuales solamente se dará cuenta de cómo se han consumido.

15.º Este contrato entrará en vigor el año... (MB VIII, 606-607; MBe VIII, 515-517).

Vigna Pia

El Instituto Vigna Pia fue originalmente una finca agrícola y un orfanato, hoy una escuela y sede de una comunidad religiosa. La finca se formó en 1850 a instancias de Pío IX, como un "instituto agrícola de caridad" para huérfanos en edad de trabajar confiado a la Congregación de la Sagrada Familia de Bérgamo. El edificio principal del Convitto tiene forma cuadrangular con un interior hueco y se prolonga en el pabellón de León XIII, de 1889. En 1932 la finca se constituye en parroquia rural. Después de la guerra se perdió su vocación agrícola, en 1978 se transfirió el título de parroquia a la nueva iglesia de la Sagrada Familia y el Instituto pasó a ser una escuela privada vinculada al cercano Sacro Cuore, continuando albergando la Procura General de la Sagrada Familia.

La colonia agraria

En 1850 y 1851 los generosos benefactores el príncipe Torlonia, la princesa Wolkonski y la orden religiosa de los Mínimos establecieron una propiedad territorial unitaria de 22 hectáreas, denominada Instituto Agrícola de la Caridad Vigna Pia. El nombre "Pía" tiene su origen en el Papa reinante, Pío IX, promotor y protector de la iniciativa. El asentamiento está estructurado según el esquema de "colonia", es decir, una finca agrícola en vastos terrenos de cultivo dispuestos en torno a un edificio principal, con la función de centro administrativo. La población está formada por "huérfanos y otros muchachitos más desafortunados", en edad de trabajar, es decir, entre 7 y 21 años. Después de la alfabetización, reciben una formación teórica en agronomía y agrimensura, seguida de un aprendizaje en horticultura, cereales y viticultura y, finalmente, la colocación en el

servicio de una familia rural. El cuidado de las almas está encomendado a la cercana parroquia de Casaletto, mientras que el cuidado material está encomendado a la Sagrada Familia de Bérgamo, congregación de vida religiosa cuya misión es el apostolado rural.

El Convitto (internado)

El edificio principal, llamado Convitto, tiene forma cuadrangular, con un interior hueco, dominado por los balcones de los dormitorios. Una forma arquitectónica similar se encuentra, al igual que en los internados, en muchas obras arquitectónicas destinadas a la "vida comunitaria de iguales", como las prisiones. El Convitto no da a la fachada principal de la finca, sino al valle de Magliana y al Tíber, y está coronado por el escudo de armas papal entre dos cuernos de la abundancia llenos de trigo.

Los otros edificios

El Convitto se extiende a un pabellón más corto, regalo del papa León XIII en 1889. Poco después de su inauguración, el 23 de abril de 1891, tanto el pabellón como el internado resultaron gravemente dañados por la explosión accidental del cercano polvorín de Forte Portuense. La finca se completó originalmente con numerosas casas rurales y un portal monumental en la vía Portuense, con una pequeña capilla de campaña al lado: ambos han desaparecido.



Iglesia de S. Sudario

Via del Sudario

Cuando se desvanecieron las esperanzas de abrir una casa salesiana en Vigna Pia, Don Bosco en 1869 fijó su atención en la iglesia del Santo Sudario [Sábana Santa], que ya había visitado en 1867.

Este se encuentra a pocos pasos de la Piazza Navona. Construido en 1604 por Carlo Castellamonte y restaurado en 1867 por C. Rainaldi, se levanta con la fachada de yeso incorporada a las casas anexas.

Era la Iglesia de los piemonteses, nizardos y saboyanos. Quizá por eso mismo, desde 1867, atrajo la atención del santo piemontés.

La iglesia pertenecía al Estado Italiano (después de la finalización de la "Cofradía del Santo Sudario"), e inmediatamente Don Bosco inició negociaciones en Florencia para su custodia, utilizando también los locales anexos.

Las negociaciones con el caballero Canton duraron mucho tiempo, y "presentó a Don Bosco a algunos empleados, amigos suyos y buenos católicos, que en tiempo y lugar podrían haberlo ayudado en el Gobierno".

Don Bosco presentó la idea al Santo Padre, previendo ya que "las negociaciones no serían de corta duración, y por eso se prestaban a mantenerlo en comunicación directa con el Ministro. Pío IX aprobó".

El Santo había visto bien; estas negociaciones duraron mucho tiempo (unos 8 años) y en ellas Don Bosco mostró una gran "astucia política", como se entiende leyendo las páginas de Lemoyne.

Estaba muy interesado el Venerable en la educación de los muchachos pobres de Roma. Perdida la esperanza de establecerse en Vigna Pía, empezaba a meditar un audaz proyecto para conseguir de otro modo su intento. Lo dejaba, sin embargo, subordinado a cualquiera otra proposición que le pudiera hacer el Sumo Pontífice, en cuyo caso se proponía proceder sin prisa y con madurez de consejo.

En 1867 había visitado la iglesia del Santo Sudario, en la cual habían fundado, ya en 1597, algunos piadosos súbditos de los Estados Sardinios, con aprobación de la Santa Sede, una cofradía, cuyo fin principal era la educación moral de la juventud de aquel barrio.

A primeros del siglo XIX la cofradía había cesado en el señorío y administración de la iglesia y el cumplimiento de las cargas anejas. Pero estos derechos y deberes, tras una serie de años (1831) habíanse confiado a la Legación Sarda, que residía en Roma, puesto que los reyes de Saboya habían tenido siempre bajo su especial protección aquella cofradía. En 1868 se cerró el templo, porque había que realizar urgentes reparaciones.

Don Bosco había pensado poder tener una casa de vecindad pegada a la iglesia, fácilmente adaptable para albergar caritativamente a los muchachos. Su plan era este: proponer al Gobierno que le cediera el uso y administración de la iglesia y de la casa, ofreciéndole la propia cooperación en dinero para llevar a término rápidamente la proyectada restauración de la iglesia, a fin de que pudiera volverse a abrir al culto lo antes posible.

Probablemente Don Bosco tenía otro motivo para acelerar la apertura de una casa salesiana en Roma. Preveía la inevitable entrada de las tropas italianas en la ciudad y quería estar situado con los suyos junto a la iglesia del Santo Sudario antes de este acontecimiento. Así, ninguno habría encontrado digna de crítica su posición frente a la Santa Sede y, además, el nuevo Gobierno naturalmente respetaría a los que hubiera re-

conocido como súbditos suyos por doble razón, con los cuales habría ajustado contrato normal, y, por tanto, no habría dejado de protegerlos y defenderlos contra los partidos extremistas: y no le hubiera afectado una ley de incautación.

Esta es una suposición nuestra, pero es una realidad que Don Bosco con su ingenio y su perspicacia estudiaba todos los aspectos de un proyecto y preveía sus dificultades y consecuencias. Porque ¿cuál era el fin que el Venerable quería alcanzar? He aquí el programa, que él explicaba y recomendaba se diera a conocer: «Hacer el bien a cuantos se pueda y mal a ninguno. Déjenme hacer el bien a los muchachos pobres y abandonados a fin de que no acaben en la cárcel. Esta es mi única política. Yo respeto a todas las autoridades constituidas como ciudadano; pero como católico y sacerdote dependo del Sumo Pontífice».

Y esta política, que no era más que la prudencia de la serpiente unida a la candidez de la paloma, es la que le hizo tan glorioso a los ojos de Dios y de los hombres. Así, pues, escribió sobre dicho proyecto a un gran amigo suyo, el caballero Carlos Cantón, Director y Jefe de Sección de segunda clase en el Ministerio de Asuntos Exteriores, en Florencia, y este le contestó aprobando, animando y asegurando que le advertiría en el momento oportuno para empezar las gestiones.

Mientras tanto Don Bosco hizo copiar en los archivos del Estado un amplio documento, que sirve para aclarar los trámites que duraron varios años y que él presentó en el ministerio de la Gobernación con los demás papeles referentes al asunto. Se trataba de una comunicación de la Real Legación de los Estados Sardos ante la Santa Sede con fecha del 10 de abril de 1851, que contenía extensos datos históricos acerca de la iglesia del Santo Sudario. Esta comenzó con una cofradía homónima compuesta por antiguos súbditos de los duques de Saboya, piamonteses, nizardos y saboyanos, a fines del siglo XVI (MB IX, 415-417; MBe IX, 383-384).



Mapa

Por ahora tan solo se debía estudiar el proyecto: y

Don Bosco exponía, para su norma, algunos preliminares de convenio que él ya había meditado y desarrollado en varios artículos.

1.º El sacerdote Juan Bosco, con el mismo espíritu del Instituto de Turín, titulado Oratorio de San Francisco de Sales, reemplazaría a la desaparecida sociedad o asociación del Santo Sudario que, de acuerdo con las cartas de fundación, además de las prácticas religiosas, tenía también la finalidad de hospedar a los peregrinos, visitar a los presos y enfermos, guiar a los niños por el camino de la salvación y otras obras de caridad similares.

2.º Se obliga a pagar los impuestos de toda clase, a hacer a su costa las reparaciones ordinarias en la iglesia y en los edificios anejos, a cuidar la limpieza del templo, proveer y reparar los ornamentos, bancos, sillas, candeleros, cera, vino y todo lo necesario para el culto divino.

3.º Proporciona seis personas, por lo menos, para la administración del instituto, de la iglesia y de los edificios; lo mismo para lo referente a los inquilinos, que para la conservación de los edificios; dos de ellas serán sacerdotes, uno como Rector y el otro como Vicerrector, más un sacristán y dos clérigos para ayudar a las funciones sagradas en los días ordinarios y sobre todo en los festivos.

4.º Se celebrarán todos los días dos misas al menos, con obligación de atender a las confesiones, visitar a los enfermos y, si lo autorizaran, también a los presos.

5.º En los días festivos se explicará el evangelio a los adultos, se enseñará el catecismo a los niños más abandonados, y se impartirá la bendición con el Santísimo Sacramento.

6.º Cumplirá los legados piadosos anejos de misas rezadas o cantadas, triduos, novenas, cuarenta horas y demás solemnidades que se presentan a lo largo del año.

Parece que por entonces no se habló de los derechos que tocaban a la Casa Real. Don Bosco se quedó en Florencia una semana, yendo de uno a otro Ministerio, sosteniendo conversa-

ciones particulares con algún Ministro y con personajes de alta jerarquía. Doquiera se presentaba, era bien recibido y se ganó con su comportamiento que le calificaran de: Cortesía y afabilidad personificadas (MB IX, 486-487; MBe IX, 442-444).

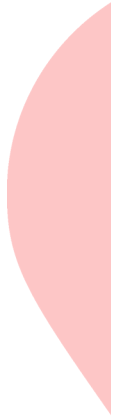
Desafortunadamente, estos proyectos fracasaron, porque después de 1870, La iglesia fue declarada "Iglesia de la Familia Real", es decir la iglesia particular de la Casa de Saboya. Hoy es propiedad del Ordinariato Militar.

La iglesia del Santísimo Sudario de los piemonteses en el Largo de Torre Argentina

La historia de la iglesia, que antes pertenecía a la Abadía imperial de Farfa ya antes del año 1000 y conocida como S. Maria de Cellis o "Cella Farfoe", nos dice que fue cedida a los franceses en 1478; estos la reconstruyeron y la dedicaron a San Luis IX, rey de Francia, por lo que fue llamada *S. Maria in Cella en S. Loasio*.

Luego, los franceses reconstruyeron la magnífica iglesia de S. Luigi en Campo Marzio en 1589, dejando la de [Largo de Torre] Argentina y la





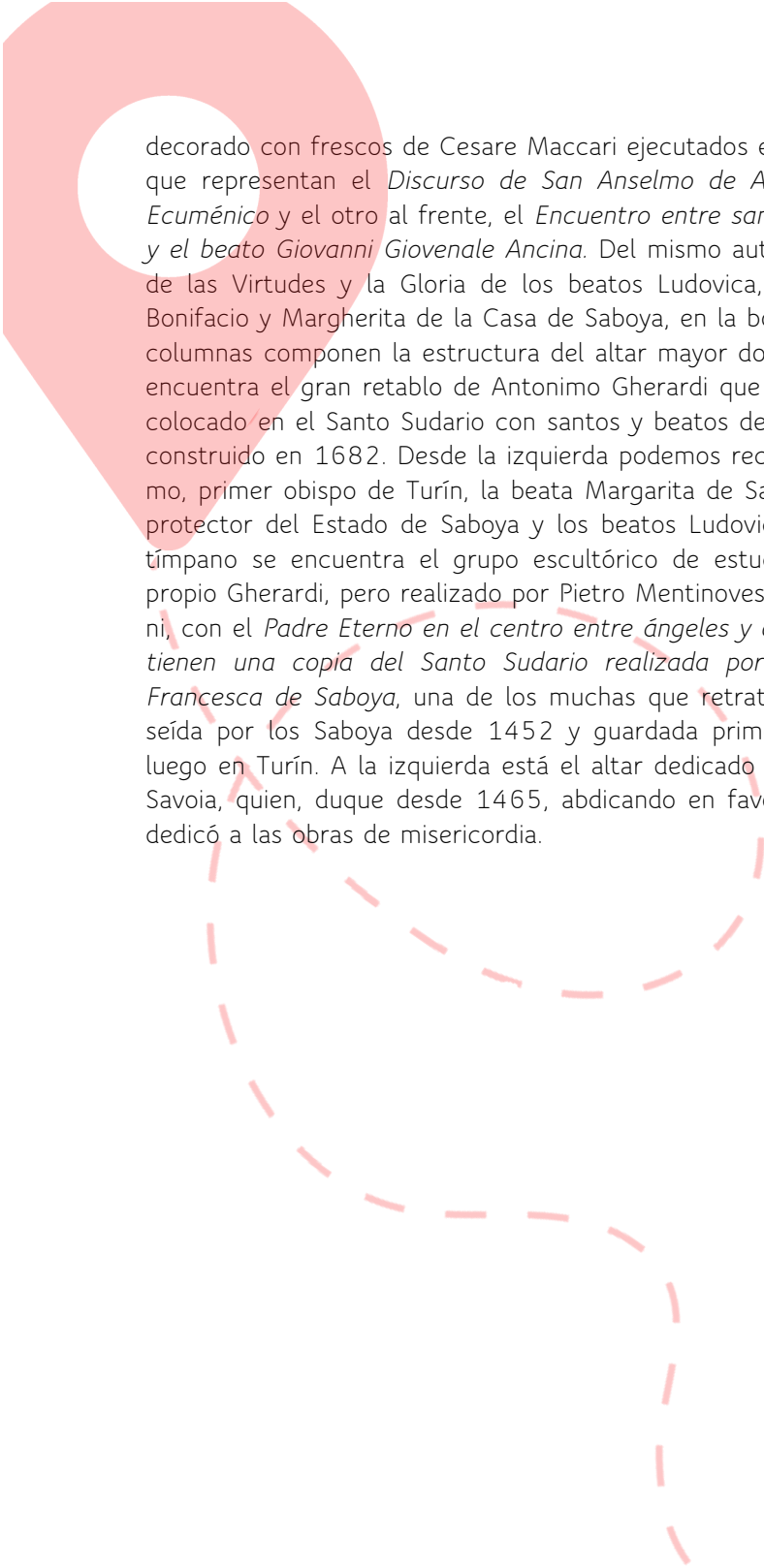
iglesia se convirtió en el edificio de culto de la nación piamontesa en Roma. La colonia de Saboya, Niza y Piemonte, unida en una Cofradía reconocida oficialmente por el Papa Clemente VIII el 2 de junio de 1597, que luego se convirtió en Archicofradía del Santísimo Sudario, encontró aquí alojamiento temporal en la iglesia ya dedicada a San Luis. El mismo Papa donó a los piamonteses la imagen del Santo Sudario que aún se encuentra en el altar mayor.

En 1604, por encargo de Carlo Emanuele I de Saboya, el arquitecto Carlo di Castellamonte diseñó el edificio, que ya fue ampliado en 1660 por Carlo Rainaldi con obras y elevaciones en varias fases relativas en 1667 y en 1682 para terminar más tarde en el edificio que vemos todavía hoy.

Desde el papa Pablo V, con la bula del 19 de septiembre de 1605, la archicofradía tenía la facultad de indultar anualmente a una persona condenada a muerte. De 1685 a 1687, la fachada y el altar mayor se ejecutaron bajo Pier Francesco Garola. A finales del siglo XVIII, sometida a las expoliaciones napoleónicas, la iglesia fue desconsagrada y reabierta solo en 1801 por la intervención de Carlo Emanuele III: nuevamente abandonada y transformada en establo hasta 1814. Reabierta al culto después de la Restauración, reorganizada por el arquitecto Giacomo Monaldi, fue declarada Iglesia Nacional de Cerdeña. Pasada bajo el patrocinio de la casa real, fue la sede del Capellán Mayor de los Palacios Reales y la sede de los capellanes palatinos hasta 1946. Posteriormente fue la sede del Palatino ordinario de la Presidencia de la República Italiana, cuando, con el concordato se suprimió el instituto, la iglesia pasó a la jurisdicción del ordinariato militar que ha promovido su restauración en los últimos años.

El interior consta de una sola nave, cubierta con bóveda de cañón, en cuyos muros, jalonados por pilastras y columnas inclinadas, se disponen dos altares dentro de una hornacina abierta por un arco de medio punto.

En la contrafachada se encuentra el órgano del siglo XVIII, colocado sobre un coro alto de madera, sobre el que se alza el escudo real. A la derecha, el altar del siglo XVII dedicado a San Francisco de Sales, construido con un rico conjunto de mármol y con un retablo tradicionalmente atribuido a Carlo Cesi, realizado, quizás, para la canonización del santo, que tuvo lugar el 19 de abril de 1665 precisamente en esta iglesia. Más allá de la elegante balaustrada de mármol está el presbiterio



decorado con frescos de Cesare Maccari ejecutados entre 1871 y 1873 que representan el *Discurso de San Anselmo de Aosta en el Concilio Ecuménico* y el otro al frente, el *Encuentro entre san Francisco de Sales y el beato Giovanni Giovenale Ancina*. Del mismo autor son las alegorías de las Virtudes y la Gloria de los beatos Ludovica, Amedeo, Umberto, Bonifacio y Margherita de la Casa de Saboya, en la bóveda. Dos pares de columnas componen la estructura del altar mayor donde en el centro se encuentra el gran retablo de Antonimo Gherardi que representa a Cristo colocado en el Santo Sudario con santos y beatos de la Casa de Saboya, construido en 1682. Desde la izquierda podemos reconocer a San Máximo, primer obispo de Turín, la beata Margarita de Saboya, san Mauricio, protector del Estado de Saboya y los beatos Ludovica y Amedeo. En el tímpano se encuentra el grupo escultórico de estuco, diseñado por el propio Gherardi, pero realizado por Pietro Mentinovesi, alumno de Bernini, con el *Padre Eterno en el centro entre ángeles y querubines que sostienen una copia del Santo Sudario realizada por la Princesa María Francesca de Saboya*, una de las muchas que retrataron la reliquia poseída por los Saboya desde 1452 y guardada primero en Chambéry y luego en Turín. A la izquierda está el altar dedicado al beato Amedeo di Savoia, quien, duque desde 1465, abdicando en favor de su esposa, se dedicó a las obras de misericordia.



Iglesia de San Giovanni della Pigna

Piazza della Pigna

Fracasó también el intento de hacerse con la iglesia del Santo Sudario, y Don Bosco se comprometió a tener la de San Giovanni della Pigna, con los anexos locales.

Esta es de origen muy antiguo y, en 1577, fue cedida por Gregorio XIII a la *Compagnia della Pietà verso i Carcerati* [Compañía de Piedad hacia los Prisioneros] que la hizo reconstruir por A. Torrioni.

Todavía pertenecía a la *Compagnia della Pietà verso i Carcerati*, cuando, en la Audiencia del 8 de febrero de 1870, el Papa propuso a Don Bosco tomarla como su sede romana.

— ¡Cierto, ha fracasado la casa que pretendíamos el año pasado para Roma! Pero este año quiero que fundéis una y pensaré yo mismo en que la tengáis. ¿Habéis visto la iglesia de San Juan de la Pigna?

-No, Santidad, repuse.

-Pues bien, id a verla y venid a decirme si os gusta... (MB IX, 812; MBe IX, 722).

114

El mismo día el Santo dio la buena nueva a don Rua ("Con el dinero que aquí tengo, hago un depósito de cien liras mensuales para la futura Casa de Roma. El remanente me lo llevo a casa conmigo" (MB IX, 813; MBe IX, 723) y después de unos días fue a visitar la iglesia, para luego dar la respuesta



Mapa

final al Papa.

Resurgían, pues, las esperanzas de abrir una casa salesiana en Roma. El Venerable habló con el eminentísimo cardenal Quaglia de la propuesta del Padre Santo para la Iglesia de San Juan de la Pigna, y le dio ánimos. Es más, fue con uno de los encargados de la administración de las propiedades del Vaticano a ver la iglesia propuesta y encontró un magnífico templo, pequeño sí, pero hermoso, con cinco altares de mármol y un precioso órgano nuevo. Había junto a la iglesia una casa, que también visitó: le pareció que podía alojar cómodamente quince personas. Le enseñaron, además, otro edificio un poco distante, bastante mayor, que pertenecía a la misma iglesia, que estaba alquilado y producía seis mil liras de renta al año. Después de la visita, volvió al Padre Santo, el 12 de febrero, y le dijo:

-Santidad, he visto la casa y la iglesia.

-Bien, contestó el Papa; si las queréis son para vos.

-Doy las gracias a Su Santidad y las acepto (MB IX, 816; MBe IX, 725).

Don Bosco estaba seguro de que el viejo proyecto de abrir una casa en Roma finalmente podría realizarse. Esta certeza la encontramos en una carta a don Rua del 14 de febrero y otra a don Bonetti del 17 de febrero.

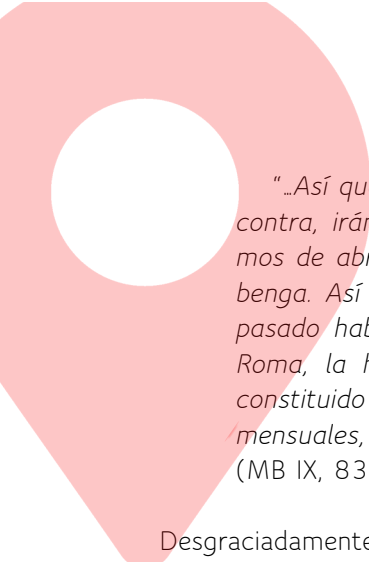
"La apertura de una casa con una pequeña, pero hermosa iglesia, puede ser asunto terminado para el próximo otoño. La semana que viene espero estar en Turín; pero prefiero retrasar algún día, antes que dejar las cosas a medias (MB IX, 824-825; MBe IX, 733).

En lo sucesivo, cuando vengas a Roma, encontrarás a tu disposición una casa con una estupenda iglesita. El resto son palabras. Silencio y alegría.

Dios te bendiga a ti y tus trabajos, y créeme tuyo. Roma, 17-2-1870. Afmo. en Jesucristo, Sac. Juan Bosco, (MB IX, 825; MBe IX, 734).

Estos pensamientos, que confirmó el 7 de marzo en Turín, en la Conferencia a los Salesianos, celebrada para contar los resultados de la estancia en Roma.





“...Así que este año, por agosto u octubre, si no hay nada en contra, irán algunos a Roma, a más del otro colegio que hemos de abrir a orillas del mar, en Alassio, entre Oneglia y Albenga. Así he quedado con el Sumo Pontífice. Y como el año pasado había hecho una pequeña colecta para el Colegio de Roma, la he dejado allí, y ahora, con alguna otra cosa, he constituido un depósito en la caja pontificia, de cien francos mensuales, para atender a los que vayan a Roma este año (MB IX, 834; MBe IX, 741).

Desgraciadamente, estas certezas estaban destinadas a desvanecerse ante otras dificultades que surgieron más adelante.

Sin embargo, la Iglesia y la casa de S. Giovanni della Pigna acogieron a los Salesianos, ya que en 1905 estas habitaciones fueron puestas a disposición de la Congregación Salesiana por Pío X. Hasta 1974, de hecho, fueron utilizadas como residencia por el Procurador General de la Sociedad Salesiana.

SAN GIOVANNI DELLA PIGNA

Historia

La iglesia de San Giovanni in Pigna, originalmente dedicada a los santos mártires Eleuterio y Genesio, está documentada en una bula papal del papa Agapito II de 955 y en una de Juan XII de 962.

Habiendo caído en mal estado en 1584, el papa Gregorio XIII la concedió a la Arciconfraternità della Pietà verso i carcerati [Archicofradía de la Piedad para los prisioneros], que la reconstruyeron a partir de sus cimientos. Al arquitecto Torroni se le encargó la construcción de la nueva iglesia; terminado en 1624, asumió el título de Sancti Ioannis a Pinea. Fue restaurada nuevamente en el siglo siguiente y en 1837 bajo la dirección de Virginio Vespignani.

En 1870, Pío IX la ofreció a la sociedad salesiana de san Juan Bosco y, desde 1985, a instancias de Juan Pablo II, es sede de la diaconía de San Giovanni della Pigna. En el 2007 la iglesia fue sometida a la restauración para recuperar los colores originales de los exteriores.

Exterior

La iglesia está dedicada a San Juan Bautista; el nombre de la Piña se refiere a la gran piña de bronce descubierta en el área, ahora conservada

en el Cortile della Pigna dentro de la Ciudad del Vaticano.

La fachada es a dos aguas, de estilo barroco sencillo. La cornisa, con una inscripción en latín que recuerda la presencia en el interior de la iglesia de la Archicofradía de la Piedad hacia los prisioneros, está sostenida idealmente por cuatro pilastras con capiteles jónicos que dividen la fachada en tres sectores verticales: cada uno de los dos laterales alberga, en la parte superior, una ventana rectangular sin marco y antepecho; en el sector central, en cambio, está la portada, que tiene un arquitrabe con un bajorrelieve que representa un ángulo y un frontón circular. La fachada está rematada por un sencillo tímpano rematado por una cruz de hierro.

Interior

El interior de la iglesia es de una sola nave y es fruto de las reformas del siglo XVIII. A lo largo de la nave, que se cubre con bóveda de cañón con lunetos, se encuentran, dentro de grandes hornacinas intercaladas con pilastras de mármol policromado, cuatro altares laterales, dos a cada lado. El primer altar a la derecha está dedicado a san Eleuterio papa, el segundo a la derecha a san Genesio de Arlés; el primero a la izquierda, en cambio, está dedicado a la Virgen y alberga el lienzo del siglo XVIII Virgen con el Niño y los Ángeles, una copia de una imagen del siglo XIV de la Virgen de San Lucas, el segundo a la derecha a Santa Teresa de Ávila. Al final de la nave, se encuentra el presbiterio, bordeado por una balaustrada y compuesto por un vano cuadrado con bóveda de cúpula pintada y un ábside semicircular con decoración de artesonado en la bóveda. En el ábside se encuentra el altar mayor de mármol policromado que presenta el tema central, entre dos pares de columnas corintias, el retablo de San Juan Bautista, de principios del siglo XVII, de Baldassarre Croce, y más arriba, la Piedad de Luigi Garzi, añadido más tarde.





Basilica e Ospizio del Sacro Cuore

Via Marsala, 38-42

DE LAS MEMORIAS BIOGRÁFICAS (MB XIV, 570-592; MBe XIV, 496-504).

No hay fundador o fundadora de Orden, Congregación o Instituto religioso, que no haya anhelado poner una morada en Roma. Un impulso divino los empuja por distintos caminos hacia el centro de la unidad, de la autoridad y del magisterio.

Hacía muchos años, aun antes que las Reglas fueran aprobadas por la Iglesia, que también Don Bosco acariciaba la idea de una fundación en la ciudad de los Papas; pero todos los intentos resultaron inútiles hasta 1880, cuando finalmente y del modo más inesperado, el sueño, por tanto tiempo acariciado, vino a convertirse en realidad, que costó al Beato siete años de casi ininterrumpidos sufrimientos morales y físicos pero que, al final, le merecieron las bendiciones de Dios y la admiración de los hombres. Narraremos en este capítulo las circunstancias que precedieron y acompañaron los principios del templo y del hospicio, que tomaron el nombre de Sagrado Corazón de Jesús en el Castro Pretorio.

LAS INTENCIONES PASTORALES SOBRE EL CASTRO PRETORIO

El proyecto de urbanización planeado por monseñor De Mérode, ministro de Pío IX, correspondía al desarrollo de la ciudad en los barrios altos, especialmente en el de Castro Pretorio. Demostró que esta orientación había sido prevista con acierto y preparada cuidadosamente, el hecho de que, después del 20 de septiembre de 1870, no solo no se detuvo la expansión de la ciudad por aquel lado, sino que pareció surgir allí una ciudad nueva. Pero, mientras se ensanchaba sin parar la construcción, en todo se pensaba menos en la asistencia espiritual de una población advenediza, que se condensaba más y más en la amplia zona. Pensó en ello el atribulado Pío IX, el cual, si bien exhausto de medios después de la pérdida de sus Estados, no se cansaba de remediar las necesidades religiosas de su ciudad de Roma.

El 8 de diciembre de 1870, él había glorificado a San José proclamándolo Patrono de la Iglesia universal, y, al poco tiempo, adquirió a sus expensas un trozo de terreno en el Esquilino con la intención de levantar en él una iglesia dedicada al gran Patriarca. Pero, al poco tiempo, cambió de parecer. En 1871 los Obispos de Italia anduvieron a porfía para consagrar solemnemente sus diócesis al Corazón adorable de Jesús, y de ahí surgió la idea de que en la ciudad del Vicario de Cristo debía levantarse un gran santuario dedicado al divino Corazón de Jesús, desde donde, como de horno perenne, irradiara nuevo ardor de piedad de la urbe al orbe entero. Propagandista de la idea fue el padre Maresca, barnabita, que dirigía el Mensajero del Corazón de Jesús.

Este fue el motivo por el cual el angélico Pío IX dispuso que en dichos terrenos se levantase el templo proyectado, pero ya no a san José, sino al Sagrado Corazón de Jesús, alegrándose mucho de que, desde el punto más alto de la Ciudad Eterna, el Corazón adorable del Redentor bendijese al mundo entero como desde un gran trono. Pero desgraciadamente las cosas iban despacio y, mientras el nuevo barrio se ensanchaba en todas direcciones, las parroquias colindantes de Santa María de los Ángeles, de San Bernardo, de Santa María la Mayor y de San Lorenzo



Mapa

Extramuros no bastaban para atender tantas almas. Remediaba como podía la necesidad aquel santo varón que fue el padre franciscano Ludovico de Casoria, ayudado por jóvenes seglares de Acción Católica, entre los que se distinguía el abogado Pericoli; una humilde capilla, abierta en un edificio algo más allá del lugar donde se iba a construir la iglesia, atendía a las exigencias del culto. Mientras tanto la muerte arrebató al gran Pío IX, sin que se hubiese hecho todavía nada para realizar su proyecto.

EL COMPROMISO DE LEÓN XIII SOBRE EL SACRO CUORE

La elección de León XIII al trono pontificio señaló el verdadero comienzo de la empresa. El, que desde el obispado de Perugia había sido uno de los primeros en consagrar su diócesis al Sagrado Corazón, conocidas las intenciones de Pío IX, activó su ejecución cuanto pudo. El día primero de agosto de 1878 invitó, por medio de su Vicario el cardenal Mónico La Valletta, con una carta latina dirigida a todos los Obispos del orbe católico, excepto a los de Francia, ya comprometidos en la construcción de la Basílica de Montmartre, a contribuir mediante colectas locales a la grandiosa empresa. Se confió la recolección de las piadosas limosnas a la federación en pleno de Sociedades Católicas de Roma; una Comisión, nombrada por el Cardenal entre los miembros del Patriciado Romano y presidida por el marqués Julio Merighi debía vigilar la marcha de las obras. Estas empezaron enseguida con presteza. Se comenzó por el movimiento de tierras para hacer desaparecer un montículo que estorbaba el emplazamiento de la obra, porque se elevaba unos metros sobre el nivel de la calle; después se comenzaron las excavaciones del terreno para la cimentación. Y aquí se tropezaron los obreros con un gran obstáculo, frecuente en el subsuelo romano: aparecieron en seguida altas galerías subterráneas, excavadas en tiempos remotos para la extracción de la puzolana, que se emplea en Roma, como en otras partes la arena, para la argamasa. Este contratiempo obligó a bajar a catorce metros de profundidad para encontrar el firme que permitiese empotrarlos cimientos. Se pudo colocar la primera piedra, con la bendición del Cardenal, el día 17 de agosto de 1879, dedicado a San Joaquín y día onomástico del Papa.





EL DISEÑO DE LA IGLESIA

El plano de la iglesia, de estilo bramantesco, había sido trazado por el conde Francisco Vespignani, arquitecto de los sacros palacios, cuando ocurrió un curioso incidente desde Bélgica [Sacamos los detalles de la copia de una correspondencia entre el cardenal de Malinas y el cardenal vicario. Esta copia fue comunicada a Don Bosco en 1880 por el padre Maresca]. La circular enviada por el Cardenal Vicario al Episcopado en 1878 había llamado la atención de la baronesa De Monier, que estaba dispuesta a ofrecer cien mil francos para la construcción de la basílica, pero a condición de que se adoptasen los planos del arquitecto barón De Béthune, su paisano. Es más, la donante no daría nada por un edificio sagrado de estilo renacentista, pues ella quería en Roma una iglesia gótica o bien románica. El cardenal Dechamps, arzobispo de Malinas, accedió a informa al Cardenal Vicario.

Ciertamente la condición impuesta creaba serias dificultades, máxime

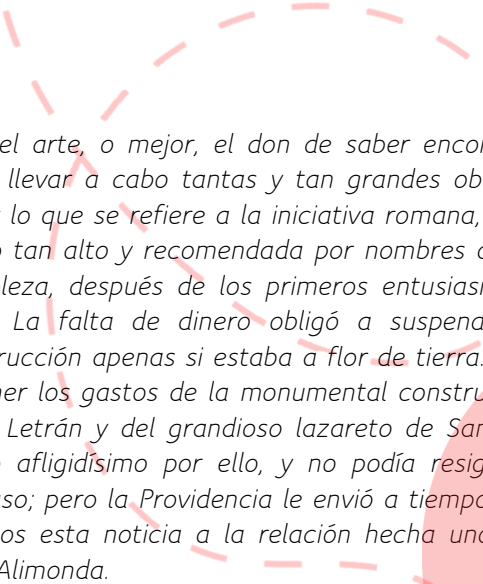
por el hecho de que ya se estaban echando los cimientos, según los planos de Vespignani; sin embargo, el Cardenal Vicario rogó al Cardenal belga que le enviara el proyecto propuesto, pero observándole que en Roma no gustaban aquellos dos estilos. A lo que replicó el Arzobispo de Malinas, al enviar los planos: «Roma, centro del catolicismo, debe tener monumentos de todas las grandes épocas de su historia, y es ciertamente desagradable que, junto a las basílicas constantinianas y a las basílicas clásicas del renacimiento, no se vea nada semejante a las catedrales de Colonia, Amiens, York, Reims, Westminster y tantas otras admirables iglesias del mundo católico, sin olvidar la catedral de Milán. Ya sé que este exclusivismo fue consecuencia de la historia, pero esta es una ocasión para hacerla desaparecer». De todos modos, el proyecto de Béthune fue atentamente examinado. El Cardenal Vicario contestó: «Desde luego, si se tuviera que levantar una iglesia de estilo absolutamente gótico, sería muy oportuno el proyecto presentado; sin embargo, aquí en Roma, para edificios de esta clase, encuentra mayor aceptación el estilo clásico. Además, efectuándose aquí las obras colas medidas y formas prescritas, la ofrenda de cien mil francos, aunque muy considerable, no sería suficiente, según los cálculos hechos para lograr el fin». A su vez Vespignani, insigne representante del clasicismo romano, escribió en una relación al Cardenal Vicario: «En Roma, sede de las bellas artes, nunca encontró aceptación el estilo absolutamente gótico, por su origen bárbaro, y solo ahora ha sido adoptado para la construcción de los actuales templos evangélicos».

El padre Maresca opinaba diversamente, por lo cual aconsejó a la Baronesa que persuadiera al cardenal Dechamps para que lo tratara con el Papa. Pero Su Eminencia se desentendió, creyendo que no debía añadir nada a lo que ya había escrito a Roma. Y así, por una cuestión bizantina, se perdió la cuantiosa oferta.

124

AGOTAMIENTO DE LOS FONDOS - INTERRUPTIÓN DE LOS TRABAJOS

Nosotros estamos convencidos de que la habilidad de Don Bosco habría encontrado la manera, para decirlo con una frase popular, de nadar y guardar la ropa; pero su nombre no había entrado en palestra todavía en este asunto. Lo cierto es que muy pocos en el mundo poseyeron co-



mo Don Bosco el arte, o mejor, el don de saber encontrar los medios necesarios para llevar a cabo tantas y tan grandes obras de bien. Así, por ejemplo, por lo que se refiere a la iniciativa romana, aunque lanzada desde un puesto tan alto y recomendada por nombres de la más rancia y venerable nobleza, después de los primeros entusiasmos, se paralizó completamente. La falta de dinero obligó a suspender los trabajos, cuando la construcción apenas si estaba a flor de tierra. El Papa, que ya tenía que sostener los gastos de la monumental construcción del ábside de San Juan de Letrán y del grandioso lazareto de Santa Marta, en el Vaticano, quedó afligidísimo por ello, y no podía resignarse a aquella especie de fracaso; pero la Providencia le envió a tiempo una buena inspiración. Debemos esta noticia a la relación hecha unos años después por el cardenal Alimonda.

LA IDEA DE CONFIAR EL ENCARGO A DON BOSCO

Un día León XIII, reunido con los Cardenales, les manifestó la gran amargura de su alma por aquella forzada suspensión. -Está de por medio, decía, la gloria de Dios, el honor de la Santa Sede y el bien espiritual de una población tan numerosa.

-Santo Padre, se adelantó a decir el cardenal Alimonda, yo propondría un modo seguro para conseguir el intento.

- ¿Cuál?, preguntó el Papa sorprendido.

-Confiarlo a Don Bosco.

-Pero, ¿Don Bosco aceptará?

-Santidad, yo conozco a Don Bosco y su plena e ilimitada devoción al Papa, si Vuestra Santidad se lo propone, estoy segurísimo de que aceptará.

Este coloquio tuvo lugar en marzo de 1880, es decir cuando Don Bosco estaba en Roma; por ello, León XIII encargó a su Vicario que le hablara del asunto. Su Eminencia le habló de ello el día 24 por la tarde, mas sin manifestarle que se trataba de un deseo del Papa, le habló de ello con más insistencia el día 28, pero siempre como cosa suya. Don Bosco no asintió ni se negó, eran muchas y muy grandes las dificultades

que acudían a su mente, como se desprende de varios testimonios de los procesos.

Ante todo, las dificultades de orden económico. Muy poco podía esperarse de los romanos, sabiendo por experiencia, como ya le había escrito sobre el particular el Cardenal Vicario, lo nada generosos que se mostraban entonces.

[Lo confirmaron los hechos. En la comida que se dio el día de la consagración (14 de mayo de 1887), el párroco y procurador don Francisco Dalmazzo, cuando se levantó para brindar, al expresar la gratitud a los bienhechores, puso en primer lugar a los Romanos. Don Bosco, tomó el cuchillo, dio unos golpecitos al vaso, detuvo el arrebató del orador y, en medio del silencio general, le dirigió con toda calma estas palabras: - Eso no es verdad. Ya puedes seguir. En aquel momento debió pensar Don Bosco en las inauditas penalidades de sus viajes, mendigando el dinero necesario para la empresa. Uno de los comensales, que quedó atónito ante la franqueza del Beato y repitió a menudo la narración del episodio, fue monseñor Jara, más tarde obispo de Ancud en Chile (MB XIII, 557)].

Tampoco se esperaba mucho de los franceses, interesados en aquel tiempo en su gran iglesia nacional del Sagrado Corazón y en sostener las escuelas privadas libres; por otra parte, tenía razón para pensar que estos, siempre generosos con él mientras se trataba de ayudarlo a mantener a sus muchachos, no pondrían mucho interés en la nueva iglesia de Roma.

Tampoco le parecía que podía contar mucho con Italia, ante las desastrosas condiciones económicas del país, ante los excesivos gravámenes públicos y ante la necesidad de socorrer tantas buenas instituciones locales como pedían las nuevas construcciones políticas del Estado.

No ignoraba, además, lo caras que eran las construcciones en Roma, pues ocasionaban mayores gastos que en cualquier otra ciudad de Italia. ¿Y no llevaba ya sobre sus hombros un buen número de obras en construcción? Construía la iglesia de San Juan Evangelista en Turín y de María Auxiliadora en Vallecrosia; edificaba en Marsella, en Niza, en La Spezia. ¿Era prudente añadir más leña al fuego?

Otro motivo para no arriesgarse era la frialdad que le parecía descu-



brir en el recibimiento hecho al proyecto de una iglesia en el Castro Pretorio. Habíase pregonado a los cuatro vientos que el proyectado santuario sería también un monumento a la memoria de Pío IX; todos los Obispos de la cristiandad habían sido invitados a recoger limosnas; pero, después de juntar con dificultad un centenar de miles de liras todo se acabó sin esperanzas de más recursos. Añadíase una tercera dificultad. Si Don Bosco tomaba sobre sí aquella carga, tenía que ratificar los contratos estipulados por la anterior administración, a la que, por añadidura, se concedía todavía cierta injerencia en la obra; por otra parte, aquellos contratos eran muy onerosos, como desgraciadamente solían ser cuando se trataba de obras emprendidas en nombre del Papa.


Este es el lugar oportuno para repetir lo que en otra parte ya hemos escrito sobre la desconfianza con que los romanos miraban a los llamados *buzzurri*, o *piamonteses*. Ver a los *piamonteses* preferidos en una obra de tanto relieve no podía dejar de suscitar envidias; y, dado el estado de los ánimos, la cosa no debe causar extrañeza. En efecto, divulgada la noticia, una comisión de eclesiásticos acudió a un Prelado para que la presentara al Cardenal Vicario, como protesta contra la humillación, a la que se quería someter al clero de Roma. su Eminencia después de escucharlos con amabilidad, no intentó contradecirlos, sino que se limitó a preguntar sencillamente si ellos se sentían con fuerzas para cargar con aquel peso, añadiendo que todavía se estaba a tiempo. Se declararon dispuestos. El Cardenal prometió cumplir sus deseos. -Con Don Bosco la cosa queda arreglada pronto, añadió. Me pondré al habla con el Padre Santo. Don Bosco no tiene dificultad en ceder empresa. Entonces ellos muy presuntuosos, le dijeron que formarían una comisión, preguntaron cuánto recibía Don Bosco de la Santa Sede por aquella construcción.

-Nada, contestó Su Eminencia, y les expuso después, en breve, la relación de los mayores gastos necesarios y manifestó su convicción de que en Roma muy poco podrían recoger. Fue una ducha de agua fría, que apagó en un abrir y cerrar de ojos los ánimos enardecidos.

128

DON BOSCO ACEPTA EL ENCARGO

Por encima de todas estas consideraciones humanas, se levantaban



otras de orden más elevado en la mente de Don Bosco; el honor de la Iglesia y el honor de la Santa Sede. Era una vergüenza que la Roma católica hiciese tan mala figura frente a los protestantes; ellos ya habían levantado en la ciudad santa algunos templos con cuantiosos fondos y los católicos no lograban levantar uno. Era una vergüenza que pudieran decir que la voz del Papa había tenido tan débil resonancia en el mundo. He aquí porqué Don Bosco, ponderando el pro y el contra, dudó tanto en un principio para eximirse de aquel peso tan grave.

Pero vino por fin a sacarlo de todas sus dudas la palabra del Papa. En la suspiradísima audiencia del 5 de abril, le manifestó León XIII su propio deseo, asegurándole que, al dar su asentimiento, haría algo santo y gratisimo al Papa, porque era demasiada su pena ante aquella impotencia para continuar la obra comenzada.

-Un deseo del Papa, contestó Don Bosco, es para mí un mandato, acepto el encargo, que Vuestra Santidad tiene la bondad de encomendarme.

-Pero yo no podré daros dinero, añadió el Papa.

-Yo no pido dinero a Vuestra Santidad, solo pido su bendición con todos los favores espirituales, que creyere oportuno conceder a mí y a cuantos cooperen conmigo a hacer que el Corazón de Jesús tenga un templo en la capital del mundo católico. Es más; si Vuestra Santidad me lo permite, levantaré también junto a la iglesia un oratorio festivo con un gran internado, donde, al mismo tiempo, puedan ser admitidos y encaminados a los estudios y a las artes y oficios tantos pobres muchachos, como especialmente en aquel barrio abundan. -De mil amores respondió el Papa, os bendigo, y con vos a cuantos cooperen a una obra tan santa, sobre la cual invoco desde ahora las bendiciones de Dios. Para las modalidades de la ejecución os pondréis de acuerdo con el Cardenal Vicario.

Divulgada en Roma la noticia de que Don Bosco había recibido del Padre Santo el encargo de fundar un colegio en el Castro Pretorio y levantar allí la iglesia del Sagrado Corazón, algunos miembros de izquierda de la junta municipal fueron al ministro de Gobernación Villa para saber qué conducta había que guardar con el nuevo instituto, que probablemente tomaría grandes proporciones. Todavía no habían pasado diez años después del asalto de Porta Pia; y al primer movimiento de nueva vida vaticana la secta daba la voz de alarma. Pero el Ministro,

que a pesar de lo que era, conocía bastante bien a Don Bosco y, como diputado representaba al colegio electoral de Castelnuovo Asti, después de oírlos en silencio, dijo francamente a aquellos señores:

-Don Bosco prodiga obras de bien en favor de los muchachos apartándolos de la mala vida y dándoles instrucción. Él no se mete en política. Dejadle hacer.

El marqués Scati, a quien, a fines del año 1880, contó Don Bosco el suceso, no pudo ocultarle sus temores de la guerra que los masones del ayuntamiento y del gobierno podrían hacerle siempre.

El Beato le contestó:

-Por eso nos conviene ir siempre con cautela, con la sencillez de la paloma, y la prudencia de la serpiente. Don Bosco se mantiene siempre escrupulosamente en la legalidad: dar al César lo que es del César, y nada más, pero tampoco nada menos. ¡Ay de Don Bosco, si cometiera una imprudencia! ¡Cuántos muchachos se encontrarían otra vez en la calle!».



LA CONVENCIÓN ENTRE VICARIATO Y DON BOSCO

Al volver de la audiencia pontificia, Don Bosco preparó una especie de memorial, que entregó personalmente al Cardenal Vicario el 18 de abril por la tarde, dos días antes de su partida de Roma. (Diario de Don Berto: "18 de abril, domingo. Por la tarde Don Bosco fue al Card. Vicario para llevar una promemoria para presentarse al S. Padre en torno a la erección de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Roma"). El condensó en el breve escrito los elementos que después sirvieron de base para la redacción del convenio definitivo.

A Su Eminencia Reverendísima el señor cardenal Rafael Mónaco La Valletta, Vicario de Su Santidad en Roma.

I. La Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, monumento a S. S. Pío IX, de feliz memoria.

Con el único fin de promover la mayor gloria de Dios y el decoro de Nuestra Santa Religión, de buen grado me asocio con todos mis religiosos a V. E. Rvma. para cooperar en la continuación de las obras en curso para levantar la iglesia dedicada al Sagrado Corazón de Jesús como homenaje al glorioso Sumo Pontífice Pío IX, de siempre grata memoria. En cuanto a las condiciones a establecer, desearía vivamente que V. E. actuase por ambas partes; por la de la Autoridad Eclesiástica y por la de la Congregación Salesiana, que V. E. ha mirado siempre con ojos paternales. Pero, puesto que V. E. desea que yo exponga mi pensamiento sobre este asunto lo hago de buen grado, dando desde ahora a V. E. toda facultad para modificar cualquier cosa como en su iluminada prudencia juzgare más oportuno.

II. La Congregación de San Francisco de Sales.

1.º La Pía Sociedad de San Francisco de Sales, por medio de su Rector, asume el compromiso de cooperar, con todos los medios posible

para atender las obras, buscar los medios económicos y los materiales de construcción para llevar a término la pía empresa, que espera pueda acabarse en dos años y medio o, a más tardar, en tres.

2.º Terminado el sagrado edificio, la misma Congregación se encarga de los gastos necesarios para la provisión de muebles, ornamentos, vasos sagrados; pagará los impuestos de contribución, los gastos de conservación, de reparación del edificio y otros del mismo tipo.

3.º Proporcionará el personal necesario para el ejercicio del culto religioso, es decir, suficiente número de sacerdotes para la celebración de misas, a comodidad de los fieles, para oír confesiones, predicar y dar la catequesis a los niños.

4.º Simultáneamente con las obras de la iglesia o tan pronto como estas estén terminadas, se pondrá manos a la construcción de un colegio para los niños pobres. Además de los locales para los muchachos internos, se abrirá un oratorio festivo para los jovencitos del vecindario y se les darán catequesis, escuelas nocturnas y, si fuese menester, también diurnas, como se hace en las casas de la Congregación abiertas con idéntico fin.

5.º Consagrada la iglesia al culto divino, los Salesianos dependerán de la Autoridad del Ordinario, como dependen las iglesias que pertenecen a Congregaciones Eclesiásticas. Y, si la mencionada Autoridad Eclesiástica determinara erigir en Parroquia la iglesia del Sagrado Corazón, el párroco se elegirá entre los religiosos salesianos que el Rector de la Congregación propondrá al Emmo. Cardenal Vicario de Roma, y será el que Su Eminencia juzgue más idóneo para tal cargo y para promover la gloria de Dios y el bien de las almas

III. La Autoridad Eclesiástica.

132

1.º Su Eminencia Reverendísima el señor Cardenal Vicario continuará apoyando material y espiritualmente la Obra que con tanta solicitud comenzó y promovió; pondrá a disposición del reverendo Juan Bosco el terreno y los muros del edificio en el estado en que se encuentran. El dinero recolectado por iniciativa de S. E. o de otros para este fin será empleado todo y únicamente en la construcción de la monumental igle-

sia.

2.º Dará facultad para continuar la colecta en aquellos lugares y entre aquellas personas a quienes la prudencia juzgue conveniente recurrir.

3.º El Emmo. Card. Vicario no tendrá responsabilidad material alguna con respecto a las obras y a las nuevas compras de terreno, que fueren necesarios para dicha construcción.

4.º Se ruega humildemente a S. E. el señor Card. Vicario que presente este proyecto al Santo Padre, para que lo modifique a su gusto, y este no tendrá valor alguno, mientras no fuere aprobado y bendecido por Su Santidad.

Roma, 10 de abril de 1880 Juan Bosco, Sac.

LA APROBACIÓN DEL CONSEJO SUPERIOR

Según nuestras Constituciones, Don Bosco no podía comprometerse en serio en un asunto de tanta importancia, sin consultar antes al propio Capítulo. Por lo tanto, cuando llegó a Turín, reunió a sus consejeros y les expuso la proposición del Padre Santo.

Hubo una larga discusión. Todos estaban de acuerdo en lo honorífico de la proposición pontificia, pero también en lo oneroso de la misma; había deudas que pasaban de las trescientas mil liras y no parecía, por tanto, prudente y aconsejable en conciencia meterse en una empresa que iba tragarse millones. Se pasó de la discusión a la votación y resultaron seis votos en contra y uno solo a favor, ciertamente el de Don Bosco.

Al ver rechazada de aquel modo la proposición del Padre Santo, sonrióse Don Bosco y dijo:

-Todos me habéis dado un no rotundo, y está bien, porque habéis actuado según la prudencia necesaria a seguir en casos serios y de suma importancia como este. Pero, si en lugar de un no me dais un sí, os puedo asegurar que el Corazón de Jesús enviará los medios para levantar la iglesia, pagará nuestras deudas y, además, nos dará una buena propina.

Sus palabras, inspiradas en su gran confianza en la Providencia de Dios cambiaron de repente los pareceres, de modo que, repetida la votación, los seis noes se convirtieron en síes. Es más, se examinó el proyecto y se vio que era demasiado pequeño por lo que, en aquella misma sesión capitular, se acordó proponer al Padre Santo otro más amplio y que resultase digno del Sagrado Corazón y de Roma. Y así se hizo. La propina no era otra cosa que el colegio, el cual no entraba en las intenciones del Papa, pero sería algo añadido, dado casi a título de premio por el Sagrado Corazón. Las deudas de la Congregación, como el Siervo de Dios había prometido y como atestiguó el cardenal Cagliero en los procesos, se pagaron sin que surgieran inconvenientes. Inmediatamente se iniciaron las negociaciones.

LA PRIMERA MORADA DE LOS SALESIANOS EN ROMA

Entre tanto, mientras en Turín se elaboraba un esquema de convenio, para enviar a Roma, Don Bosco se apresuró a comprar un trozo de terreno colindante con el primero, en el que existía una casita en el extremo opuesto, donde hoy hace esquina el colegio con la calle Marsala y la calle Marghera. Pagó por todo cuarenta y nueve mil quinientas liras.

Aquella casita de dos pisos fue la primera residencia de los Salesianos durante el tiempo de la construcción. La finalidad de Don Bosco, al ampliar de este modo el terreno edificable, era la de tener espacio para la prolongación de la iglesia y la construcción del colegio. Ignoraba que con ello hacía fracasar las intrigas de los protestantes que pretendían levantar allí un templo; pero lo sabía muy bien el Cardenal Vicario, que se alegró muchísimo con la compra.

Su Eminencia se mostró tan flexible para la ampliación de la iglesia; sentíase tal vez ligado todavía a la suerte de la empresa y temía un segundo fracaso. Necesitóse Dios y ayuda para convencerlo; por fin, la resuelta intervención del arquitecto logró vencer su oposición. Dejando intacta la anchura de la iglesia, se añadieron a los treinta y cinco metros de la longitud anterior, once metros para dos nuevos arcos y dieciocho mas para el ábside. De hecho, recomendaba a don Dalmazzo. Solo le rogaría que el cardenal nos ayudase para lograr que la iglesia sea muy espaciosa. Tal como aparece en el proyecto actual, solo tendría

cuatrocientos para el público, y nosotros necesitaríamos que tuviera, al menos, el doble. Porque la nueva parroquia, antes de estar terminada, ya tendrá más de seis mil almas. Y esto pediría novecientos metros para contener un tercio de la población.

CÓMO RECAUDAR LOS FONDOS NECESARIOS

Para excitar la caridad de las personas ricas, piadosas y rosas, Don Bosco las ligaba cada vez más estrechamente a la Iglesia y al Papa con los vínculos de las condecoraciones y de los favores espirituales que, según los casos, se industriaba por obtenerles de la Santa Sede. Estas personas, después, sintiéndose así más próximas al Vicario de Jesucristo y particularmente queridas por El, gozaban en ser dignas de ello, haciendo todo lo posible por cooperar en obras, en las que creían encontrar el soberano beneplácito del Padre Santo.

Ejemplar es la carta enviada a don Dalmazzo que habla también del compromiso para la compra del nuevo terreno y toca del traspaso legal de la propiedad sobre el terreno viejo y la construcción iniciada. El señor Sigismondi había anticipado a Don Bosco la suma de veinte mil liras. En medio de tan áridos asuntos una nota de buen humor revela e infunde serenidad.

Queridísimo Dalmazzo:

Te envío dos súplicas, que puedes presentar al cardenal Giannelli o quizá mejor al cardenal Mertel. Se trata de dos insignes bienhechoras nuestras, fervorosas católicas. La señora Prat ya ha ofrecido sesenta y cinco mil liras (65.000) para el óbolo de San Pedro y enviará pronto otra cantidad.

Si hay gastos, los pagaremos; pero deseo hacerlos yo, para poder decir que es un regalo. Lo cual dará mucho más fruto.

El señor Caranti ha recibido respuesta, a través del comendador Fontana, de que comprábamos también la casita a un precio acomodado contestó afirmativamente. Estará bien que le hables. El acuerdo da tiempo para proveer y eso va bien. Yo me ocupo de todo ello, especial-

mente del préstamo y espero un buen resultado.

Tan pronto como esté hecha la escritura notarial del traspaso a nuestro favor de la iglesia del Sacro Cuore, notificámelo enseguida. Todo lo leído en el Capítulo fue aprobado. Para tu norma, si se llega a la suspensión de pagos, iremos a refugiarnos en Patagonia con don José Fagnano. Así, pues, adelante con tranquilidad... Turín, 9 de julio de 1880 Afmo. amigo - Sac. Juan Bosco

PROPIEDAD Y USUFRUTO

La «cláusula», sobre la cual dice Don Bosco en su tercera carta haber reflexionado mucho, se refería al artículo tercero del esquema de contrato, que después fue modificado en el sentido por él propuesto.

Mi querido Dalmazzo: He reflexionado mucho en la cláusula sobre el caso de que viniese a faltar nuestra Congregación. Ante la ley no somos ningún ente moral ni legal. Por otra parte, aun en el caso de un cataclismo, siempre será más respetada una iglesia parroquial, que pertenezca a la Autoridad eclesiástica, que no una propiedad nuestra, que no podemos poseer sino como propiedad individual. Creo, pues, si todavía estamos a tiempo, que se pueda establecer: que la iglesia y la casa parroquial pertenecen en propiedad al Ordinario de Roma in perpetuum; pero el usufructo pertenecerá también perpetuamente a la pía Sociedad de San Francisco de Sales. Lo demás póngase en manos de la divina Providencia. Si el contrato no está cerrado todavía, puedes hablar en este sentido al Cardenal Vicario. De lo contrario, dejemos lo que está escrito... Turín, 14 de julio de 1880 Afmo. amigo - Sac. Juan Bosco.

136

El óptimo Cardenal Vicario se dejó escapar estas palabras al discutir con don Francisco Dalmazzo sobre el reglamento de la propiedad: «Dicen todos que la Congregación Salesiana es Don Bosco. Mientras él viva, bueno va, pero, una vez muerto, todo se disipará como la niebla ante el sol». Sin embargo, se dignó escuchar los razonamientos de su interlocutor, demostrando la estabilidad de la Congregación. Este con-



cluyó su apología observando que, si Don Bosco y la Congregación tuviesen la fortuna de tener siempre por cardenal Vicario un Purpurado como Su Eminencia, que era un verdadero Padre para los Salesianos, Don Bosco no insistiría tanto en la propiedad, dejándolo todo en sus manos; pero, puesto que las cosas podían cambiarla prudencia aconsejaba no transigir. La observación le agradó y dijo que hablaría con el Padre Santo en el sentido deseado. El día 14 de julio escribía don Francisco Dalmazzo al Beato: «El Cardenal Vicario habló largo y tendido con el Padre Santo sobre este asunto, el cual dijo al Vicario: - «Hablad con don Francisco Dalmazzo y decidle que escriba a Don Bosco y le ruegue, en mi nombre, que no ponga ninguna dificultad a esta construcción, porque en ella va la salvación de las almas». A vuelta de correo renovó Don Bosco sus instrucciones en estos términos: «La propiedad de la iglesia in perpetuum, para la autoridad eclesiástica; y el uso in perpetuum, para nuestra Congregación...»

EL PRIMER PÁRROCO SALESIANO

Todavía se sucedían propuestas y contrapropuestas entre el Vicariato de Roma y el Capítulo Superior para fijar el texto del convenio, cuando el Siervo de Dios presentó oficialmente al candidato para regir la parroquia, cuyo reconocimiento civil habíase obtenido a fines de marzo; la erección canónica llevaba fecha del 2 de febrero del año anterior.

Eminencia Reverendísima:

Por noticias procedentes de diversas fuentes, sé que es intención de V. E. a confiar el cuidado de la nueva Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús a un sacerdote Salesiano. Si es esta la respetable voluntad de V. E., le propongo recaiga la elección en la persona de nuestro Procurador General, don Francisco Dalmazzo, Doctor en Letras e hijo del finado Santiago. Tan pronto como esté efectuado este nombramiento, yo me apresuraré a enviar para ayuda del mismo un número suficiente de sacerdotes, procurando que estén dotados de las cualidades necesarias a quien se consagra al sagrado ministerio de las almas. Turín 31 de julio de 1880. De la V. E. Rvma. Obligadísimo servidor. Sac. Juan Bosco.

El decreto de nombramiento y de investidura fue publicado el 12 de julio de 1881 y comunicado al nuevo párroco, don Francisco Dalmazzo, el 3 de agosto del mismo año. No obstante, la buena voluntad de los contrayentes, surgían siempre puntos de desacuerdo, de modo que llegó el otoño, sin haber conseguido un entendimiento perfecto.

138

Don Bosco tendía a eliminar cualquier motivo de protesta en el futuro. En la primera mitad de octubre, se discutía todavía sobre la congrua parroquial. Los Superiores de Turín dudaban si pedirla o no y si debían pedirla al ayuntamiento, al gobierno o a la Santa Sede. Finalmente, el 18 de aquel mes, Don Bosco escribió al Procurador: «Con respecto a la congrua nos remitimos a lo que determine el Padre Santo y aconseje el Emmo. Card. Vicario». La cuestión terminó arrojándose a tenor del

artículo décimo del convenio.

REANUDACIÓN DE LAS OBRAS

Mientras tanto, los obreros reanudaron el trabajo poco a poco; es más, don Antonio Sala iba ya en busca de las columnas de granito que pedía el arquitecto. En la carta antes citada Don Bosco seguía diciendo: «Don Antonio Sala está dando vueltas para averiguar precios de las columnas para la iglesia del Sagrado Corazón. Te informaré de ello, y, si tú sabes algo, dímelo enseguida (...). Fe, oración y adelante». (MBe XIV, 502)

Con el mes de noviembre expiraba el plazo convenido para el pago de una importante cantidad del préstamo obtenido en el Banco Tiberino para la compra del terreno, la casa y materiales de construcción y no se sabía cómo arreglárselas. No convenía todavía acudir a la prensa para solicitar ofertas, mientras no se realizaran las últimas formalidades. El apuro de Don Bosco se trasluce bastante de esta carta.

Queridísimo Dalmazzo: Hay que solventar la deuda Caranti ya que, según la carta, se deben pagar ahora treinta y nueve mil quinientas liras. Yo no había reparado en esta cláusula. Ante la crisis económica, todos gritan y cierran la cartera. ¿Podemos contar con alguien en Roma? Piensa en alguno de cerca y de lejos, y dime algo. Urge sumamente poder buscar dinero para el Sagrado Corazón, pero, hasta que no estén definitivamente acordadas las cosas, parece que no conviene hacer propaganda. ¡Y, sin embargo, no tenemos dinero! Por consiguiente, saca tú la conclusión.

FIRMA DEL CONVENIO

Pero la conclusión tardaba todavía en llegar, porque Don Bosco vacilaba un tanto sobre dos artículos. El artículo octavo imponía un plazo perentorio para el término de las obras y el decimotercero consideraba

la eventualidad de que la Autoridad Eclesiástica, por falta de persona salesiana apta, tuviese que destinar a la parroquia un vicario y un ecónomo de por vida. «El artículo de los seis años obligatorios, escribió Don Bosco el 9 de diciembre, y el otro del Vicario parroquial de por vida, tienen que ser modificados». Con este fin, acompañaba una nota, redactada por don Miguel Rua, en nombre del Capítulo Superior, y firmada por Don Bosco. El sentido de iluminada prudencia y de santa sencillez que la penetra, refleja muy bien el espíritu de nuestro amado Fundador.

Eminencia Reverendísima:

El Capítulo Superior de la pía Sociedad de San Francisco de Sales, por medio del que escribe, su Rector Mayor, ruega a V. E. Rvma. permita dos pequeñas modificaciones en los artículos propuestos para la iglesia del Sagrado Corazón. Si perpetuamente se hubiese de tratar con Vuestra siempre Benemérita Eminencia, se aceptarían estas y cualesquiera otras condiciones. Pero se trata de evitar desavenencias, que por desgracia fácilmente podrían surgir entre los que administraran en el porvenir nuestras cosas después de nosotros. Por tanto, se añadió al artículo octavo: «con tal que esto no sea por impedirlo fuerza mayor, queda fijado el término de las obras obligatorias de la casa parroquial para el año noveno».

13.º En este artículo se quitó también, después de las palabras «Vicario o Ecónomo», de por vida, para dejar a la Autoridad Eclesiástica su pleno ejercicio y dar a la Congregación Salesiana la posibilidad de sustituir en el normal ejercicio de la parroquia y evitar los inconvenientes, que serían inevitables en el caso de que los alumnos del Colegio, del oratorio festivo y de las escuelas debiesen utilizar la iglesia parroquial, cuando esta dependiese de una administración ajena a la pía Sociedad. profesarme,

140

De V. E. Rvma. Turín, 11 de diciembre de 1880 Su atto. y s. s. Sac. Juan Bosco,

El Vicario miró con buenos ojos las dos modificaciones deseadas por Don Bosco, con la añadidura a la primera de una reserva sobre la eventualidad dependiente de fuerza mayor, y a la segunda substituyendo

«temporal» por «de por vida». Con esto acabaron las discusiones. sobre el texto del convenio que el 11 de diciembre fue firmado por Don Bosco y el 18, previa la aprobación del Papa, por el Cardenal Vicario. Entre una y otra fecha se presentó don Francisco Dalmazzo al Papa para ofrecerle las felicitaciones y el homenaje de Don Bosco y de los Salesianos; y el Padre Santo le preguntó a qué punto se había llegado para las firmas. Cuando oyó que era inminente la firma del Cardenal Vicario, dijo: - ¡Daos prisa y haced mucho bien!

CUENTAS POR PAGAR Y PAGOS

Mientras tanto, había que pagar al Banco Tiberino, que envió el extracto de cuentas, que ascendía a cuarenta y dos mil liras, y no admitía más dilación que hasta fin de diciembre. «Aquí no hay esperanza de encontrar dinero, había escrito don Francisco Dalmazzo al Beato el primero de diciembre. Si estuviera aquí Don Bosco, entonces algo vendría ciertamente». Y seguía acosando para tener con qué pagar. Lo que Don Bosco pensaba está en este paso de su carta del día 9 a su desesperado Procurador: «Para concretar lo que hay que hacer con el Banco Tiberino, es necesario observar que, no habiendo podido vender los inmuebles destinados para ello, no tenemos preparado el dinero. Por lo tanto, sí se puede esperar, pagaremos los intereses, como para la otra cantidad. De lo contrario, hágase una excepción en cuanto al modo de pago, es decir, pagar a plazos. Nos industriaremos para pagar toda la deuda en breve. Tú, por tu parte, in omnibus labora para recoger dinero y, si no puedes arreglarte de otra manera, haz o realiza un robo importante, o mejor, ejecuta una resta matemática en la caja de algún banquero. Otros escribirán otras cosas».

Pero el Banco, tan pronto como se convenció del crédito de Don Bosco, concedió que los pagos se hicieran a largos plazos; es más, entregó a don Francisco Dalmazzo, que tenía poderes generales suyos, cantidades importantes durante siete años con un simple recibo y sin hipoteca. Llegó en una ocasión a darle ochenta mil liras, diciéndole el director:

-Se trata de Don Bosco, que tiene la Providencia a su disposición y no nos hace perder.

CONFIANZA EN LA PROVIDENCIA

Verdaderamente solo la ilimitada confianza en la Providencia pudo inducir a Don Bosco a cargar sobre sus hombros tan grave peso; quien miraba las cosas humanamente, ante tamaño atrevimiento, sacudía la cabeza. Preguntado entonces por un eminente personaje dónde pensaba encontrar los medios, en tiempos tan críticos y anormales, contestó:

-En la Providencia.

A lo que aquel replicó, preguntando si era un privilegio suyo tener la Providencia a su disposición. Y Don Bosco respondió:

-Gracias a Dios, nunca nos ha faltado.

En efecto, como veremos, gastó dos millones para la iglesia y uno y medio para el colegio, cantidades muy considerables para aquellos tiempos.

Pero es un deber añadir que no tentó a la Providencia, sino que también buscó cuanto pudo. Son increíbles las molestias, trabajos y sufri-



mientos, a que se sometió para cumplir el deseo del Pontífice; trabajos y sufrimientos que, en frase de don Francisco Cerruti, testimonio de los mismos, le acortaron la vida. Por todos estos motivos, llevada a buen término la gran obra, León XIII, algún tiempo después de la muerte del Siervo de Dios, dijo a su sucesor: - ¡Fue verdaderamente una idea feliz la de confiar a Don Bosco la erección de la iglesia del Corazón de Jesús en el Castro Pretorio!

Pero Don Bosco miraba lejos. Nuestro monseñor Juan Marengo recordaba una misteriosa palabra suya, que el tiempo no debe enterrar en el olvido. El mismo día en que aceptó el costosísimo ofrecimiento, el Beato le preguntó:

- ¿Sabes por qué hemos aceptado la casa de Roma?

-Yo no, respondió aquel.

-Pues bien, escucha. La hemos aceptado porque cuando el Papa sea lo que ahora no es y cómo debe ser, pondremos en nuestra casa la estación central para evangelizar la comarca romana. Será una obra tan importante como la de evangelizar la Patagonia. Entonces los Salesianos serán conocidos y resplandecerá su gloria.

¿Encerraban un vaticinio estas palabras? Por de pronto el Papa no es hoy día lo que entonces era, sino como debe ser. En cuanto a lo demás, el tiempo dará la respuesta. Pero, sea ello un vaticinio o no, resplandece aquí de todos modos un rayo del cielo que ardía perennemente en el corazón de nuestro Padre, que ponía manos a unas empresas, mientras acariciaba otras (MB XIV, 591-592; MBe XIV, 503-505).

LA ESTANCIA EN ROMA EN 1884

A partir del 24 de marzo de 1880, cuando el Cardenal La Valletta le pidió a Don Bosco que se hiciera cargo de la construcción del templo, Don Bosco dedicó mucho de su tiempo y energía para que la obra avanzara con rapidez, a pesar de los muchos imprevistos y los grandes gastos a afrontar. Por eso, Don Bosco regresó a Roma en 1884, donde buscaba donantes y donde lanzó una lotería cuyos beneficios habrían servido para reducir un poco la masa de deudas ya acumuladas.

Llegó a la ciudad el 14 de abril, ¡y esta vez por fin pudo vivir en su propia casa! Los jóvenes del oratorio lo recibieron con alegría y, al verlos, corrió con el pensamiento hacia sus compañeros de Valdocco, a quienes hizo escribir una carta a don Lemoyne.

Esperaba poder descansar un poco en Roma (acababa de regresar de un fatigoso viaje a Francia), pero en cambio los preparativos para la lotería y las dificultades para conseguir para la Congregación Salesiana los privilegios solicitados desde hace tiempo, combinados con cientos de audiencias que se vio obligado a conceder a las personas que querían ser recibidos por él, hizo que, en lugar de descansar, el Santo se cansara más, a pesar de haber limitado al máximo las visitas a personalidades ilustres, como lo había hecho en viajes anteriores.

El 8 de mayo Don Bosco celebró la Conferencia a los Cooperadores (desde Tor de' Specchi). El tiempo era malo, pero un buen número de personas desafiaron la intemperie para escuchar al Santo.

RECIBIDO POR EL PAPA LEÓN XIII

El 9 de mayo era el día fijado para la audiencia que le concedía el Papa. León XIII, después de haberse interesado por su estado de salud, pidió información sobre la marcha de las obras en Castro Pretorio y Don Bosco aprovechó para proponerle el Santo Padre una idea suya.

Después el Papa empezó a hablar de la iglesia del Sagrado Corazón y preguntó:

- ¿Qué obras se están haciendo ahora?

Don Bosco explicó a qué punto había llegado el edificio en construcción y cuáles eran las obras en curso; habló de las dificultades que se habían encontrado, del bien que ya se hacía en el presbiterio terminado, que servía por el momento de parroquia, del mes de mayo, al que asistía un millar de personas cada tarde; del oratorio festivo; de las escuelas con doscientos alumnos; de la catequesis dominical, a la que acudían trescientas muchachas; del hospicio que se iba a construir y de los locales ya hechos o comprados, que podrían dar cabida a unos cin-

cuenta internos.

El Papa escuchaba con vivo interés la exposición, cuando de pronto Don Bosco se lanzó a decir:

-Querría pedir a Su Santidad me permitiera expresar una idea mía.

-Diga, diga, contestó el Padre Santo.

-Esta iglesia, prosiguió Don Bosco, es católica, porque todo el mundo toma parte en su construcción y este hospicio es para los jovencitos de todas las naciones de la tierra. Yo quisiera que Su Santidad figurara en esta obra. -No debo negarme, dijo el Papa ¿Y qué propondría?

-Que Su Santidad asumiera el gasto de la fachada de la iglesia del Sagrado Corazón. Sería muy bonito que en el frontispicio se leyese grabada esta inscripción: Catholicorum pietas construxit; frontem autem hujus ecclesiae Leo XIII Pont. Max. proprio aere aedificavit!

- ¿Ya ha preparado la inscripción?

- Esta u otra mejor; con tal que exprese este pensamiento. El Papa se echó a reír.

- ¿Y por qué no? Acepto la fachada; la haré.

-Pero, Santidad, explicó Don Bosco, no quiero, sin embargo, que os quedéis solo en la empresa de edificar esta fachada; quiero ayudaros con lo que pueda. ¿No le trajo el otro día la condesa Fontenay diez mil liras?

-Sí, es verdad.

-Pues bien, fue Don Bosco quien le aconsejó que hiciera este donativo. Dentro de poco, recibirá su Santidad otras diez mil liras, y sé que otra persona de Marsella se dispone a hacer otra generosa ofrenda a Su Santidad para que se continúen las obras de la iglesia.

-Sí, sí; queda, pues, concluido el negocio de este modo.

-Padre Santo, le agradezco tanta bondad; pero permítame añadir algo más. Querría que el mundo conociera su generosidad, y, si me lo permite, la publicaría en el Boletín Salesiano.

-Dé en hora buena a este hecho la publicidad que le agrade y según su prudencia. Veía Don Bosco en su proposición un medio para fomentar el óbolo de San Pedro, a la sazón muy mermado.

(MB XVII, 101-102; MBe XVII, 94-95).

LA CARTA DE ROMA DE 1884

La 19ª estancia de Don Bosco en la Ciudad Eterna se hizo importante por una carta, la famosa "carta de Roma". Esta, escrita el 10 de mayo y con la firma del santo, es la historia de uno de sus sueños sobre el desarrollo del oratorio de Valdocco.

Él, anciano y cansado, encargó a su secretario (don Lemoyne) que escribiera el texto, tras darle unas breves indicaciones del sueño.

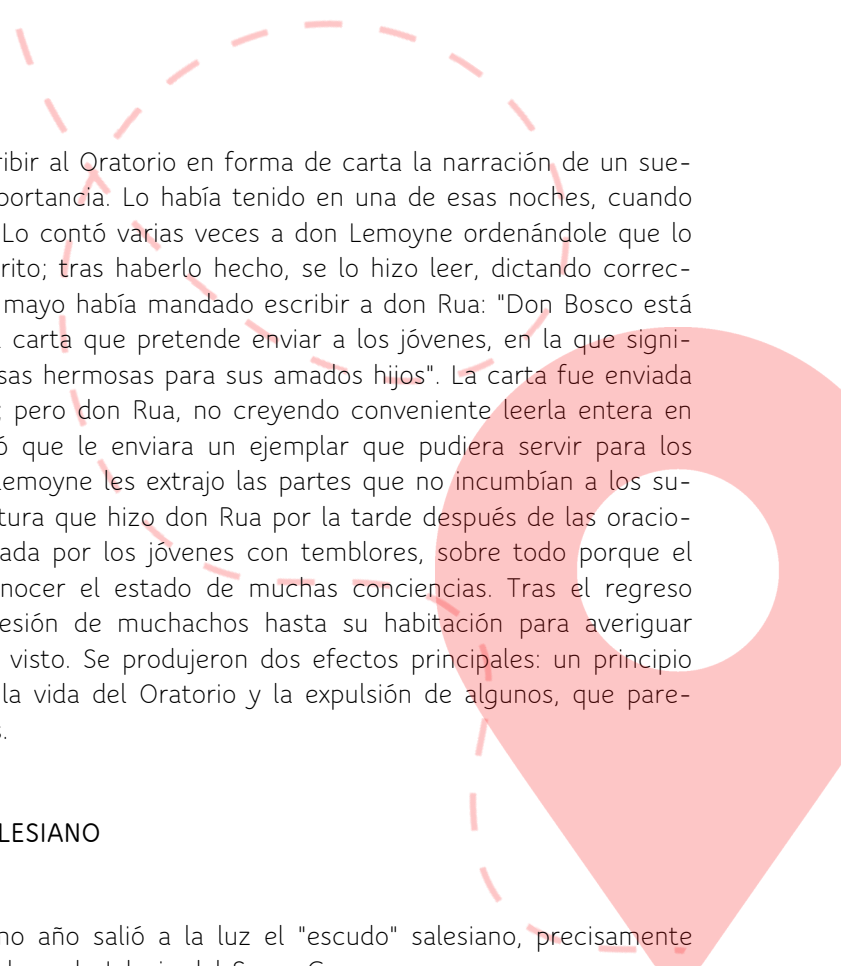
"Don Bosco en aquellas noches en que se sentía mal había tenido uno de esos sueños que hacen época. En varias ocasiones se lo contó a don Lemoyne y luego lo hizo pasarlo al papel y lo leyó corrigiéndolo. Así que tuvo que ser rehecho y copiado. Dado que se refería especialmente a los miembros de la Congregación salesiana, era necesario un nuevo trabajo para que pudiera ser leído en público en presencia de todos los jóvenes del Oratorio.

Por tanto, habiendo conservado toda la segunda parte, se tuvo que dejar de lado lo que prolijamente se decía en la primera, esto es, representar solo la escena de las dos recreaciones. Esta carta fue enviada el 10 de mayo. Leída en público por don Rua tuvo un gran efecto; desde hacía varios años los jóvenes no estaban acostumbrados a escuchar las cartas que les dirigía Don Bosco. Esto fue en el Oratorio como la señal de una reforma de la que hablaremos en el desarrollo de nuestra historia. El primer efecto de este sueño fue que Don Bosco conocía el estado de conciencia de muchos incluso de algunos que parecían muy buenos para que algunos fueran sacados de la casa» (Braido).

Hoy la carta de Roma es considerada un pilar entre los escritos pedagógicos de Don Bosco. Es un texto corto pero denso, en el que encontramos al Don Bosco auténtico, vivo, el padre que ama a sus hijos. No es un tratado, sino una carta que brotó del corazón, del amor y de la experiencia educativa del sacerdote turinés.

Es la carta de un padre lejano que extraña a sus hijos.

Cuando le faltaban pocos días para salir de la Ciudad Eterna Don



Bosco hizo escribir al Oratorio en forma de carta la narración de un sueño de suma importancia. Lo había tenido en una de esas noches, cuando se sentía peor. Lo contó varias veces a don Lemoyne ordenándole que lo pusiera por escrito; tras haberlo hecho, se lo hizo leer, dictando correcciones. El 6 de mayo había mandado escribir a don Rua: "Don Bosco está preparando una carta que pretende enviar a los jóvenes, en la que significa muchas cosas hermosas para sus amados hijos". La carta fue enviada el 10 de mayo; pero don Rua, no creyendo conveniente leerla entera en público, le pidió que le enviara un ejemplar que pudiera servir para los alumnos. Don Lemoyne les extrajo las partes que no incumbían a los superiores. La lectura que hizo don Rua por la tarde después de las oraciones fue escuchada por los jóvenes con temblores, sobre todo porque el Santo decía conocer el estado de muchas conciencias. Tras el regreso hubo una procesión de muchachos hasta su habitación para averiguar cómo los había visto. Se produjeron dos efectos principales: un principio de reforma en la vida del Oratorio y la expulsión de algunos, que parecían buenísimos.

EL ESCUDO SALESIANO

En ese mismo año salió a la luz el "escudo" salesiano, precisamente para ser colocado en la Iglesia del Sacro Cuore.

La Congregación no había elegido todavía un escudo oficial, según costumbre de todas las familias religiosas; como sello de la misma se imprimía la figura de san Francisco de Sales envuelta en una inscripción latina que designaba la Pía Sociedad Salesiana. Solo el día 12 de septiembre de 1884, don Antonio Sala presentó al Capítulo Superior el boceto del emblema salesiano, urgido a ello por la oportunidad de fijarlo en la iglesia del Sagrado Corazón entre los de Pío IX y León XIII. Lo había dibujado el profesor Boidi. Era un escudo, con una gran ancla en el medio; a la derecha de esta, el busto de san Francisco de Sales; a la izquierda, un corazón inflamado; arriba, una estrella resplandeciente de seis puntas; debajo, un bosque; y detrás de él, unas altas montañas; desde abajo, dos ramas, una de palmera y la otra de laurel, entrelazadas en el tallo, abrazaban el escudo hasta la mitad. De la parte inferior,

salía una cinta flotante que llevaba la leyenda: *Sinite parvulos venire ad me (dejad que los niños vengan a mí)*. Se observó que esta leyenda ya había sido adoptada por otros. Don Julio Barberis propuso sustituirla por *Templanza y Trabajo*, que le sugería el sueño de Don Bosco, en el que este binomio es propuesto cabalmente como lema o distintivo de la Congregación. Don Celestino Durando prefería *María Auxilium Christianorum, ora pro nobis*. Don Bosco solucionó la cuestión diciendo:

-Desde los comienzos del Oratorio, ya se adoptó un lema en tiempos del Convictorio (Residencia sacerdotal), cuando yo iba a las cárceles: Da mihi animas caetera tolle.

El Capítulo aplaudió a Don Bosco y aceptó el histórico lema.

No le gustó al Santo la estrella que dominaba el escudo, porque le parecía que tenía algún sabor masónico y mandó sustituirla por una cruz irradiando luz. Después, se introdujo la estrella a la izquierda sobre el corazón. De este modo, quedaron unificados los símbolos de lastres virtudes teologales.

El lema elegido, como depusieron en los procesos los más antiguos alumnos del Oratorio, el canónigo Ballesio y el cardenal Cagliero entre ellos, ya se veía desde el principio, cuando ellos eran muy pequeños, escrito con grandes caracteres sobre la puerta del cuartito de Don Bosco.

No se podía expresar mejor lo que había constituido el supremo objetivo del Santo al actuar y al sufrir, al escribir y al hablar; objetivo que debería formar el programa esencial de la Sociedad por él fundada. Basta leer su biografía para ver claramente que su mayor preocupación fue siempre el bien de las almas.

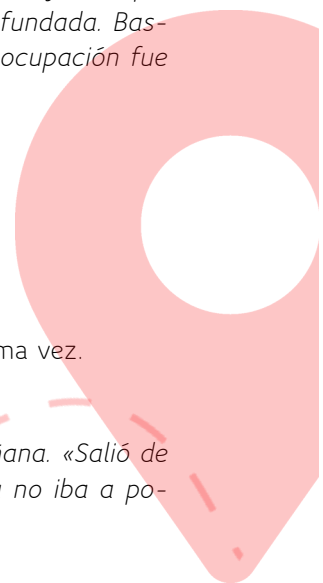
(MB XVII, 365-366; MBe XVII, 315-316)

148

LA ÚLTIMA VEZ EN ROMA

1887 fue el año en que Roma vio a Don Bosco por última vez.

La partida de Turín fue el día veinte de abril por la mañana. «Salió de casa, escribía don José Lazzero, en tal estado que parecía no iba a po-



der resistir el viaje, ni siquiera hasta Moncalieri» (MB XVIII, 303; MBe XVIII, 267).

Ya estaba viejo y cansado, pero aún quería enfrentar este viaje a la Ciudad Eterna, que sabía que era el último de su vida.

El motivo por el que viajaba lo explicó el mismo Don Bosco a algunos sacerdotes de Arezzo.

Uno de ellos, cuando tomó alguna confianza, preguntóle por qué, estando tan delicado como parecía, se había atrevido a hacer un viaje tan largo. Y respondió:

- ¿Qué quiere? Es una orden del Papa y al Papa no se le puede decir que no. Dentro de pocos días, tendremos la consagración de la iglesia del Sagrado Corazón en el Castro Pretorio.

Cuando el Papa lo supo, dijo a nuestro Superior local:

- ¿Viene Don Bosco a la consagración?».

Y al responderle que las condiciones de mi salud no me lo permitirían, añadió el Papa:

-Eso no; quiero que venga. Escribidle que, si no viene, no le firmo el pasaporte para el Paraíso». Ya ve usted que es algo que me interesa recibir un documento tan precioso, que ciertamente necesitaré y a no tardar. El Arcipreste de Capannole, que nos describe esta visita, afirma que las palabras de Don Bosco que él refiere son las «textuales». Así que, cosa que no hubiéramos sabido por otra fuente, el penoso viaje fue en sustancia un acto de obediencia de Don Bosco al Papa.


Salió para Roma el día treinta por la mañana y llegó a la estación de Termini poco después de las tres de la tarde. Mientras iba caminando sostenido con mucho trabajo, hacia la salida, dirigía atentas y a veces ocurrentes palabras a los que habían acudido a recibirlo. Se le presentaron también dos religiosas a las que Don Bosco reconoció y le dijeron que, si lo permitía, irían a hacerle una visita. Don Bosco les respondió sonriendo:

-Para hacer una visita a Don Bosco en Roma, se requieren de diez a doce mil liras. Pero en seguida añadió:

-Sin embargo, a ustedes les daré audiencia gratuitamente.

Entró en la casa por vía Magenta. La puerta estaba adornada con





guirnaldas y las columnas del atrio cubiertas de flores; y, en la parte exterior del ábside, colgaba un letrero que decía: Roma se alegra y se entusiasma al acoger entre sus muros al nuevo Felipe, don Juan Bosco.

Bajo los portales, le esperaban los alumnos y los superiores. Él, sentado en un humilde sillón, permitió que todos le besaran la mano; después, escuchó amablemente cánticos y declamaciones. Al final del entretenimiento, mientras subía los primeros escalones para ir a la planta superior, dijo en tono festivo a los que le acompañaban: -Me habéis leído composiciones, hablándome de muchas cosas, pero de la comida, todavía no me habéis dicho nada. Riéronse todos y se le respondió que el almuerzo estaba preparado. Sentáronse a la mesa con él algunos señores, entre los cuales destacaba la esbelta figura del príncipe Augusto Czartoryski.

(MB XVIII, 312-314; MBe XVIII, 274-275)

AUDIENCIA PONTIFICIA

El 13 de mayo, vigilia de la solemne Consagración de la basílica, el Santo fue recibido en audiencia por el Santo Padre.

El Papa lo recibió con alegría y no permitió que se arrodillara para el beso del pie, sino que indicó a monseñor Della Volpe que le acercara un silloncito. Y, habiéndolo colocado a cierta distancia, el Papa lo acercó más hacia sí, hizo que Don Bosco se sentara, tomó su mano derecha y estrechándola cariñosamente entre las suyas, repetía:

-Querido Don Bosco, ¿cómo está? ¿cómo se encuentra?...

Después se levantó y añadió:

-Don Bosco, quizás siente un poco de frío, ¿no es verdad? Y, así diciendo, fue a tomar una gran capa de piel y, volviendo a él, le dijo con mucha confianza:

- ¿Ve usted esta preciosa capa de piel de armiño que me han regalado hoy por mi jubileo sacerdotal? Quiero que sea usted quien la estrene. Y se la colocó sobre las rodillas. Volvió a sentarse, tomóle de nuevo la mano y le preguntó con interés sus noticias.

Don Bosco, que había permanecido mudo hasta entonces y estaba muy conmovido, ante aquellos detalles de paternal dignación por parte del Vicario de Jesucristo, le respondió: -Ya soy viejo, Santidad, tengo setenta y dos años; este es mi último viaje y la conclusión de todas mis cosas. Quería ver todavía una vez a Vuestra Santidad antes de morir y recibir vuestra bendición. He sido escuchado. Ya solo me resta entonar el Nunc dimittis servum tuum Domine, secundum verbum tuum, in pace, quia viderunt oculi mei salutare tuum: LUMEN ad revelationem gentium et GLORIAM plebis tuae Israel (Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto a tu Salvador, luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel). Dio especial intensidad a las palabras lumen y gloriam, aplicándolas a León XIII a quien se acostumbraba a saludar con el lumen in coelo la seudoprofecía de San Malaquías.

El Santo Padre le hizo observar que su edad de setenta y dos años era menor que la suya de setenta y ocho; y albergaba esperanzas de volver a ver a su querido Don Bosco. -Hágase cuenta de vivir todavía. Hasta que no oiga que León XIII ha muerto, esté tranquilo.

-Padre Santo, replicó Don Bosco; vuestra palabra es infalible en ciertos casos y yo quisiera aceptar su augurio; pero créalo, me encuentro al final de mis días. El Santo Padre le pidió noticias de sus hijos, de sus muchachos, de sus casas, interesándose mucho por las misiones; preguntóle también necesitaba algo. Don Bosco le habló de todo, especialmente de la iglesia del Sagrado Corazón, que se debía consagrar a la mañana siguiente. Finalmente, le recomendó a los muchachos cantores llegados de Turín, que tenían muchos deseos de verlo y de que los bendijera.

El Papa manifestó su satisfacción por cuanto había oído; dijo que sí, que deseaba ver a los muchachos de Don Bosco y hablar con ellos, e insistió vivamente en que se procurase conservar su espíritu en toda la Congregación. -Recomiende especialmente a los Salesianos la obediencia y dígales que conserven sus máximas y las tradiciones que les dejará. Sé que he obtenido maravillosos resultados con la frecuente confesión y comunión entre sus muchachos. Continúe y haga que los Salesianos, a su vez sigan y recomienden a los jóvenes, que se les confíen; esta saludable práctica. A usted y a su Vicario me urge recomendarles que atiendan con esmero, tanto al número de Salesianos, como a

la santidad de los que ya tienen. No es el número lo que aumenta la gloria de Dios, sino la virtud, la santidad de los socios. Por tanto, sean cautos y rigurosos en la aceptación de nuevos socios en la Congregación; miren, sobre todo, que sean de una moralidad a toda prueba.

Después, tomando a Don Bosco nuevamente de la mano, díjole que en confianza le manifestara qué pensaba acerca de los futuros acontecimientos de la Iglesia. Don Bosco se excusaba diciendo que el Santo Padre conocía mejor que él la marcha de todos los sucesos. Pero el Papa insistió:

-No le pregunto por el presente, que también yo lo sé; le pregunto por el porvenir.

-Pero yo no soy profeta, repuso Don Bosco sonriendo.

Con todo, como él dijo después a don Juan Bautista Lemoyne refiriéndole el coloquio, tuvo que ceder y manifestarle sus opiniones cuanto conocía. Pero no dijo a nadie qué entendía con aquello de cuanto conocía. El Padre Santo hubiera querido entretenerlo más tiempo, de no haber advertido su estado de sufrimiento. Al notar Don Bosco que se disponía a despedirse, le dijo que llevaba consigo a su Vicario y a su secretario y que, si Su Santidad se dignaba concedérselo, deseaban recibir su bendición. El Papa accedió, sonó la campanilla e introdujeron a los dos. Don Bosco presentó a don Miguel Rua.

-Ah, usted es don Miguel Rua, dijo el Papa, es el Vicario de la Congregación. Muy bien, he oído que desde niño ha estado con Don Bosco. Continúe, continúe la obra comenzada y mantenga el espíritu de su fundador.

- ¡Ah, sí! Santo Padre, respondió don Miguel Rua; con vuestra bendición esperamos poder emplear hasta el último aliento por la Obra a la que nos hemos consagrado desde niños. Don Bosco presentó también a don Carlos Viglietti, como secretario suyo.

- ¿Qué ha hecho usted, preguntó el Papa, del secretario que le acompañó la última vez? - Santo Padre, respondió Don Bosco, se ha quedado en Turín para despachar los asuntos que le he encargado. Hay mucho que hacer, pero necesito sugerir a mis hijos que trabajen. Más bien les debo recomendar la moderación. Hay muchos que desgastan su salud por tanto trabajo. No contentos con trabajar sin descanso durante el día, siguen su tarea durante la noche.

- ¡Ah, sí!, respondió el Papa, en todo se requiere moderación: el cuerpo exige su debido reposo para poderlo emplear en obras que son de la mayor gloria de Dios.

-Santo Padre, dijo entonces don Miguel Rua; nosotros estamos dispuestos a obedecerle; pero es Don Bosco quien nos da mal ejemplo en esto...

Dióle, por fin, una amplia bendición y se despidió de Don Bosco con mucho cariño haciendo que le acompañasen hasta la escalinata. A su paso, los guardias suizos se cuadraron en su honor. Don Bosco, sonriendo, les dijo:

- ¡No soy ningún rey! Soy un pobre cura jorobado y no valgo nada. Estad tranquilos. Y aquellos guardias se acercaron a él y besaron reverentemente su mano.

(MB XVIII, 329-333; MBe XVIII, 289-292).

RELIQUIAS PARA EL ALTAR DEL SAGRADO CORAZON

Mientras Don Bosco estaba en el Vaticano, habían llegado desde el Vicariato a la iglesia del Sagrado Corazón las reliquias que se debían colocar en el ara del altar mayor. El relicario, herméticamente cerrado y sellado, contenía un trocito de la cuna del Niño Jesús y reliquias de los santos apóstoles Pedro y Pablo, del apóstol Santiago, del mártir san Lorenzo y del patrono san Francisco de Sales. Se colocaron en una urna dorada y se expusieron a la veneración en la capilla antigua; a las nueve de la noche, se cantó el himno de los Mártir y prosiguieron después los oficios del rito en el silencio de la noche.

Don Bosco había indicado que se pidieran a la Sagrada Congregación de Ritos algunos favores espirituales, como el de poder celebrar la misa del Sagrado Corazón en los tres primeros días después de la consagración y la indulgencia plenaria desde el día catorce al diecinueve, la forma acostumbrada, a más de la indulgencia de siete años y siete cuarentenas cada vez que, al menos con el corazón contrito, se hiciese solamente una visita a la iglesia (MB XVIII, 333-334; MBe XVIII, 292).

LA CONSAGRACIÓN DE LA IGLESIA

Un Oficio Sacro del Cardenal Vicario, con fecha del día dos de mayo, comunicaba a los fieles la próxima consagración y el horario de las funciones sagradas en los días sucesivos. En él se decía que era un «Santuario universal», a cuya construcción había concurrido «el orbe católico con sus donativos». De donde se deducía: «Debe ser, por tanto, motivo de santa alegría para todos los católicos, y en particular para los romanos, el ver que, después de diez años de trabajo, de penas y grandes dificultades, se haya logrado finalmente acabar este gran edificio deseado de muchas almas piadosas y muy devotas de este Corazón adorable.

Es cierto que aún quedan por terminar algunos altares y varias pinturas, pero la población siempre en aumento de las nuevas barriadas en esta zona exigía que, sin más retraso, se suspendiera cualquier otro trabajo que pueda dar al sagrado templo ornato y esplendor, pero que no sea absolutamente necesario, para dar comodidad a los fieles de cumplir sus deberes religiosos en una iglesia más amplia.

Y, aunque continuarán algunos trabajos, los buenos romanos y cuantos sienten celo por la gloria de Dios, encontrarán en su fervor un nuevo incentivo para concurrir, con sus limosnas, a que el sagrado templo esté pronto dotado de todo lo necesario para el culto, y sea menos indigno del Dios que está para venir y habitar en él con su amorosa presencia”.

Al hablar de penas y trabajos, el documento del Vicariato decía una gran verdad. Fueron efectivamente siete años de penas y trabajos inauditos, heroicos, si se entiende, como es debido, referirlos a Don Bosco; ya que los trabajos eventualmente realizados por otros antes de él se hiciera cargo de la empresa, no fueron en comparación más que un «quítame allí esas pajas». Lo saben los lectores. Y ni la suspirada aurora del día catorce de mayo puso fin a sus afanes, ya que las preocupaciones por el templo pusieron a prueba su paciencia, hasta en el lede muerte, y las legó en herencia a su sucesor.

Todo estaba previsto para la ceremonia de la consagración y para las solemnes funciones de los días siguientes. A eso de las siete llegó el consagrante, cardenal Lúcido María Parocchi, Vicario de Su Santidad y protector de la Congregación Salesiana, acompañado de todo su séqui-

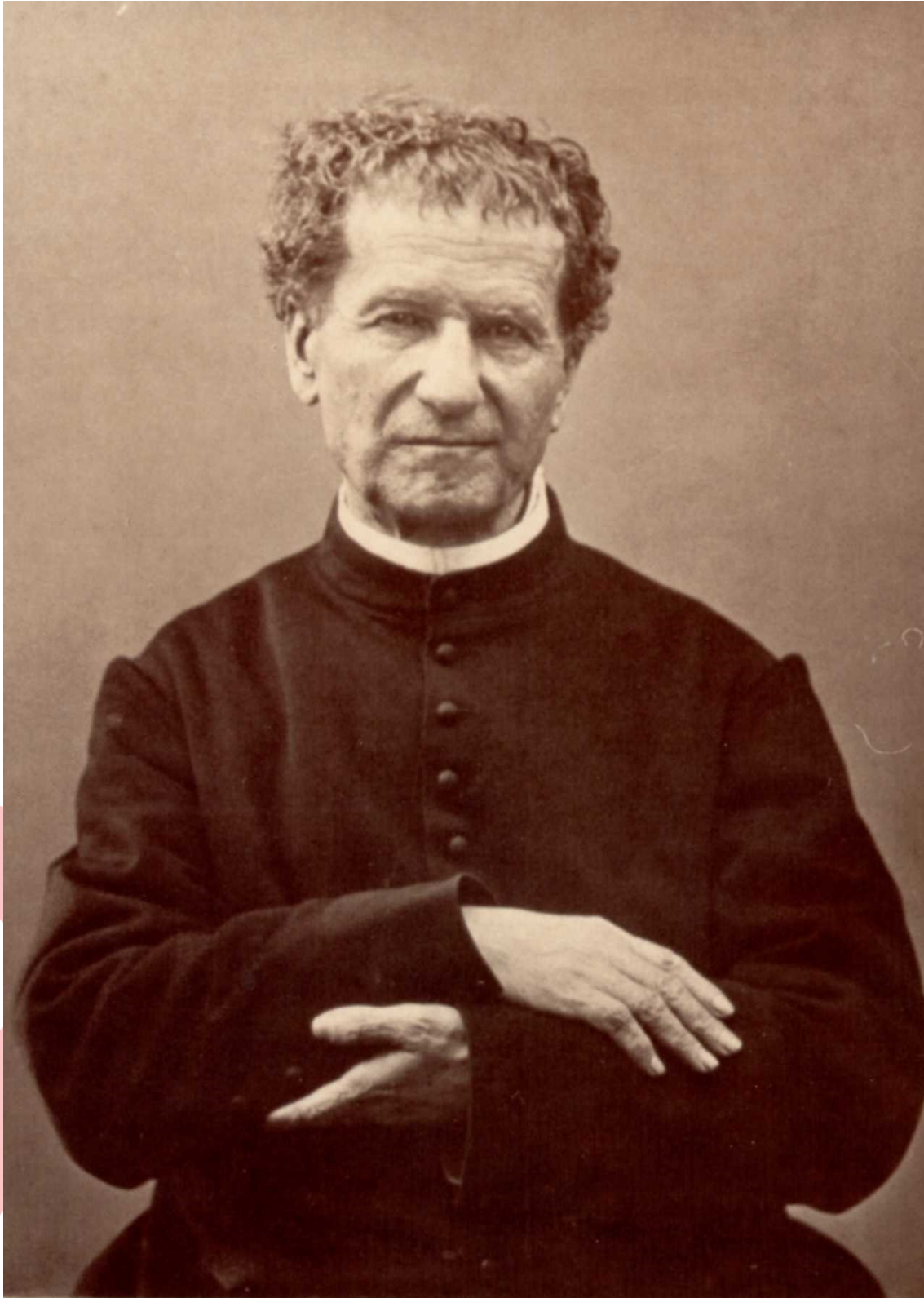
to, como en las más grandiosas ocasiones, y fue recibido por los Superiores, numeroso clero, muchos Salesianos de otras casas, los muchachos de Valdocco y sus compañeros del hospicio. El rito, siguiendo el ceremonial, se hizo a puertas cerradas.

Cuando se abrieron las puertas al público, habían pasado cinco horas. Don Bosco asistió en santo recogimiento; asistieron también con él varios ilustres personajes. Al final, monseñor Domingo Jacobini, arzobispo de Tiro y secretario de Propaganda, acercóse al Siervo de Dios, lo tomó del brazo y lo acompañó poquito a poco, hasta su habitación, satisfecho después de haberle prestado aquel servicio.

Al mediodía celebró el primero don Francisco Dalmazzo, mientras el nuevo órgano llenaba el templo con sus armonías. Había centenares de votos y curiosos.

El Cardenal Vicario, después de descansar un poco de la fatigosa ceremonia, subió a ver a Don Bosco, le abrazó con todo afecto y se quedó con él para almorzar, entre los numerosos e ilustres visitantes. Al final de la comida se levantó Don Bosco para agradecer públicamente al Cardenal todo lo que había hecho como Protector de los Salesianos, hablando de su persona con veneración y reconocimiento. Por lo pronto, «hemos comenzado bien, Excelencia», prosiguió diciendo y narró con la máxima sencillez la curación instantánea del día anterior. Dijo después que, en cualquier circunstancia que se le presentaran personas deseosas de alguna gracia, él emplearía el mismo método de siempre, esto es, inducir a los peticionarios a hacer una limosna en honor de Jesús, de la Virgen o de cualquier Santo, como medio para obtener favores de Dios y afirmó que, en la iglesia de María Auxiliadora y en la de San Juan Evangelista, no había un solo ladrillo que no estuviese señalado con una gracia.

También el Cardenal se levantó a hablar. Se congratuló con Don Bosco de que, aunque no estuviesen acabados los trabajos, hubiese abierto la iglesia, demostrando así que antes quería entregarla al Sagrado Corazón que a los adornos y filigranas de los artistas. Habló muy bien de la Congregación Salesiana, que no le había proporcionado hasta entonces ninguna clase de disgustos, penas y trabajos y sí toda suerte de satisfacciones; que estaba, por tanto, dispuesto a aceptar protectorados semejantes uno cada día. Don Bosco sonriendo le respon-



dió:

-Espere, espere, Eminencia; también le llegará el tiempo de los disgustos, por culpa nuestra.

-Bien, siguió diciendo el Cardenal, aquí en vuestra iglesia del Sagrado Corazón de Jesús habéis reservado una capilla para dedicarla a San Francisco de Sales, ¿no es cierto?

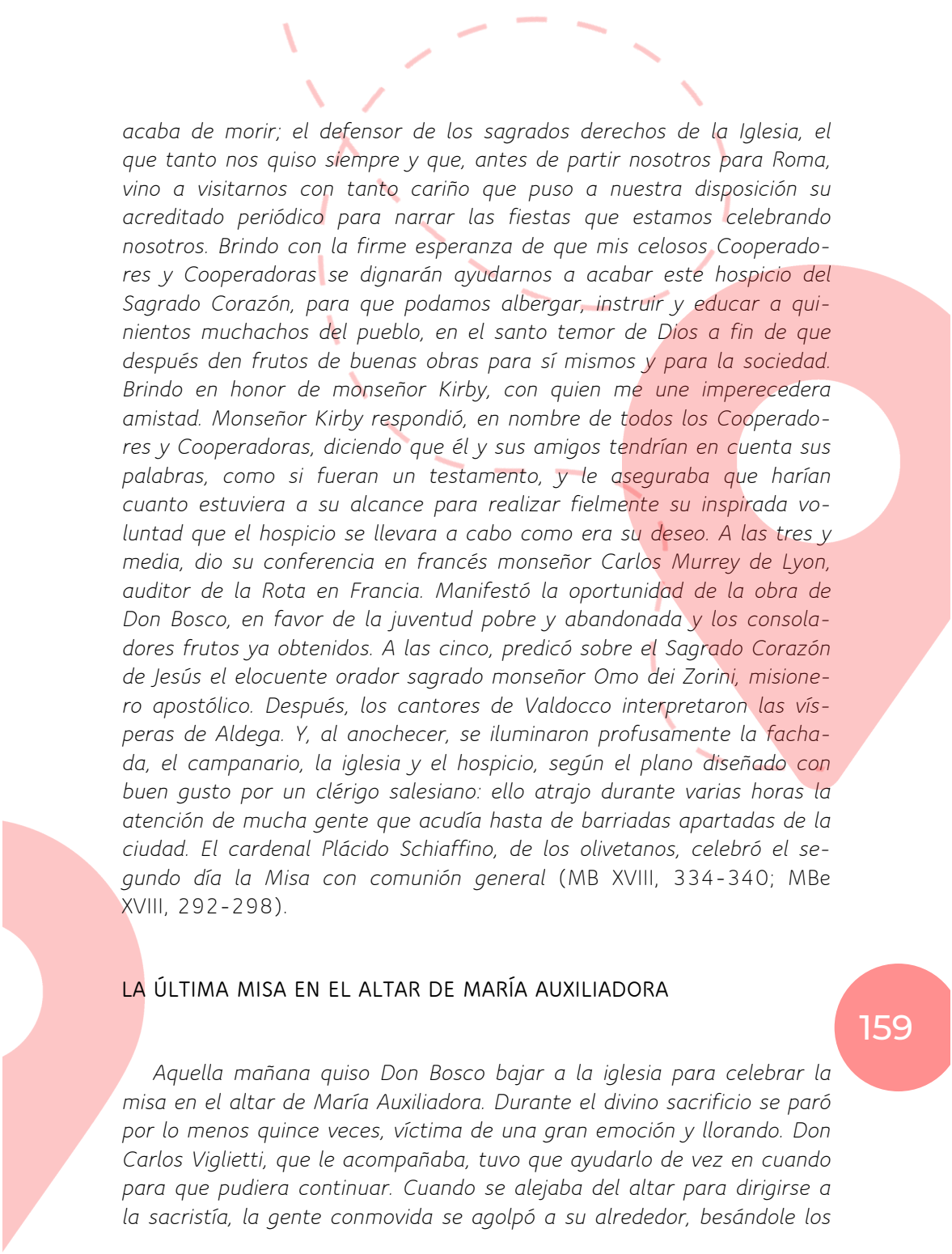
-Precisamente es así, Eminencia.

-Pues bien; yo quiero pagar los gastos de ese altar y espero del Protector de la Congregación que tenéis en el cielo, la ayuda necesaria para el momento de las penas y disgustos reservados al protector terreno de esta pía Sociedad.

La simpática y generosa ocurrencia fue ovacionada con aplausos y aclamaciones. Los muchachos del Oratorio dieron aquella tarde las primeras pruebas de su competencia, interpretando las vísperas, expresamente compuestas para la ocasión por el maestro Galli. Pontificó monseñor Julio Lenti, arzobispo de Side y vicegerente de Roma. En los intervalos, Don Bosco recibía muchas visitas ilustres de Obispos y Cardenales. Las fiestas propiamente dichas duraron cinco días, con un incremento continuo de público y de verdadera piedad por parte de los fieles. Todas las mañanas había una misa rezada celebrada por un Cardenal y misa solemne pontifical; todas las tardes, conferencia salesiana, en distinta lengua, y vísperas con música y plática.

El primer día, que era domingo, fue solemnísimos. A las siete celebró el cardenal alemán Melchers; a las diez pontificó monseñor Jacobini con asistencia de un obispo norteamericano. Los muchachos de Turín ejecutaron impecablemente la partitura de la misa llamada de la Coronación, original de Cherubini. Entre tanto, Don Bosco concedía continuas audiencias, y le visitaron además tres obispos y el cardenal de Canossa. Durante la comida tuvo a su derecha a monseñor Kirby y a su izquierda al príncipe Czartoryski, que pasaba la mayor parte del tiempo en casa; muchos otros personajes tomaron parte en el ágape familiar. En el momento oportuno, rogóle don Miguel Rua que dijera unas palabras. Levantóse trabajosamente y, apoyando las manos sobre la mesa, dijo con voz apagada:

-Brindo a la memoria de nuestro gran amigo el teólogo Margotti que



acaba de morir; el defensor de los sagrados derechos de la Iglesia, el que tanto nos quiso siempre y que, antes de partir nosotros para Roma, vino a visitarnos con tanto cariño que puso a nuestra disposición su acreditado periódico para narrar las fiestas que estamos celebrando nosotros. Brindo con la firme esperanza de que mis celosos Cooperadores y Cooperadoras se dignarán ayudarnos a acabar este hospicio del Sagrado Corazón, para que podamos albergar, instruir y educar a quinientos muchachos del pueblo, en el santo temor de Dios a fin de que después den frutos de buenas obras para sí mismos y para la sociedad. Brindo en honor de monseñor Kirby, con quien me une imperecedera amistad. Monseñor Kirby respondió, en nombre de todos los Cooperadores y Cooperadoras, diciendo que él y sus amigos tendrían en cuenta sus palabras, como si fueran un testamento, y le aseguraba que harían cuanto estuviera a su alcance para realizar fielmente su inspirada voluntad que el hospicio se llevara a cabo como era su deseo. A las tres y media, dio su conferencia en francés monseñor Carlos Murrey de Lyon, auditor de la Rota en Francia. Manifestó la oportunidad de la obra de Don Bosco, en favor de la juventud pobre y abandonada y los consoladores frutos ya obtenidos. A las cinco, predicó sobre el Sagrado Corazón de Jesús el elocuente orador sagrado monseñor Omo dei Zorini, misionero apostólico. Después, los cantores de Valdocco interpretaron las vísperas de Aldega. Y, al anochecer, se iluminaron profusamente la fachada, el campanario, la iglesia y el hospicio, según el plano diseñado con buen gusto por un clérigo salesiano: ello atrajo durante varias horas la atención de mucha gente que acudía hasta de barriadas apartadas de la ciudad. El cardenal Plácido Schiaffino, de los olivetanos, celebró el segundo día la Misa con comunión general (MB XVIII, 334-340; MBe XVIII, 292-298).

LA ÚLTIMA MISA EN EL ALTAR DE MARÍA AUXILIADORA

Aquella mañana quiso Don Bosco bajar a la iglesia para celebrar la misa en el altar de María Auxiliadora. Durante el divino sacrificio se paró por lo menos quince veces, víctima de una gran emoción y llorando. Don Carlos Viglietti, que le acompañaba, tuvo que ayudarlo de vez en cuando para que pudiera continuar. Cuando se alejaba del altar para dirigirse a la sacristía, la gente conmovida se agolpó a su alrededor, besándole los

ornamentos y la mano que llevaba libre del cáliz, y siguiéndole hasta la sacristía. Allí le pidieron todos a una voz que les diera la bendición.

-Sí, sí, respondió. Y subió los tres escalones de la puerta que comunica la primera con la segunda sacristía, se volvió hacia atrás, levantó la mano derecha, pero rompió a llorar de repente y, cubriéndose el rostro con ambas manos, repetía con voz ahogada sin poder terminar la frase:

-Bendigo... bendigo...

Hubo que tomarlo suavemente por el brazo y llevarlo adelante.

Los fieles impresionados se disponían a seguir tras él; pero se cerró la puerta. ¿Quién no habría deseado saber cuál había sido la causa de tanta emoción? Cuando don Carlos Viglietti vio que había recobrado su calma habitual, se lo preguntó y él respondió: -Tenía viva ante mis ojos la escena de cuando soñé a los diez años con la Congregación. Veía y oía realmente a la mamá y a los hermanos opinar sobre el sueño... Entonces le había dicho la Virgen: -A su tiempo lo comprenderás todo. Pasaron ya desde aquel día sesenta y dos años de trabajos, sacrificios y luchas, cuando una especie de relámpago repentino le había revelen la erección de la iglesia del Sagrado Corazón en Roma, la conclusión de la misión que misteriosamente se le había trazado en los albores de su vida. ¡Qué largo y arduo había sido el camino desde I Becchi de Castelnuovo, hasta la Sede del Vicario de Jesucristo! Sintió en aquel momento que su obra personal tocaba a su fin, bendijo con lágrimas en los ojos a la divina Providencia y remontó su mirada confiada a la mansión de la paz eterna en el seno de Dios (MB XVIII, 340-341; MBe XVIII, 297-298).



CARTA DE ROMA

10 de mayo de 1884

Muy queridos hijos en Jesucristo:

Cerca o lejos, yo pienso siempre en vosotros. Uno solo es mi deseo: que seáis felices en el tiempo y en la eternidad. Este pensamiento y deseo me ha impulsado a escribiros esta carta. Siento, queridos míos, el peso de estar lejos de vosotros, y el no veros ni oíros me causa una pena que no podéis imaginar. Por eso, habría deseado escribiros estas líneas hace ya una semana, pero las continuas ocupaciones me lo impidieron.

Con todo, aunque falten pocos días para mi regreso, quiero anticipar mi llegada al menos por carta, ya que no puedo hacerlo en persona. Son palabras de quien os ama tiernamente en Jesucristo y tiene el deber de hablaros con la libertad de un padre. Me lo permitís, ¿no? Y vais a prestarme atención y a poner en práctica lo que os voy a decir.

He dicho que sois el único y continuo pensamiento de mi mente. Pues bien, una de las noches pasadas, me había retirado a mi habitación y, mientras me disponía a entregarme al descanso, comencé a rezar las oraciones que me enseñó mi buena madre. En aquel momento, no sé bien si víctima del sueño o fuera de mí por alguna distracción, me pareció que se presentaban delante de mí dos antiguos alumnos del oratorio.

Uno de ellos se acercó y, saludándome afectuosamente, me dijo:

—Don Bosco, ¿me conoce?

—¡Pues claro que te conozco! —le respondí.

—¿Y se acuerda aún de mí? —añadió.

—De ti y de los demás. Tú eres Valfré, y estuviste en el oratorio antes de 1870.

—Oiga —continuó Valfré—, ¿quiere ver a los jóvenes que estaban en el oratorio en mis tiempos?

—Sí, házmelos ver —le contesté—; me dará mucha alegría.

Entonces Valfré me mostró a todos los jovencitos con el mismo semblante, edad y estatura de aquel tiempo. Me parecía estar en el antiguo oratorio en la hora de recreo. Era una escena llena de vida, movimiento y alegría. Quien corría, quien saltaba, quien hacía saltar a los demás; quien jugaba a la rana, quien a bandera, quien a la pelota.

En un sitio había reunido un corrillo de muchachos pendientes de los labios de un sacerdote que les contaba una historia; en otro lado había un clérigo con otro grupo jugando al burro vuela o a los oficios. Se cantaba, se reía por todas partes; y por doquier, sacerdotes y clérigos; y alrededor de ellos, jovencitos que alborotaban alegremente. Se notaba que entre jóvenes y superiores reinaban la mayor cordialidad y la confianza. Yo estaba encantado con aquel espectáculo. Valfré me dijo:

—Vea, la familiaridad engendra afecto, y el afecto, confianza. Esto es lo que abre los corazones, y los jóvenes lo manifiestan todo sin temor a los maestros, los asistentes y los superiores. Son sinceros en la confesión y fuera de ella, y se prestan con facilidad a todo lo que les quiera mandar aquel que saben que los ama.

Entonces se acercó a mí otro antiguo alumno que tenía la barba completamente blanca y me dijo:

—Don Bosco, ¿quiere ver ahora a los jóvenes que están actualmente en el oratorio? (Era José Buzzetti).

—Sí —respondí—, pues hace un mes que no los veo.

Y me los señaló. Vi el oratorio y a todos vosotros que estabais en recreo. Pero ya no oía gritos de alegría y canciones, ya no veía aquel movimiento, aquella vida de la primera escena. En los ademanes y en el rostro de algunos jóvenes se notaban aburrimiento, desgana, disgusto y desconfianza, que causaron pena a mi corazón.

Vi, es cierto, a muchos que corrían y jugaban con dichosa despreocupación; pero otros, no pocos, estaban solos, apoyados en las columnas, presos de pensamientos desalentadores; otros andaban por las escaleras y los corredores o estaban en los balcones que dan al jardín para no tomar parte en el recreo común; otros paseaban lentamente por grupos hablando en voz baja entre ellos, lanzando a una y otra parte miradas sospechosas y malintencionadas; algunos sonreían, pero con una sonrisa acompañada de gestos que hacían no solamente sospechar, sino creer que san Luis habría sentido sonrojo de encontrarse en compañía de los tales; incluso entre los que jugaban había algunos tan desganaos que daban a entender a las claras que no encontraban gusto alguno en el recreo.

—¿Has visto a tus jóvenes? —me dijo el antiguo alumno.

—Sí los veo —contesté suspirando.

—¡Qué diferente de lo que éramos nosotros antaño! —exclamó aquel viejo alumno.

—¡Por desgracia! ¡Qué desgana en este recreo! —De aquí proviene la frialdad de muchos para acercarse a los santos sacramentos, el descuido de las prácticas de piedad en la iglesia y en otros lugares; el estar de mala gana en un lugar donde la Divina Providencia los colma de todo bien corporal, espiritual e intelectual. De aquí la no correspondencia de muchos a su vocación; de aquí la ingratitud para con los superiores; de aquí los secretitos y murmuraciones, con todas las demás consecuencias deplorables.

—Comprendo —respondí—. Pero ¿cómo reanimar a estos queridos jóvenes para que vuelvan a la antigua vivacidad, alegría y expansión?

—Con el amor.

—¿Amor? Pero ¿es que mis jóvenes no son bastante amados? Tú sabes cómo los amo. Tú sabes cuánto he sufrido por ellos y cuánto he tolerado en el transcurso de cuarenta años, y cuánto tolero y sufro en la actualidad. Cuántos trabajos, cuántas humillaciones, cuántos obstáculos, cuántas persecuciones para proporcionarles pan, albergue, maestros y, especialmente, para buscar la salvación de sus almas. He hecho cuanto he podido y sabido por ellos, que son el afecto de toda mi vida.

—No hablo de ti.

—¿Pues de quién, entonces? ¿De quienes hacen mis veces: los directores, prefectos, maestros o asistentes? ¿No ves que son mártires del estudio y del trabajo y que consumen los años de su juventud en favor de quienes les ha encomendado la Divina Providencia?

—Lo veo, lo sé; pero no basta; falta lo mejor. —¿Qué falta, pues?

—Que los jóvenes no sean solamente amados, sino que se den cuenta de que se les ama.

—Pero ¿no tienen ojos en la cara? ¿No tienen luz en la inteligencia? ¿No ven que cuanto se hace en su favor se hace por su amor?

—No —repito—; no basta.

—¿Qué se requiere, pues?

—*Que al ser amados en las cosas que les agradan, participando en sus inclinaciones infantiles, aprendan a ver el amor en aquellas cosas que naturalmente les agradan poco, como son la disciplina, el estudio, la mortificación de sí mismos, y que aprendan a hacer estas cosas con amor.*

—*Explicáte mejor.*

—*Observe a los jóvenes en el recreo.*

Observé. Después dije:

—*¿Qué hay que ver de especial?*

—*¿Tantos años educando a la juventud y no comprende? Observe mejor. ¿Dónde están nuestros salesianos?*

Me fijé y vi que eran muy pocos los sacerdotes y clérigos que estaban mezclados entre los jóvenes, y muchos menos los que tomaban parte en sus juegos. Los superiores no eran ya el alma de los recreos.

La mayor parte de ellos paseaban, hablando entre sí, sin preocuparse de lo que hacían los alumnos; otros jugaban, pero sin pensar para nada en los jóvenes; otros vigilaban de lejos, sin advertir las faltas que se cometían; alguno que otro corregía a los infractores, pero con ceño amenazador y raramente.

Había algún salesiano que deseaba introducirse en algún grupo de jóvenes, pero vi que los muchachos buscaban la manera de alejarse de sus maestros y superiores.

Entonces mi amigo continuó:

—*En los primeros tiempos del oratorio, ¿usted no estaba siempre con los jóvenes, especialmente durante el recreo? ¿Recuerda aquellos hermosos años? Era una alegría de paraíso, una época que recordamos siempre con cariño porque el amor lo regulaba todo, y nosotros no teníamos secretos para usted.*

—*¡Cierto! Entonces todo era para mí motivo de alegría, y en los jóvenes, entusiasmo por acercárseme y quererme hablar; existía verdadera ansiedad por escuchar mis consejos y ponerlos en práctica. Ahora, en cambio, las continuas audiencias, mis múltiples ocupaciones y la falta de salud me lo impiden.*

—*De acuerdo; pero si usted no puede, ¿por qué no le imitan sus salesianos? ¿Por qué no insiste y exige que traten a los jóvenes como los trataba usted?*

—Yo les hablo e insisto hasta cansarme, pero desgraciadamente muchos no se sienten con fuerzas para arrostrar las fatigas de antaño.

—Y así, descuidando lo menos, pierden lo más; y este más son sus fatigas. Que amen lo que agrada a los jóvenes, y los jóvenes amarán lo que les gusta a los superiores. De esta manera, el trabajo les será llevadero. La causa del cambio presente del oratorio es que un grupo de jóvenes no tiene confianza con los superiores. Antiguamente todos los corazones estaban abiertos a los superiores, a quienes los jóvenes amaban y obedecían prontamente.

Pero ahora, los superiores son considerados solo como tales y no como padres, hermanos y amigos; por tanto, son temidos y poco amados. Por eso, si se quiere formar un solo corazón y una sola alma por amor a Jesús, hay que romper esa barrera fatal de la desconfianza y sustituirla por la confianza cordial. Así pues, que la obediencia guíe al alumno como la madre a su hijo. Entonces reinarán en el oratorio la paz y la antigua alegría.

—¿Cómo hacer, pues, para romper esta barrera?

—Familiaridad con los jóvenes, especialmente en el recreo. Sin familiaridad no se demuestra el afecto, y sin esta demostración no puede haber confianza. El que quiere ser amado debe demostrar que ama. Jesucristo se hizo pequeño con los pequeños y cargó con nuestras enfermedades. ¡He aquí el maestro de la familiaridad! El maestro al cual solo se ve en la cátedra es maestro y nada más; pero, si participa del recreo de los jóvenes, se convierte en un hermano. Si a uno se le ve en el púlpito predicando, se dirá que no hace más que cumplir con su deber, pero, si dice en el recreo una buena palabra, es palabra de quien ama. ¡Cuántas conversiones no se debieron a alguna de sus palabras dichas de improviso al oído de un jovencito mientras se divertía!

El que sabe que es amado, ama, y el que es amado, lo consigue todo, especialmente de los jóvenes. Esta confianza establece como una corriente eléctrica entre jóvenes y superiores. Los corazones se abren y dan a conocer sus necesidades y manifiestan sus defectos. Este amor hace que los superiores puedan soportar las fatigas, los disgustos, las ingratitudes, las molestias, las faltas y las negligencias de los jóvenes. Jesucristo no quebró la caña ya rota ni apagó la mecha humeante. He aquí vuestro modelo.

Entonces no habrá quien trabaje por vanagloria; ni quien castigue por vengar su amor propio ofendido; ni quien se retire del campo de la asistencia por celo a una temida preponderancia de otros; ni quien murmure de los otros para ser amado y estimado por los jóvenes, con exclusión de todos los demás superiores, mientras, en cambio, no cosecha más que desprecio e hipócritas zalamerías; ni quien se deje robar el corazón por

una criatura y, para adular a esta, descuide a todos los demás jovencitos; ni quienes por amor a la propia comodidad, dejen a un lado el gravísimo deber de la vigilancia; ni quien por falso respeto humano, se abstenga de amonestar a quien necesite ser amonestado. Si existe este amor efectivo, no se buscarán más que la gloria de Dios y el bien de las almas.

Cuando languidece este amor es que las cosas no marchan bien. ¿Por qué se quiere sustituir el amor por la frialdad de un reglamento? ¿Por qué los superiores dejan de cumplir las reglas que Don Bosco les dictó? ¿Por qué el sistema de prevenir desórdenes con vigilancia y amor se va reemplazando poco a poco por el sistema, menos pesado y más fácil para el que manda, de dar leyes que se sostienen con castigos, encienden odios y acarrear disgustos, y si se descuida el hacerlas observar, producen desprecio para los superiores y son causa de desórdenes gravísimos?

Esto sucede necesariamente si falta familiaridad. Si, por tanto, se desea que en el oratorio reine la antigua felicidad, hay que poner en vigor el antiguo sistema: El superior sea todo para todos, siempre dispuesto a escuchar toda duda o lamentación de los jóvenes, todo ojos para vigilar paternalmente su conducta, todo corazón para buscar el bien espiritual y temporal de aquellos a quienes la Providencia ha confiado a sus cuidados. Entonces los corazones no permanecerán cerrados ni reinarán ya ciertos secretitos que matan. Solo en caso de inmoralidad sean los superiores inflexibles. Es mejor correr el peligro de alejar de casa a un inocente que quedarse con un escandaloso. Los asistentes consideren como un gravísimo deber de conciencia el referir a los superiores todo lo que sepan que de algún modo ofende a Dios.

Entonces, yo pregunté:

—¿Cuál es el medio principal para que triunfen semejante familiaridad y amor y confianza?

—La observancia exacta del reglamento de la casa.

—¿Y nada más?

—El mejor plato en una comida es la buena cara.

166

Mientras mi antiguo alumno terminaba de hablar así y yo seguía contemplando con verdadero disgusto el recreo, poco a poco me sentí oprimido por un gran cansancio que iba en aumento. Esta opresión llegó a tal punto que no pudiendo resistir por más tiempo, me estremecí y me desperté. Me encontré de pie junto a mi lecho. Mis piernas estaban tan hinchadas y me dolían tanto que no podía estar de pie.

Era ya muy tarde; por ello, me fui a la cama decidido a escribir estos renglones a mis queridos hijos. Yo no deseo tener estos sueños, porque me cansan demasiado.

Al día siguiente me sentía agotado; no veía la hora de irme a la cama por la noche. Pero he aquí que, apenas me acosté, comenzó de nuevo el sueño.

Tenía ante mí el patio, los jóvenes que están actualmente en el oratorio y el mismo antiguo alumno. Comencé a preguntarle:

—Lo que me dijiste se lo haré saber a mis salesianos; pero ¿qué debo decir a los jóvenes del oratorio?

Me respondió:

—Que reconozcan lo mucho que trabajan y estudian los superiores, maestros y asistentes por amor a ellos, pues si no fuese por su bien, no se impondrían tantos sacrificios; que recuerden que la humildad es la fuente de toda tranquilidad; que sepan soportar los defectos de los demás, pues la perfección no se encuentra en el mundo, sino solamente en el paraíso; que dejen de murmurar, pues la murmuración enfría los corazones; y, sobre todo, que procuren vivir en la santa gracia de Dios. Quien no vive en paz con Dios, no puede tener paz consigo mismo ni con los demás.

—¿Entonces me dices que hay entre mis jóvenes quienes no están en paz con Dios?

—Esta es la primera causa del malestar, entre las otras que tú sabes y debes remediar sin que te lo tenga que decir yo ahora. En efecto, solo desconfía el que tiene secretos que ocultar, quien teme que estos secretos sean descubiertos, pues sabe que le acarrearía vergüenza y descrédito. Al mismo tiempo, si el corazón no está en paz con Dios, vive angustiado, inquieto, rebelde a toda obediencia, se irrita por nada, se cree que todo marcha mal, y como él no ama, juzga que los superiores tampoco le aman a él. — Pues, con todo, ¿no ves, amigo mío, la frecuencia de confesiones y comuniones que hay en el oratorio?

—Es cierto que la frecuencia de confesiones es grande, pero lo que falta en muchísimos jóvenes que se confiesan es la firmeza en los propósitos. Se confiesan, pero siempre de las mismas faltas, de las mismas ocasiones próximas, de las mismas malas costumbres, de las mismas desobediencias, de las mismas negligencias en el cumplimiento de los deberes. Así siguen meses y meses e incluso años, y algunos llegan hasta el final de los estudios. Tales confesiones valen poco o nada; por tanto, no proporcionan la paz, y si un jovencito fuese llamado en tal estado al tribunal de Dios, se vería en un aprieto.

—¿Hay muchos de esos en el oratorio?

—Pocos, en comparación con el gran número de jóvenes que hay en casa. Fíjate.

Y me los iba indicando. Miré, y vi uno por uno a aquellos jóvenes. Pero, en estos pocos, vi cosas que amargaron grandemente mi corazón. No quiero ponerlas por escrito, pero cuando vuelva quiero comunicarlas a cada uno de los interesados. Ahora os diré solamente que es tiempo de rezar y de tomar firmes resoluciones; de hacer propósitos no de boca, sino con los hechos, y de demostrar que los Comollo, los Domingo Savio, los Besucco y los Saccardi viven todavía entre nosotros. Por último, pregunté a aquel amigo mío:

—¿Tienes algo más que decirme?

—Predica a todos, mayores y pequeños, que recuerden siempre que son hijos de María Santísima Auxiliadora. Que ella los ha reunido aquí para librarlos de los peligros del mundo, para que se amen como hermanos y den gloria a Dios y a ella con su buena conducta; que es la Virgen quien les provee de pan y de cuanto necesitan para estudiar con innumerables gracias y portentos. Que recuerden que están en vísperas de la fiesta de su Santísima Madre y que, con su auxilio, debe caer la barrera de la desconfianza que el demonio ha sabido levantar entre jóvenes y superiores, y de la cual sabe aprovecharse para ruina de algunas almas.

—¿Y conseguiremos derribar esta barrera?

—Sí, ciertamente, con tal de que mayores y pequeños estén dispuestos a sufrir alguna pequeña mortificación por amor a María y pongan en práctica cuanto he dicho.

Entretanto yo continuaba observando a mis jovencitos, y ante el espectáculo de los que veía encaminarse a su perdición eterna, sentí tal angustia en el corazón que me desperté. Querría contaros otras muchas cosas importantísimas que vi, pero el tiempo y las circunstancias no me lo permiten.

Concluyo: ¿Sabéis qué es lo que desea de vosotros este pobre anciano que ha consumido toda su vida por sus queridos jóvenes? Pues solamente que, guardadas las debidas proporciones, vuelvan a florecer los días felices del antiguo oratorio. Los días del amor y la confianza entre jóvenes y superiores; los días del espíritu de condescendencia y de mutua tolerancia por amor a Jesucristo; los días de los corazones abiertos con tal sencillez y candor, los días de la caridad y de la verdadera alegría para todos. Necesito que me consoléis dándome la esperanza y la palabra de que vais a hacer todo lo que deseo para el bien de vuestras almas.

Vosotros no sabéis apreciar la suerte de estar acogidos en el oratorio. Os aseguro, delante de Dios, que basta que un joven entre en una casa salesiana para que la Santísima Virgen lo tome en seguida bajo su especial protección. Pongámonos, pues, todos de acuerdo. La caridad de los que mandan y la caridad de los que deben obedecer hagan reinar entre nosotros el espíritu de san Francisco de Sales. Queridos hijos míos, se acerca el tiempo en que tendré que separarme de vosotros y partir para mi eternidad. (Nota del secretario: Al llegar aquí, Don Bosco dejó de dictar; sus ojos se inundaron de lágrimas, no a causa del disgusto, sino por la inefable ternura que se reflejaba en su rostro y en sus palabras; unos instantes después continuó): Por tanto, mi mayor deseo, queridos sacerdotes, clérigos y jóvenes, es dejaros encaminados por la senda del Señor, que Él mismo desea para vosotros.

Con este fin, el Santo Padre, al cual he visto el viernes 9 de mayo, os envía de todo corazón su bendición. El día de María Auxiliadora me encontraré en vuestra compañía ante la imagen de nuestra amorosísima Madre. Quiero que esta gran fiesta se celebre con toda solemnidad: que don José y don Segundo se encarguen de que la alegría reine también en el comedor. La festividad de María Auxiliadora debe ser el prelude de la fiesta eterna que hemos de celebrar todos juntos un día en el paraíso. Vuestro afectísimo amigo en Jesucristo, Sac. Juan Bosco.

FUENTES

Sobre el tema de las veinte estancias de Don Bosco en Roma es posible hacer uso de estas investigaciones:

1. "DON BOSCO A ROMA" di don Fabio Bianchini - pro manuscripto - 1988

El texto fue compuesto con motivo del centenario de la muerte de Don Bosco. De él se extraen la estructura del texto actual y las principales indicaciones topográficas.

2. "I SOGGIORNI DEL BEATO DON BOSCO IN ROMA" del Sac. Salvatore Romolo - Ed. SEI - Torino-1929 - Scuola tipografica salesiana.

El volumen, en 407 páginas, recorre cronológicamente cada uno de los 20 viajes que realizó Don Bosco a la capital, con la adición de un apéndice.

Es un homenaje a Don Bosco en el año de su beatificación. Sigue siendo el estudio más completo y documentado.

170

3. NUMERO ESPECIAL DEL BOLLETTINO SALESIANO Suplemento de octubre 1999, titulado "DON BOSCO RACCONTA" - *Il viaggio a Roma nel 1858*

Don Manieri Giancarlo y don Motto Francesco se concentran en su primera estancia, sin duda la más rica en información sobre la "curiosidad" de Don Bosco por querer descubrir cada rincón de la

ciudad. Un folleto de 47 páginas, enriquecido con muchas imágenes de la “Roma sparita”, el folleto estaba destinada a acompañar a los peregrinos que habían venido a Roma para el Jubileo del 2000, a los lugares recorridos por el mismo Don Bosco.

4. **DON BOSCO A ROMA** di Antonio Sperduti - *Venti viaggi nella città eterna - Edizione interna a cura della ‘Casa per ferie’ dell’Ospizio S. Cuore.* El subsidio, de 67 páginas, ilustrado con fotografías de la época, enumera brevemente cada uno de los 20 viajes de Don Bosco a Roma, destacando su aspecto predominante. Finaliza con un repaso por las fechas más significativas de su vida.

5. **UN PIEMONTESE A ROMA** a cura di Michele Novelli sulla falsariga della ricerca di Fabio Bianchini “Don Bosco a Roma” e sulla documentazione delle Memorie Biografiche.

La obra, solicitada por la Ópera Romana Pellegrinaggi, forma parte de las iniciativas por el Bicentenario del nacimiento de Don Bosco.



INDICE

INTRODUCCIÓN	7
--------------	---

1. LAS RESIDENCIAS DE DON BOSCO EN ROMA

1.1. Casa De Maistre	12
1.2. Palacio Vimercati	15
1.3. Casa Colonna	19
1.4. Casa Sigismondi	21
1.5. Monasterio de Tor de' Specchi	26

2. LOS LUGARES MÁS VISITADOS Y QUERIDOS POR EL SANTO

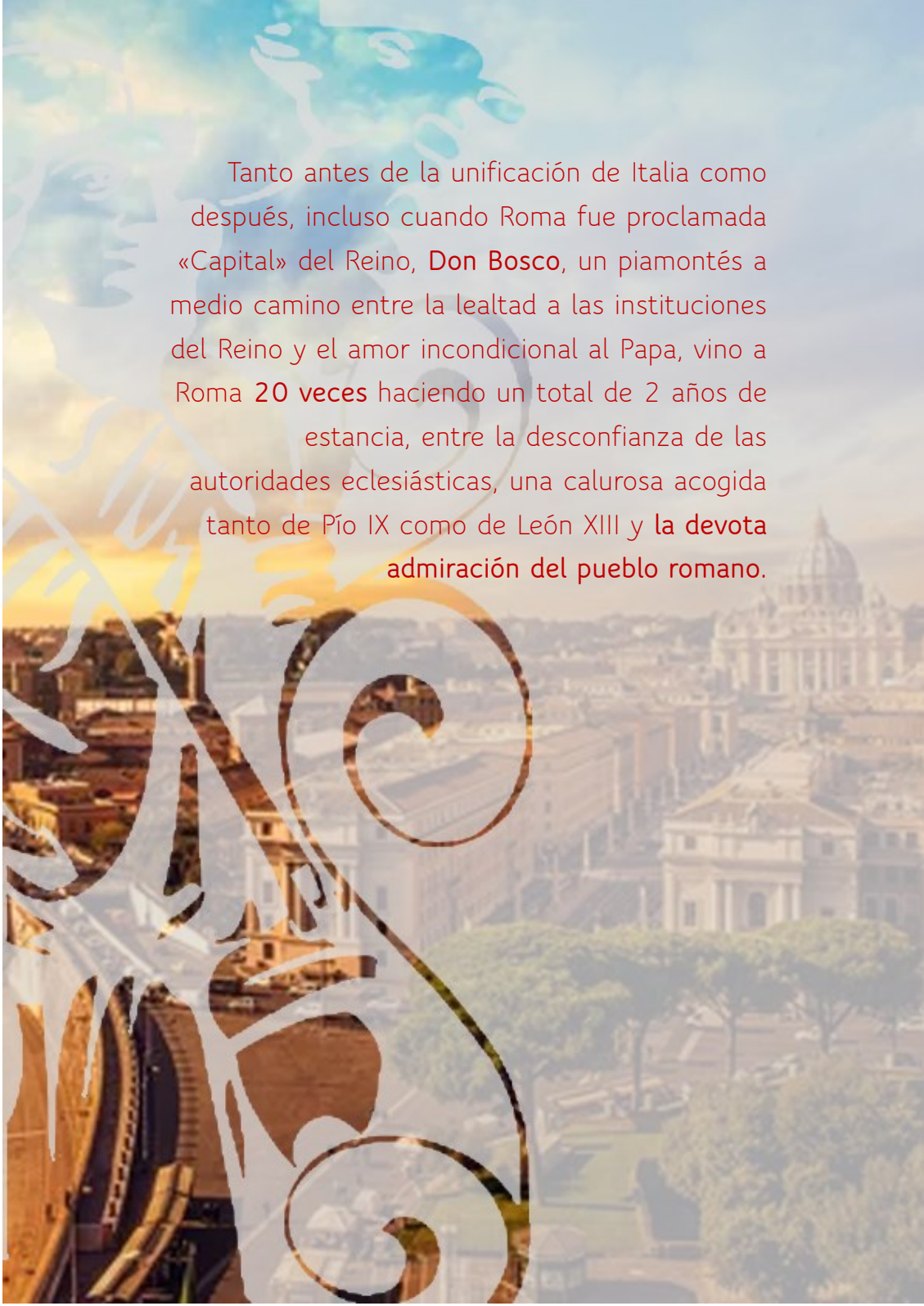
2.1. El Vaticano	38
2.2. Catacumbas de San Calixto	70
2.3. Santa Maria sopra Minerva	74
2.4. Santa Maria in Cosmedin	77
2.5. Santa Maria del Pueblo	82

3. LAS POSIBLES CASAS SALESIANAS EN ROMA

3.1. Hospicio de San Michele a Ripa	88
3.2. Hospicio Tata Giovanni	97

3.3. Colonia Agrícola Vigna Pia	102
3.4. Iglesia del Santo Sudario	107
3.5. Iglesia de San Giovanni della Pigna	114
3.6. Basílica y Hospicio del Sacro Cuore	120





Tanto antes de la unificación de Italia como después, incluso cuando Roma fue proclamada «Capital» del Reino, **Don Bosco**, un piemontés a medio camino entre la lealtad a las instituciones del Reino y el amor incondicional al Papa, vino a Roma **20 veces** haciendo un total de 2 años de estancia, entre la desconfianza de las autoridades eclesiásticas, una calurosa acogida tanto de Pío IX como de León XIII y la **devota admiración** del pueblo romano.